







OBRAS COMPLETAS DE CURROS ENRÍQUEZ

I

276a

Manuel

Obras completas de Curres Enriquez.

I

Aires d'a miña terra.

O Divino Sainete.

TERCERA EDICIÓN

193551
16.1.25

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1917



ES PROPIEDAD

MADRID.— Imp. de los Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

AL QUE LEYERE

Fué mi pensamiento al iniciar los trabajos para esta publicación, que mi nombre ni mi modesta firma apareciesen al frente del tomo que hoy ve la luz pública. Pero por decreto y ministerio de mis desventuras, véome obligado, bien a pesar mío, a distraer la atención de los lectores con algunas observaciones que juzgo indispensables, y de no pequeña importancia, para conocimiento de todos y descargo de mi conciencia.

Puse de mi parte cuanto me fué posible para que aparecieran todos estos trabajos con un prólogo o juicio explicativo de una personalidad tan íntimamente unida a mi llorado padre por lazos de inquebrantable amistad y compañerismo, como de saliente relieve en la república de las letras. Contingencias imprevistas, dificultades sin cuento y labores apremiantes han impedido

a quien en más de una ocasión rendí mi voluntad y mi pensamiento, que vaya enlazado su nombre con el del difunto autor de mis días, en este libro, como lo fueron unidos muchas veces en el áspero sendero de la vida.

Pierde el lector, con la carencia del prólogo proyectado, el conocer las atinadas observaciones que a tan alto y poderoso genio literario le hubieran sugerido los trabajos objeto de esta publicación, que avaloraríanse, sin duda, con las galas de su primoroso estilo y los profundos conceptos de su luminosa inteligencia. Mi buena intención y mis vehementísimos deseos hanse estrellado ante obstáculos que no pude vencer. Sírvanme estas líneas de disculpa.

Imposible tarea es para mí la de substituir a tan preclaro ingenio, cuyo nombre omito por respeto. Malparada saldría mi reconocida pobreza de talento y la escasez de mi fantasía, frente a la pura, abundante, jugosa y exquisita con que la Naturaleza dotó a mi padre.

Y pues nadie presenta al público este primer volumen de las obras de mi progenitor glorioso, y causas ajenas a la voluntad del que iba a ser padrino impídenle el placer de llevarlo a la pila bautismal, bajo el amparo de ti, lector, lo pongo, y más especialmene bajo la protección de Galicia y América, que fueron las regiones que más honraron y enaltecieron las obras de mi padre, en vida, y más sacrificios hicieron en la hora de la muerte del primer bardo galiciano.

Esto en cuanto a la primera observación.

Íntimamente ligada y relacionada con ésta es la segunda que tengo que hacer.

Como la pobreza ni deshonra ni envilece, a no entrar en su génesis como factores la desidia o la holganza, declaro con toda sinceridad que para lo concerniente a la parte material, económica o mercantil de esta empresa, vime precisado a recurrir a los respetables editores de Madrid Sres. Perlado, Páez y C.^a (Sucesores de Hernando), quienes, con un entusiasmo que les honra y yo hago público por ser de justicia el proclamarlo, sacan a luz esta primera publicación de las obras de mi padre.

He de hacer constar que ni a mí ni a mi familia nos ha movido interés alguno de beneficio material en esta labor; los editores corren con el riesgo y ventura de la parte meramente económica.

Si de la liquidación que en su día ha de hacerse nos cupiera a los herederos del inmortal poeta alguna utilidad, demasiado sabemos lo que con tales beneficios ha de hacerse, si beneficios resultaran. En su día, pues, demostraremos cuanto ahora solamente apunto.

No me ha impulsado, por tanto, más idea, ni he tenido otro deseo al recopilar y organizar los materiales de este libro, que el que vean la luz, reunidas y completas, todas las obras del autor de *A Virxe d'o Cristal*, así las que se publicaron en libros, revistas y periódicos, como aquellas

que todavía no son conocidas del público. Renuncio a publicar la obra periodística de mi padre, que es tan admirable, o más, si cabe, que su obra literaria, por la imposibilidad material de verificarlo, dada la innúmero labor que en el periódico realizó el nunca bastante llorado autor de *Aires d'a miña terra*.

Sus «Comentarios» de *El País* bastaran a inmortalizar como periodista al poeta que entró por derecho propio en la inmortalidad con sus versos prodigiosos, cincelados y pulidos a lo Arfe. Algunas de sus hermosas crónicas, que vieron la luz en *El Imparcial* en los azarosos días de la guerra civil, publicaré en volumen próximo; y creo sinceramente que al hacerlo presto un valioso servicio a los admiradores de mi padre, que forman legión, y a la literatura española.

A coleccionar y reunir estos y aquellos trabajos me han impulsado también leales amigos e incondicionales admiradores del fenecido poeta, y al complacerlos satisfago, además, dictados de mi propia conciencia. Otros pudieran haber llevado a cabo esta obra con más acierto, inteligencia o fortuna; pero nunca creí que nadie tuviera más fe, más cariño ni más entusiasmo que yo para salvar todas las dificultades, todos los obstáculos y las fatigas y desvelos que acarrea esta labor, más obscura y difícil que gloriosa y de provecho.

Estuvo en mi ánimo que en este primer tomo

de las obras de mi padre figuraran un sinnúmero de composiciones escritas por él en el dulce y armonioso dialecto que *falan os ánxeles ôs nenos*, en la divina lengua que lloró Rosalía Castro las tribulaciones de su espíritu. Pero como abrigo el propósito de publicar en su día un libro que cierre con llave de oro la obra literaria de mi progenitor, gestada y laborada en Cuba durante los últimos años de su existencia, entonces uniré a las composiciones inéditas todas aquellas que ahora no se publican en este tomo.

Repito, pues, que por todas las razones expuestas en anteriores líneas, y siempre bajo el amparo de la Ley y del Derecho, he llevado a cabo esta publicación, con el pensamiento puesto en la gloria literaria de mi padre, resultado que no podía confiar a manos extrañas, que sin ese interés — el de la gloria literaria — que en mi apellido se refleja, como se hubiera reflejado también por ley de herencia la desventura o la desgracia, no hubieran podido realizarla por pereza, cansancio o falta de provecho.

Mi falta de práctica y lo pobre de mi inteligencia habrán ocasionado, indudablemente, errores u omisiones, que nadie más que yo ha de lamentar. Todo lo deficiente del trabajo, a mí sólo debe ser imputable.

Luzca y brille, pura y sin mancha, la gloria de mi padre en el espléndido y luminoso cielo de la literatura, para que su nombre alcance la única inmortalidad que obtiene el genio al vivir en el

pensamiento y acción de las generaciones futuras, influyendo en su progreso y mejora, y habrá merecido el único premio que quiere y desea alcanzar

ADELARDO CURROS VÁZQUEZ.

Madrid, noviembre de 1908.

A Ferruco Gil Acuña

en sinal d'a cariñosa y-antiga amistaa que lle ten

O AUTOR.

AIRES D'A MIÑA TERRA

PRÓLOGO DE LAS PRIMERAS EDICIONES

He aquí un amigo dos veces sin ventura.

¡Poeta en estos tiempos, y poeta bueno, para mayor mal! Primera desdicha.

¡Y el hijo legítimo de las Musas llega a mí y me pide un prólogo!... ¿No son éstas dos desgracias más grandes que todos los infortunios vistos por Dante en las espirales del *Infierno*, flagelando a la «perversa prole de Adán»?

Pero meditemos con sosiego.

¿Qué va a ser de mi amigo si no corta esa lengua divina que nos habla desde el cielo, circunstancia bastante para que nadie se pare a escucharla? Vender la dignidad y prostituir la augusta grandeza del talento, quizás lo recomendaran Horacio o Lamartine; dejar volar el alma libre a las alturas, mientras el eslabón carnal sufre en la tierra, es lo justo y lo grande... para algunos.

Pero este glorioso camino hace pensar en Cervantes, en Quintana, en Byron, Alfredo de Musset, Gerardo de Nerval y Vesteiro; es decir, en el martirio de la vida, compuesto de disgusto, sufrimiento, ingratitud, envidia, dolor, hambre, miseria y suicidio...

¡Bello contraste! Todos aquellos que poseen los tesoros intransferibles en la banca de las ideas luminosas, jamás tienen que separarse, si por acaso la suerte los junta, como lo hicieron Abraham y Lot, en tiempos muy remotos, por causa de su grande opulencia.

Añón y Moreau, el poeta, fueron bastante afortunados, porque al fin alcanzaron, como premio de sus versos, un pedazo de la capa de Martín, piadosamente ofrecida en un hospital.

El primer triunfo del semidiós de la literatura de este siglo hizo pensar a su mujer, lo primero, en la cuenta de la panadera. ¡Ah! Ya pocos creen en las visiones de Bethel, y, sin embargo, Dios sigue apareciéndose al poeta. Éste levanta el altar; pero como nadie acude a él, siéntese, por último, desalentado; las culebras de la duda comienzan a roerle las entrañas, y en sus alucinaciones sueña con ruinas y ve pasar la muerte como el Evangelista desde el peñón de Pathmos.

Después de estas consideraciones que yo me hago a mí mismo, ¿podría desear que la Venus de Milo permaneciese debajo de los escombros? ¡Ay! Yo también tengo algo de loco, y escarbaría la tierra con las uñas para devolver a la luz el

precioso mármol. Por lo tanto, no diré a Curros que nos prive de sus versos.

Pero ¿cómo salir de este aprieto? ¡Que yo hable del Arte, cuando de arte no entiendo una palabra! ¡Que yo me pare a contemplar bellezas, siquiera sean tan valiosas como las que contiene este volumen, cuando deseara perforar el mundo hasta sus entrañas en busca de la Muerte, y con ella luchar como Jacob luchó con el ángel, hasta derribarla a mis plantas!... (1).

¡Un prólogo!

Esto quierè decir, para unos, un estudio crítico de la obra a que va dedicado, y supone, en consecuencia, conocimientos superiores, en quien lo escribe, de los medios por los que se llega a la realización de la idea que motiva dicha obra, además del sentimiento estético necesario para juzgar con acierto, y sabia inteligencia para poder justipreciarla. Y éstos están en lo cierto.

Pero, en general, un prólogo es el discurso obligado que el introductor de embajadas pronuncia ante las barbas — siempre venerables — del mismo sujeto a quien va dirigido, y claro está que es un discurso diplomático.

Para el caso presente, lo acabado sería hacer algunas citas de eminencias (cuantas más, mejor)

(1) El autor de este trabajo acababa de perder a su madre cuando tuvo necesidad de escribirlo para complacer al autor de la obra, el cual hoy lamenta también igual desgracia.

(Nota del editor.)

nacionales y extranjeras (las alemanas y las rusas son las de mayor efecto, y si el ingenio es grande, las prehistóricas y antediluvianas, soberbias); traer, aunque fuera por los cabezones, a los filósofos más modernos o más a la moda, y por último, pegar fuerte en el salterio, en los laúdes y los sistros para hacer tonalidad con el himno que va a cantar el prologuista en loor del genio prologado, si bien cuidando mucho de advertir por pudor, o tal vez por falsa modestia, que no es oro todo lo que reluce.

¡Pues claro! ¿Qué diría si no el padre Homero desde el viejo trono que ocupa en su tumba secular?

Con todo esto es frecuente, lo más frecuente de todas las cosas diarias, ver a más de cuatro *poetas mínimos* montados en las irreprochables narices del buen griego por sus concienzudos prologuistas, que no han reparado en tener el estribo para cometer tamaña irreverencia y desusado escarnio.

¡Bah! ¿Qué valen las polvorientas rimas de Tirteo y de Píndaro, de Virgilio, de Estacio y de Lucano? Otro es el ideal de los novísimos tiempos. Dentro de breves días, la lámpara de Edison, iluminando hasta lo más abstruso y recóndito de las conciencias y los siglos, nos hará a todos sabios profundísimos, sin necesidad de levantar los velos—cosa al fin pesada—que ocultan la verdad a los ojos del hombre.

No obstante, hay que hacer constar que la ma-

yor parte de esos abundantes ingenios que alcanzan la fortuna de ser puestos en los cuernos de la luna por las potentes fuerzas de sus prologuistas—especie de Sansones de las letras—, creyendo buenamente (lo que es eso, sí) escribir con la misma pluma con que se compuso el *Quijote* o el *Alcalde de Zalamea*, lo que hacen es escribir en griego o en latín.

A Dios gracias, esto no le acontece a mi amigo, pues sabe perfectamente diferenciar de lenguas.

El que con reprehensible rudeza describió, por dentro y por fuera, a la *Señorita de aldea*, tan gráficamente levantada sobre el pedestal de la verdad, como sin miramientos galantes esculpura, habla como Tirso, como Herrera, el divino, o como Luis de León, el fraile.

De esta vez quiso contarnos cosas hermosísimas en la dulcísima habla que oyó al nacer; y el acento de su propia madre no le aventajará en ternura, ni nuestros trovadores más afamados en gallardía, gracia y elegancia.

Libreme Dios de caer en la tentación de copiar aquí tal o cual verso—como es uso y costumbre entre gentes prologuistas y prologadas—para probar lo que acabo de decir, y de paso poner miel en los labios del curioso, con objeto de que coja el panal entero y se lo chupe. Figúraseme a mí que el lector está demasiado acostumbrado a este sistema de los *prólogos* para parar atención en ellos, como no sean de persona ilustre, hijos

bien nacidos y bautizados. Pensando de esta manera, renuncio lógicamente a la inveterada usanza, puesto que el que subscribe, al lado de Curros Enríquez, es una sombra que desvanece la luz, apenas perceptible en los vaivenes de la llama, y presumo con acierto que nadie se detendrá a mirar los espinos que brotan con trabajo en el erial, cuando la frescura de las cristalinias aguas convida al goce de las dulces sombras de la floresta.

No pienso cometer la extravagancia de molestar al anciano cantor de *Ilión*, tomando su nariz griega por escabel de mi amigo, quien se vendría a tierra sin remedio. Pero con perfecta convicción aseguro que si tal vez Gœthe le mirara con desdén, porque este ingenio, humano por excelencia, estaba lleno de soberbia, lo mismo que el demonio que alucinó a *Fausto*, desde Sófocles a Racine, desde Shakespeare a Lope y Calderón, le oirán con benevolencia su hermoso drama *El Padre Feijóo*.

Las obras que contiene este libro son de otro género.

Pero ¡cómo se dilata el pecho al aspirar ese aroma vivificante que despiden las rosas de Galicia, cogidas por la mano del poeta Curros en los campos de su patria!

Hay un ave de blanca pluma que solamente vive contenta posada en la superficie de los lagos transparentes, donde se copian las crestas de las montañas con su vegetación exuberante; surca la

orilla con las alas levantadas, semejante al bajel de Jasón cuando cruzaba los mares luminosos de la Grecia para ir a coger el Vello cino, y entre las múltiples florecillas que brotan al borde de las aguas, ve una, se detiene, la coge en su armonioso pico y canta luego su hallazgo, dando así maravilloso precio a lo que nadie había apenas sospechado.

— Y ¿dónde vive esa ave? — me preguntaréis.

— Dentro de una mísera cárcel...

— ¿Quién la tiene?

— Curros, dentro de su forma humana.

— ¿Y la flor?

— Es *La Virgen del Cristal*.

JOSÉ OJEA.

Cortegada, marzo 10 de 1880.



INTRODUCCIÓN

Escribir nada máis pra unha provincia
Ou, com'os povos árcades fixeron;
Escribir sobre a casca d'os curtizos,
Cáxeque todo ven á ser o mesmo.

A nosa vos, n-a soledá perdida,
Morrerá sin deixar xiquera ise eco
Que a brisa malencónica de outono
Deixa n-a copa azul d'os ameneiros.

Non pode ser tampouco d'outra sorte:
Pasaron xa, pra non volver, os tempos
En que ô linguaxe era unha cifra máxica
Fácele sólo ô sacerdote hebreo.

As xentes tristes que n-o verbo humano
Percuran os ideales qu'entreveron,
Cando ô vate interrogan, novo Oráculo,
Queren revelaciós, que non misterios.

Y-escibir n-unha lingua conecida
 D'aqueles sólo que onda nós naceron,
 ¿Qu'é sinón responder esas perguntas
 En revesgados xeroulifos pérsicos?

Todo tende â unidá, ley, d'entre todas,
 A máis ineusorabre d'o Progreso;
 Y-él que de cen naciós un povo fixo,
 Un idioma fará de cen dialeutos.

Como paran n-o mar todol-os ríos,
 Com'os rayos d'o sol paran n-un centro,
 Todal-as linguas han de parar n-unha,
 Qu'hemos de falar todos, tarde ou cedo.

¿Por qué botar ô púbrico este libro
 Si a división dialéutica condeno?
 Diredes, con razón, os que leades,
 Si as lêdes, estas páxinas. — Diréivolo:

Cando total-as linguas ò fin topen
 Que marca á todo ò providente dedo,
 E c'os vellos idiomas extinguidos
 Sola unha fala universal formemos,

Esa fala pulida, idioma úneco,
 Máis qu'hoxe enriquecido, e máis perfeuto,
 Resume d'as palabras máis sonoras
 Que aquelas n-os deixaran como en herdo;

Ese idioma, compendio d'os idiomas,
 Com'unha serenata pracenteiro,
 Com'unha noite de luar docísimo,
 Será—¿qué outro sinón?—será ò gallego.

Fala de miña nai, fala armoñosa,
 En que ò rogo d'os tristes rube ò ceo
 Y-en que decende a prácida esperanza
 Os afogados e doridos peitos;

Fala dos meus abós, fala en que os parias,
De trévoa e polvo e de sudor cubertos,
Piden â terrã ò gráu d'a côr d'o sangue
Qu'ha de cebar a besta d'o laudemio...

Lengua enxebre, en que as ánemas d'os mortos
N-as negras noites de silencio e medo,
Encomendan ôs vivos as obrigas
Que, ¡mal pocados!, sin cumprir morreron.

Idioma en que garulan os paxaros,
En que falan os ánxeles ôs nenos,
En que as fontes solouzan e marmullan
Entre os follosos árbores os ventos;

Non, ti non morrerás, céltica musa
Náda d'a Suevia n-os chouzales pechos,
Ultemo amor d'o páledo Macías,
Atravesado ò corazón c'un ferro;

Fecundo nume d'o úneco rey sabio
Que n-o solio d'España tivo asento,
Arpa inmortal d'a doce Rosalía,
D'o infortunado Añón himno postreiro:

Ti non podes morrer... ¡Eso quixeran
Os desleigados que te escarneceron!
Mais ti non morrerás, Cristo d'as linguas;
¡Non, ti non morrerás, ouh Nazareno!

Apóstol teu, anque ò máis ruín de todos,
Pr'onde quer levarei teu Evanxelio,
O fatelo vistindo de inominia
Que pra mofa n-as costas che puxeron.

N-o teu nome, por terras e por mares
Ofercerei paz e salú ôs enfermos,
Falareilles d'a patria ôs desterrados,
De libertade e redención ôs servos.

Anunciarei ò día d'o teu trunfo
Por cibdades e vilas e desertos,
E si por te anunciar me apedrearen,
¡Inda ô morrer te mentarán meus beizos!

A VIRXE D'O CRISTAL

LÊNDA

Rapazas de Vilanova,
Ben vos podeades gabar;
Que non hay Virxe n-o mundo
Como a VIRXE D'O CRISTAL.

(Cantar d'o povo.)

Almas ardentes pra chorar nacidas
Unha cencia que Dios non quixo darvos;
Volvoretas xentís, esparexidas
Arredor de unha lus que ha de queimarvos;
Almas cheas de duda, de fe espidas;
De unha eterna inorancia eternos parvos;
Vermes envoltos n-o montón aceso
De ôsos de mortos, que chamás progreso.

Parade un pouquichiño ò fatigoso
Paso, en que vades á rodar sin tino,
E non ô vento dédes enganoso,
A balbucente vos de un pelegrino,
Sombra de un sol que nace esprendoroso,

Pola esgallada de xigante pino,
 Recordo vivo de unha idá pasada
 Entre ò polvo d'os tempos enterrada.

A vos amiga que hastra vos se astreve
 E de xente de paz. Eu sonvos ave
 De pío morosiño e áas de neve,
 Que só aniñar n-os campanarios sabe.
 Dende eles colle lus, dende eles bebe
 O incenso en ondas que rubíu d'a nave,
 E cando cai esborrallada a torre
 Mirra as aliñas, e piando morre.

Cando teñades esta vos ouvido,
 Cal eco de fantástica viola,
 Xa esta sombra terá desaparecido,
 Cinza sólo quizáis será esta pola:
 Entonces, que tral-último queixido,
 Sólo será un cadavre esta ave tola,
 ¡Almas, volve de ô voso afán, voade,
 Buscand'o fin d'a cega humanidade!

¡Eu non podo seguirvos! Si amo tanto
 O progreso y-a lus, ¿por qué n-a frente
 Grabado hei de levar ò desencanto
 D'esta doce ilusión que ò peito sente?
 ¿Por qué, cando profétecos levanto
 O porvir os meus ollos, tristemente,
 Fíreme a sen recordamento xordo,
 E d'os pasados tempos me recordo?

Medroña queixa espállase n-o vento
 Por cibdades e vilas á redonda,
 Que inda zoa con tanto sentimento
 Como n-a praya cando toupa a onda.
 Ese triste queixido, ese lamento,
 D'alguén vos sai que sofre pena fonda...
 ¡E ò pasado que morre! A lira daime,
 E, si canto ese morto... perdonaime.

Sí, eu cántovol-a vida n-o pasado;
Que outros canten a vida n-o futuro:
Eu de un tesouro sei que está olvidado,
E pra sacal-o á lus a terra furo.
Se ò tempo é sempre o mesmo, y-agarrado
Vai ò presente ò que pasóu, seguro,
Pódia ser, ben n-a vila, ben n-aldea,
Que útil pra moitos ò meu canto sea.

I

Preto d'a cibdá de Ourense,
Camiño de Celanova,
Ond'é máis tépedo ò vento
Que a terra gallega azouta,
D'un círculo de montanas
N-a faldra, sempre verdosa,
Exténdese un val florido,
Cuberto d'herbas cheirosas,
Piñeirales e arboredos
Ricos de frutas e sombra.
Alí, pol-a primaveira,
Dispois de saír da escola,
Van os rapaces buscar
Freixós pra comer y-apóutigas;
Y-as nenas, máis delicadas,
E non como eles golosas,
Topan alí os caraveles
Con que os cabelos adornan,
E fan, con espriego e néveda,
Ramiños que logo esfollan.

D'este val n-o medio e medio,
Entr'edras e musgo envoltas,
Ergue as torres un castelo,
Feito alá n'eras remotas
De pedra de sillería,

Cáxeque c'o tempo roxa.
Como este antiguo edificio
Outro non hai, según contas;
Pois diz que foi levantado
Por unha princesa moura,
Dendes da posta d'o sol
Hastr'a saída d'aurora;
E ind hai vellos que aseguran,
E pódia que certo fora,
Que debaixo d'os cementos
Que os altos muros soportan,
Deixóu a moura princesa,
Pra que quen se astreva morra,
Sobre unha trabe en quilibrio
Dúas cántaras que asombran:
Unha de alquitrán hinchida
Y-outra de moedas e xoyas.
De sorte, que quen quixere
Coller a que ouro atesóura,
Creba unha cántara e morre
Feito carbón baixo a outra,
Quedándose ô mesmo tempo
Sin ò santo y-a limosna.

A caron d'este castelo
Agarimadiñas todas,
Ou pol-a veiga ceibadas
Como bandadas de pombas,
As retelladas troneiras
Abertas ô sol que as doura,
Alcóntrase as brancas casas
D'a vila de Vilanova.

Vilanova d'os Infantes
E vila de grandes sona:
N-hai zapateiro n-o mundo
Que bata milor a sola;
Non se cócen en ningures

Petadas qu'aquí non cozan,
E de aquí san pra os teares
As millores mazarocas.
Aquí está a gracia d'os homes
Y-a fror y-a nata d'as mozas;
En fin, sólo aquí naceron,
Sólo aquí, Martiño e Rosa.

II

Alá pol-o ano de gracia
De mil seiscientos e trinta,
Era dono d'o castelo
Qu'en Vilanova se ve inda,
Don Xácome Mazcareñas,
Señor de catorce vilas.
Home de fárragos vellos,
N-a corte d'o rey vivía,
Pois gallego como hay moitos
Dábale noxo Galicia.
Sólo d'ela se acordaba,
Se algunha ves o faguía,
Pra cobrar rendas e foros
Sin aviso e por xusticia.

Por estas falcatruadas
Todos olleira lle tiñan,
E cando cara á Madril,
Alá pol-o vran, saían
En carros acugulados
Diñeiro, gráus e fariñas,
Os probes d'os levadores
Que n-aqueles carros vían
Irse as mizquiñas ganancias
Con que seus fillos mantiñan,
De traballar eslombados,
Mentres os carretos se iban,

Quedaban pra sí dicindo :
«¡Que de solimán che sirvan!»

Entre a baixa servidume
Que don Xácome mantiña
Pra que lle coide d'os eidos,
D'os bes e d'as regalías,
Estaban Martiño e Rosa:
El pra faguer as vendimias,
Pr'as sachas e pr'as decotas
D'os xardís, ortas e quintas,
Y-ela pra gardar ò gando
N-as carballeiras veciñas.

D'os dous solasmentes Rosa
Dentr'o castelo vivía.
Martiño tiña vinte anos
E Rosa dezaseís tiña;
El era un mozo arrogante,
Y-ela un feitizo de linda;
Nunca tiveran amores,
Y-unque por ela bebía
Os ventos Xan de Ventraces,
Rosiña tomábao á risa.

Orfos antrambos á dous,
Sin amparo n-esta vida,
Servindo os dous ô mesmo amo
Topáronse certo día.
D'estonces, Martiño e Rosa
Sentiron ò alma ferida,
E quizáis que se morreran
De mal de malenconía,
Se unha mañá non quedaran
Noivos ô saír d'a misa.

III

Moito deben de quererse
Os criados de Mazcareñas,
Moito deben de quererse
Quando tanto parrafean.
Todal-as noites sentados
N-un grande poyo de pedra
Están parolando solos
O pe d'o castelo él y-ela.

Mentira ou verdade, il corre
Dendes d'a vila hastr'a aldea,
Que pra n'outono casárense
Teñen a roupa xa feita;
Pero hai quen xura e perxura
(Nunca faltan malas linguas)
Que d'eica que os namorados
Sallan xuntados d'a igrexa,
Han de pasar moitas cousas
Y han de nacer moitas herbas...

Mala cousa é n-este mundo
A condenada d'a envexa,
Mais non van descamiñados
Os que ò casamento negan;
Pois unha noite de lúa,
Noite caladiña e fresca
D'o mes de Santiago, cando
Todas son frores as veigas,
Todo é aromas ò campo
E doce música a terra,
N-a praza de Vilanova,
D'o castelo onde a cancela,
Martíño e Rosa falaban
De semellante maneira:

— Martiño, ¿qué diaño
 Tes hoxe? ¿Non falas?
 ¿Pra estar com'o moucho
 Viñeche d'a sachá?
 Si cando te fuches
 Noxado n-estabas,
 ¿Qué frema trouxeche
 D'o monte pr'a casa?...
 ¿Picóute unha cobra?
 ¿Guindóute unha galla?
 ¿Sáironche os lobos?
 ¿Botáronche a fada?...
 Responde, Martiño,
 ¿Qué tes, que te calas?

— Non sei cómo te oyo,
 Garduña esclavada;
 Non sei cómo te oyo
 ¡Y-estóume con calma!
 ¡Qué teño! ¿Qué teño,
 Pergúntasme, maula?...
 ¡Qué teño! Direicho...
 Pois... ¡téñoche lástema!
 ¡Treidora!

— ¡Dios mío!

— Fiai de rapazas
 Que din que vos queren...
 ¡Fiai de palabras!...
 — ¡Martiño!

— ¡O Martiño,
 N-impórtale á nadia!...

— ¿Pero home, toleas?
 ¡Asús, qué disgracia!
 ¡Veciños!...

— ¡Non berres!

¡Non berres... e cala!
 — Pero home, si cousas
 Me dis que m'espantan...
 ¡Si mesmo das medo!

¡Si os ollos che saltan!
Martíño, ven, séntate,
Sosega, descansa;
En nada che fixen
Pr'o mal que me tratas.
Soliña n-o mundo
De nadia mirada,
¡Faltábame agora
Que ti me deixaras!
Pois eu ben te quero...
¡Por eso non marra!...
— Ti quéresme moito...
Rosiña... rosada...
Ti quéresme moito...
Ti dícelo... e basta.
O mesmo dixeches
A Pedro Balada,
Y-á Xan de Ventrases
Y-ô amo d'a casa,
Cando hai ano e medio
Veu ver a labranza...
¡Que nunca él viñera!
¡Que nunca él chegara!
— ¡Santísimo Cristo
D'Ourense me valla!...
— Pra que hoxe te axude
Xa é tarde, rapaza,
Y-eu, tolo, quería,
Y-eu, tolo, pensaba
Casarme contigo...
¡Miniña d'a casta!...
— Martíño, anque probe,
Faltar non me faltas.
¡Pois coida o que pensas!
¡Pois coida o que falas!
Pra bulra, xa abundan
Seis meses de palra...
¿Qué Xan nin qué Pedro?

Unha d'a boca lle sai
Y-outra n-o corpo lle queda...

Cando por fin, acordando,
Pensóu n-o que lle arrodea,
Dixo, falando consigo:
«Ou mente Xan, ou mente ela.
E logo, tirando ô chau
Desesperado a monteira,
Añidiú: «Non, pois... si Rosa
Ten d'o cristal a pureza,
;Xuro á Dios, Xan de Ventraces,
Que ch'ei d'arrincal-a léngua!»

IV

Namentres, ;coitadiña!, a nena namorada,
De pena esmorecida, chorando á fio está;
Mais vive d'o castelo n-a cámara aleixada,
E nada d'os seus males se compadecerá.

;Miraina! Pol-o lombo caíndolle ò cabelo;
Os ollos arrasados, partido ò corazón,
Metéuse n-o seu carto, pechóu c'o taravelo
Y-está, ;miña cousiña!, xemendo n-un rincón.

D'alcoba en qu'ela dorme pol-alta lumieira,
De albahacas tapizada, mapolas y-alelís,
Esbara ò branco rayo d'a lúa pracenteira
Y-o recendente aroma d'a campesina bris.

De alí, Rosiña escoita ò burbullar d'o río
Que d'o castelo preto dende us penedos cai,
D'os páxaros d'a noite ò resonante pío
Y-a música que ò vento n-as alboredas fai.

Mais ten tan consumido ò corazón de pena,
 Qu'en nada topar pode consolo nin pracer,
 E chora que te chora, como unha Madalena,
 Da lástema, abofellas, da lástema de a ver.

Primeiro desengano d'o noso amor primeiro
 Que tras contigo ò frío d'unha mañá sin sol,
 ¡Tú roesos com'os vermes a fror d'o laranxeiro,
 Y-o corazón nos trocas en seco pirifol!

Por onde pasas deixas a baba corruñida
 D'a lesme venenosa, amarga como a fel,
 ¡Convirtes n-un inferno a máis fermosa vida,
 Detrás de ti non queda sinon fastío cruel!

N-o peito remordida por ese desengano,
 Rosiña desbautízase, murchada de pesar;
 Enxúgase as bagullas co a punta d'o seu pano
 Y-excrama moitas veces, volvéndoas derramar:

«¡Eu, que así Dios me salve s'entendo o que me
 [dixo!
 D'algunha malquerencia calunia debe ser,
 Por qu'eu xurar xurara, ô pe d'un crucifixo,
 Que á nadia máis qu'él quixen, nin penso máis
 [querer.

»Se probas m'él pidira e darllas eu pudese;
 Se arquiña d'as virtudes poidéralle amostrar,
 Vería que gardada, anqu'él non lle interese,
 Aquela virtú teño qu'é meu deber gardar.»

De solouzar ô cabo e pelexar cansada
 Con tanto pensamento que n-a cabeza ten,
 A coitadiña Rosa deitouse apesarada,
 N-o cabezal chantando a fatigada sen.

Pouquiño á pouco os ollos fóronselle pechando
 Doiñas acendidas n-a lus d'un puro amor,

Y-â Virxen entre dentes unha oración rezando,
Quedóuse adormecida n-un sono encantador.

Estonces, unha señora
Toda de lus rodeada,
D'estreliñas coroadada
Que como diamantes son,
C'un mantelo n-a cabeza
De pano negro, muy lindo,
Caladamente, surrindo,
Entróu pol-a habitación.

Nunca se víu n-este mundo
Máis feiticeira criatura,
Nin pra tan grande hermosura
Comparación pode haber:
Por ollos ten dous luceiros;
Por dentes, pelras d'os mares;
Por greñas, rayos solares;
Por risa..., un amañecer.

D'as orellas pendurados
Leva us aretes de lume,
E por gallega costume,
Dengue de pano sedán;
Zoquiños de pau de almendro
N-os pes de feitura enana,
Y-ô cinto unha muradana
Con plegues que xenio dan.

Pasiño á paso, chegouse
A cama en que dorme Rosa,
E botándolle graciosa
Unha mirada de amor,
Díxolle c'un tono brando
Que música parecía:
«Rosiña, a Virxe María
Traiche consolo e favor.

»Eu ben sei que a túa y-alma
Está cuberta de loito;
Eu ben sei que sofres moito,
Porque hai quen duda de ti;
Pero eu, que dendes ò ceo
Coido de aquel que me chama,
Eu farei, sí, que a túa fama
Quede cal foi hastra aquí.

»Non chores, miña pequena,
Non chores máis, pastoriña;
Eu velo por ti, miniña,
Ti d'a miña conta estás.
Martiño estará pesante
Mañá quizáis d'o que figo;
Pasado serei contigo
N'o monte, si ò monte vas.»

Calóuse Nosa-Señora
Y-envolta en dourada nube,
Rube... que rube... que rube...
Perdéuse n-a inmensidá.
Rosa quedóuse dormindo
A seu pracer e regalo.
Pronto espertará: xa ò galo
Cantóu, ventando a mañá.

V

— Moito madrugas uxe —
Dixo Xan de Ventraces a Martiño,
Topándo-o c'unha cara de forruxe
Pol-a mañá moi cedo n-un camiño.
— Nunca fun perguiceiro —
Repúxolle Martiño de mal modo,
Porque Martiño é pouco paroleiro.
— Pois fillo, así e todo,

Outrol-o seu negocio fan primeiro...

— Ant'eso... ¡qué lle queres!...

Si foran como ti todol-os homes...

— Olla, á mal non m'o tomes,

Mais... tés pouco partido entre as mulleres.

— Xan, levo moita presa,

Porque teño que faga n-a devesa.

Vou pra Porto d'Outeiro,

Que sinón, ten presente o que che digo:

Sobr'esas y-outras cousas que me calo

Moito tería que falar contigo,

Moito que agora vale máis calal-o...

— ¡Ouga! ¿Xa t'enrabuxas?

Ay, Martiño, calquera que t'escoite

E ben non te coneza,

Dirá que non tés miolo n-a cabeza,

A forza de pensar dende onte á noite.

O meu conto volvendo,

Como antes che decía,

Non hai unha muller que non se ría

D'o parviño qu'és ti...

— Eu non t'entendo.

Fala craro, si sabes;

Pois ò demo me leve

Si dende que me dis cousas tan graves

Me non tes tiritando, como a neve.

¿Conque... dis que as rapazas d'o concello

Falan por ahí de min? ¡Mirai ò diaño!

¡Pois estóuche servido!...

Pero teño entendido

Que inda me qués cal quer ò lobo ô año.

¡Qué ll'hemos de facer! Y-eu que creía

Que nadia que falar de min tería...

— ¡Ma... canté! Pero vives enganado,

Porque onte á noite aíña,

Díxom'en certo son certa veciña,

Falando de qu'estaba namarado,

Que máis sorte que ti tiña-a calquera

Esguízaro mirrado,
 De pernas tortas e de cara fera.
 «Y-esto ben se adiviña
 — Diciame a rapaza d'o relato —
 Porque despois de que a levóu ò gato,
 E cando él vai en busca d'a sardiña...»
 — Cálate, Xan, e vaite; que inda é cedo
 Pra que contigo un escarmento faga;
 Non afondes a chaga...
 Non me fales xa máis d'ise segredo
 Que pesa sobre min como unha praga...
 N-o meu pelexo ponte:
 ¿Non che abondóu canto dixeches onte?...
 Líscate, Xan, líscate axiña, pronto;
 Que sin que nadia o note nin sospeite,
 Cando me fagas falla, buscaréite...
 Porque che teño que contar un conto...
 ¡Ladras ben..., rabearas!
 Mais si cal tés maldá tiveras forza,
 As probas d'o que dis xa me amostraras
 Sin agardar que a gorxa che retorza.
 — Martiño, ¿logo picaste?
 Folgárame de ver qu'eras valente,
 Porque ind'hai quen chen di — ¡ cousas d'a xente! —
 Que cando c'un te atopas..., esfurrícaste...
 — O que che diga tal, dille que mente...
 Eu nunca de gabarme fun amigo,
 Nin loitas deprendín, nin ò pau xogo;
 Pero o que me fixo *unha* — ¡olla o que digo! —
 Quer quixera, quer non, pagóuma logo.
 Si ti crêrme non queres,
 O mal será pra ti; pois che prometo
 Que si de hoxe n-un mes conta non deres
 D'a honra de Rosa, â que furtache ò creto,
 ¡Heiche crabal-a lingua n-un espeto
 Para escarmento de homes e mulleres!
 — ¿E verdade o que dis?
 — Non ch'o repito.

— Pois entón... ¡hastr'agosto!

— ¡O dito... dito!—

D'esta sorte falando
 Xan de Ventraces y-o infelís Martiño,
 Fóronse separando,
 E sin decir máis nada
 Colleron cada cal por seu camiño:
 Martiño triste, Xan asubiando.

O día crarexaba;
 D'o sol, que a relumbrar encomenzaba,
 Unha franxa marela
 Pol-os altos petoutos s'extendía;
 A brisa n-as silveiras rebuldaba,
 Y-alá n-o cevo — pendurada estrela —
 Chilraba aletexando a cutuvía.

D'o lado de Levante
 De sombra e lume pabellón flotante,
 Vai correndo mainiña mainamente,
 Tapand'os hourizontes, negra nube,
 E d'ela por didiante
 Trévoa de fogo ardente
 Esparxe húmedo cheiro â terra quente.

Martiño camiñaba
 Máis triste cada ves, a toda prêsa.
 ¡Cantas bágoas choraba
 Por aquel camiñiño d'a devesa!

«Querer unha rapaza hermosa e pura;
 Pedil-a por muller con cortesía;
 Ir forrando pr'a boda e máis pr'o cura;
 Gardarlle ley un día y-outro día;
 Respetal-a, adoral-a con locura;
 Pegar por ela choutos de alegría,
 E cando un está lévedo, ceguiño
 Pol-a amorosa febre,

Escoitar unha noite n-un camiño:
Non te cases, Martiño,
Si non queres levar gato por lebre...

»Traballar toda a vida;
 Andar bregando sempre c'o esta aixada
 Pra conservar sin lixo, ennobrecida,
 A limpia fama de meus pais herdada,
 E de pronto escoitar de boca allea
 Unha mañá, n-o medio d'un camiño:
Mira o que fas, Martiño,
Que che se rin de ti por tod'aldea...

»¡Ay!, co'estes comparados,
 ¡Nada os tormentos son d'os condenados!
 ¿Será verdá, Xan de Ventraces?... ¡Dim-o!
 ¡Ten piedade de min, d'estas bagullas,
 D'este inferno en que ximo,
 Devorado por dentes como agullas!
 Eu non sei si te crea,
 Pero... ¡Virxe María!
 Si dixeses verdade eu morrería...
 ¿Serál-o demo? ¡Arrenegado él sea!»

Así decindo ò mísero labrego,
 Sin calma nin sosego,
 Metéuse n-a devesa de contado,
 E d'o seu sacho armado
 Comenzóu sin refolgo ò seu trafego.

Levaba xa Martiño,
 Rapaz de moito aguante,
 Sete horas de traballo seguidiño,
 Cando n-esto, de vento un remuiño
 Erguéu a terra pol-a veiga adiante.
 A densa polvadeira
 Escurecéu ò sol por un instante,
 Y-estremecendo val e carballeira,

Rachóu a negra nube de Levante
O rouco son d'un trono frameante.

As gárgolas d'o ceo
Esgazáronse entón'e d'o seu seo
Tanta chuvia mandaron,
Que as hortas se arrasaron,
O río esbordóu, cheo,
Y-os árbores y-as prantas desfollaron.
N-a tempestade aquela
Caía como un rayo cada gota
Y-en ningures se víu outra como ela.

Martiño, harripiado,
N-o ventre se metéu d'unha cañota.
¿Qué lle import'ô coitado,
Si está da auga d'o ceo agarimado?
¡Ay!, ¡non-o está d'a que d'os ollos bota!...
«¿Poidera ser —decía—,
Poidera ser que Rosa m'enganara?
¿Rosa, por quen daría
Canto Noso-Señor n-o mundo cría,
Hastra un reino, s'en sorte me tocara?
Non pode ser; non pode ser, de fixo.
Pura como un cristal, dixo onte â noite.
¡Pura como un cristal!... Cando m'o dixo,
Non hai razón pra que co'a duda loite.»

.....

Brillóu entón, de súpeto,
N-os ceos un relampo,
Qu'espaxendo a brétema
N-un rayo reventóu.
Ardéu en fogo a atmósfera,
Alumióuse ò campo
Y-esnaquizóuse ò árbore
En que Martiño entróu.

D'a labazada eléutrica
 Que ll'espídiu ò rayo,
 Martiño cego, atóneto,
 Caíu tumbado ô chau.
 Mas logo, reponéndose
 D'o natural esmayo,
 Xusgándose cadávere
 Levóuse ô peito a mau.

Pouquiño á pouco os párpados
 Abrindo, persinóuse,
 Y-ô ver pasada cáxeque
 Tan forte tempestá,
 Saniño e salvo véndose,
 D'a terra levantóuse
 E d'a cañota cóncava,
 Saíu tranquilo xa.

Mais inda ben, ¡meu ánxele!,
 Non dera una zancada,
 Cando trasposto en xúbilo
 N-o chau se acrequeñóu.
 «¡Nunca eu nacera!...», díxose,
 E recabando a aixada,
 Unha non vista endrómena
 D'a terra levantóu.

—

Era unha pedriña pedra,
 Era unha pedra pedriña,
 Como un ovo de galiña,
 Tallado en fino cristal;
 Unha pedra primorosa,
 Elíptica, limpa, pura,
 De arteficio e soldadura
 Sin xiquera unha sinal.

Mirada dendes de lonxe
Reloce como un diamante,
Parece de algún xigante
Ollo sin párpado, atrós;
Pero mirada de preto,
Suspende, ademira, espanta,
Vendo n-ela a imaxe santa
D'a bendita Nai de Dios.

Non é un croyiño formado
Pol-os gotexos d'a terra,
Nin en canteira nin serra
Puido topal-o ninguén.
Non é unha pedra de neve
Que a calor derretería,
Nin salación, que tería
Outra forma d'a que ten.

Non é un aeorolito ardente,
Anaco de pedra extrano,
Cuyo orixe soberano
Iña se nonalcontróu.
Non é volcánica lava,
Que fôra de côr máis louro,
Estalacta, nin metouro...
Nin ò diaño que o inventóu.

Esta é unha pedriña pedra,
Esta é una pedra pedriña,
Tan rara, tan pulidiña,
Como outra n-orbe non hai.
¡Mesmo parece unha bágoa
D'os ollos de Dios caída,
Pra se quedar convertida
En cárcere de sua Nai!

¡Qué hermosa está dentro d'ela,
Qué linda Nosa-Señora!

¡Con qué gracia sedutora
 Deixa seu sembrante ver!
 ¡Por ollos ten dous lucciros;
 Por dentes, pelras d'os mares;
 Per greñas, rayos solares;
 Por risa..., un amañecer!

.....

.....

Vendo tanta maravilla
 Metida en tan curto espacio,
 En tan pequeno palacio
 Tanta grandeza de Dios,
 Martiño, pasmado todo,
 Tomando ò cristal á peso,
 Escramóu: «¡Ande por eso!...
 ¡Ande por eso..., ollai vos!

Quíxose pôr de arrudillas,
 Quixo quitarse a monteira
 E gardar n-a faltriqueira
 O milagroso cristal;
 Pero d'os seus pensamentos
 Segunda ves asaltado,
 Decindo: «¡Estóu rematado!»,
 Tiróuno d'un saque ô val.

«Non—continóu—, Dios non quere
 Que logre a miña demanda;
 Xa Dios á sua Nai non manda
 Pra os namorados valer.
 Eses foron outros tempos...
 Y-ese cristaliño gayo
 Foi... a chispa de aquel rayo
 Que me debería fender.»

N-esto veuse vindo a noite
 Y-arrematada a faena,

Martiño, sempre con pena,
 Foise indo cara ô lugar;
 E cando entróu pol-a vila
 Dixo de remordos cheo:
 «¿Será un aviso d'o Ceo?...
 ¡Non che quixera apostar!»

VI

Se a tradición que sigo n-algo non mente,
 D'as escenas pasadas ô día seguinte
 Pol-a mañá,
 D'un salguerriño â sombra, sentada, fiando,
 N-o val de Vilanova gardando ò gando
 Rosiña está.

Inorante de canto lle acontecía
 O probe de Martiño, por quen sufría
 Soedades mil,
 Rosa, n-a cinturiña cravada a roca,
 Mazaroca fiando tras mazaroca,
 Pensaba n-il.

E mentres qu'en suspiros lanzaba ôs ventos
 Os ays que lle arrincaban seus pensamentos
 Tristes, crués,
 Pol-o campo os cabirtos corretexaban
 Y-as vacas y-as ovellas depinicaban
 Toxo e cardés.

Coitada pastoriña sin paz nin calma,
 ¡Cántas feles n-o fondo d'a tua y-alma
 Deixa ò amor!
 ¡Cántas sombras n-o ceo d'os teus encantos!
 ¡Cántas bágoas n-os ollos!—¡vállante os santos!—
 ¡Cánto delor!

Orfa desde que naciche, triste, esfameada,
Anque probe hasta agora, tua vida honrada
Por ti falóu.

¿Qué che importóu d'as touzas dormir â sombra?
¿Qué che importóu d'espíños pisar alfombra?
¿Qué che importóu?

Todo o pasache rindo... Todo se pasa
Mentres que quede a honra dentro d'a casa;
Pero, ¡ay de ti!,
Despreciaches un home por pretendente,
E destonces tua fama, de xente en xente
Vai por ahí...

¿Qué fixeches, Rosiña desventurada,
Qué fixeches?... ¿Estabas empecatada
Pra tal faguer?
Despreciar por Martiño, Xan de Ventraces...
Non sabes d'o que os homes che son capaces.
¡Probe muller!

«Traballar toda a vida desosegada
Pra conserval-a honra d'abós herdada,
Santa virtú,
E cando unha c'o noivo ten parrafeo,
Escoitar que nos dice: *¡Xa en ti non creo,*
Rabearas tú!

»Ir comprando pr'a boda tod'os trebexos,
Tod'o día toparse d'o noivo lexos
Morta de afán,
E cando a noite chega pra os namorados,
Escoitar que nos dicen labios amados:
¡Vaite con Xan!

»¡Non hai pena como ésta tan horrorosa!
Non hai pena como ésta!», marmura Rosa
N-o salgueiral,

E de pronto a coitada pra ò chau mirando
Recolléu d'entre as herbas, toda tembrando,
Aquel cristal.

.....
.....

«¡Asús, qué galanura! — repuso —. ¿Estarei cega?
Vestida de gallega a Reina d'a hermosura,
¿N-a miña mau, afé?
¡Non pode ser! ¡Toleo!... Riráse ô que ll'o conte;
Pero eu soñei nantronte que viña dende ò ceo
D'a miña cama ô pe. .

»¿Será verdade, Rosa? Metida n-un oviño
Tan piquirriquichiño, tan linda, tan hermosa,
Como a mirei entón?
¡A mesma muradana que lle caía tanto!
¡O mesmo dengue!... ¡O manto de terciopelo ou
Non estou tola..., non. [pana!

»S'en torno non pacera, mirándome, meu gan-
Que estou inda soñando dixérase calquera... [do
¡Asús! ¡Vaya que ser!
¡Qué olliños, qué mirada, qué beizos, qué cabelo,
Qué orellas, qué mantelo, qué frente nacarada!
¡Qué diaño de muller!

»E mira... e rebuldexa... e rise a santa imaxe...
¡Cómo me amostra ò traxe! ¡Cómo me parpadexa!
¡Algo me vai pasar!
¿Qué dis?... ¡Falarme quere! ¿Escoitaréina? ¡Cala!
¡Pois é verdá que fala!... ¿Señora?... ¡O que qui-
Xa estouvos á escoitar. [xere!

»¿Que acod'a cita? ¿E logo?... ¿Que ven por Dios
[mandada
Pra que me vexa honrada ò qu'en celoso fogo
Xusgóume criminal?...

¡Señora! Una pastora, baldón de toda a xente,
Non era merecente de tər tal defensora...

Pero... falai, sí tal.

»¿Qué quer, que lle levanten n-o val unha ca-
[pilla?

¿Qué quer, que de arrudillas lle recen e lle canten?

Pois ben, querida, ben.

Pero... calóuse..., ¡axiña! ¡Xa non, xa non a escoito!

¡Quizáis non fale moito, como é tan piquiñina!...

Pero ¡qué gracia ten!

»Pois ela algo me dixo de qu'eu non me recordo...
Non teño ouído xordo, mais eu non sei de fixo

Qué palabriñas son...

¡Me ama!... «Pr'os que non amen serei sempre

[invisibre

—Decía—y-é imposible que falte ôs que me cha-

De todo corazón...

[men

»¿Qué farei eu, croyiño, que agora máis che
[agrade?

¿Levarte onde ò abade? ¿Levarte onde a Martiño?

¿Qué diaños eu farei?...

Teique, ovelliñas, teique... To aquí, chiviña, tren-

[ea!...

¡Cardosa! ¡Aquí, xuvenca!... ¿Quéreste bulrar sei-

¡Ei, pr'o cortello, ei!»

[que?...

VII

Unha noite azul de agosto
Como de vran regalada,
Vilanova d'os Infantes
Toda é bulla e algazara.

Nunca misteriosa lúa
Verteu por lus tanta prata,
Nin n-as silveiras a brisa
Esparramóu máis fragancia.

Pol-a praza e pol-as rúas
As mozas cantando pasan,
Y-os mozos van detrás d'elas
Dando atruxos e palmadas.

Imporvisando un turreiro
A porta de cada casa,
Por todas partes s'escoita
Son de pandeiros e gaitas.

De legua e media â redonda,
Os mociños d'a montana
Saúdan aquela festa
Co'a lus d'os fachôs de palla.

As vellas de toda a vila
Sân d'os balcós âs barandas,
Y-os nenos emporranchiños,
Co'a cabeciña rapada,
Brincando e choutando enrédanse
Entre as pernas d'os que bailan.

Esta noite os zapateiros
Non queren collel-a chaira,
Nin as rapaciñas fían,
Nin os forneiros amasan.

Esta noite en Vilanova
E noite de fuliada;
Que así o dispuxo ò Concello
Y-o señor abade o manda.

O abade de Vilanova,
Que don Xan de Barros chaman,
Pra congregar ôs frigueses
Mandóu tocal-as campanas.

Encasquetado ò bonete,
Vestido de estola e alba,
Subiuse ô púlpeto e dixo
Os que debaixo escoitaban:

«Hirmauciños: Xa sabedes
Como fai catro semanas
Se dinóu Nosa-Señora,
Por medio d'unha rapaza,
Vír visitar esta vila
Pra facer n-ela morada.
De tanta mercé asombrado
Como Dios nos dispensaba,
O señor bispo de Ourense
Quixo vel-a imaxe santa;
Pero corréu tantas terras
N-este tempo a sua fama,
Que cando ò bispo faguerlle
Unha capilla pensaba,
O rey don Felipe Carto,
Que hoxe en paz goberna España,
Coidando non fose certa
Maravilla tan sonada,
Mandóuna pedir de prêsa
Pra vela y-ademirala.
Eu mandéilla moi envolta
Entre outras reliquias váreas:
O rey miróuna, tocóuna,
Volvéu á vela e tocala,
E c'os ollos relampados
Y-a lingua de media vara,
Dudaba de canto vía,

Como Didimo dudara.
¿Y-entón que fixo? Temendo
Que ò cristal en qu'encerrada
Está a Virxe fose cousa
En que pudese haber trampa,
Chamóu os máis afamados
Artífices á sua cámara,
Díxolles que xaminaran
O cristal con toda calma,
E declarasen en autos
Canto de raro notaran.
Así se fixo: prateiros
E péretos d'a Real Casa,
Homes de letras e cencias
Xuntáronse n-unha sala
D'o seu Pazo, n-a presenza
De mil xentes cortesanas,
E despois de grande estudio
Y-adimiraciós sin tasa,
Dixeron todos a unha
Que o que de ver acababan
Non tiña n-o mundo enxemplo;
Y-así, que ò cristal y-a santa
Eran de orixe divino,
Pois outro non lle atopaban.

»Despois d'este xuramento
Todos caíron âs prantas
D'a nosa Virxe, y-estonces
Rey, cabaleiros e damas
Fixéronlle ofrendas ricas
De xoyas de ouro e de prata,
Pra que se ll'erga unha ermida
N-o eido en que foi topada.
Todos estes pormenores
Dam-os ò rey n-unha carta
Que unha posta de Madril
Mesmo de entregarme acaba.

A Virxe xa volve estare
 En Vilanova: ¡adoraina!
 E namentes que os pedreiros
 Non lle levantan a casa,
 Vinde rezarlle á esta igrexa
 VIRXE D'O CRISTAL chamándoa.

»Y- agora ídevos con Dios;
 E d'este día en lembranza,
 Hoxe 'e mañá, si Dios quere,
 Ninguén n-a vila traballa.
 O mesmo quer ò Concello,
 Cedendo as miñas istancias;
 De darvos a mesma orde
 O pregoeiro se encarga.»

*
 * *

Cando da igrexa saíron
 Cantos dentro d'ela estaban,
 Martiño foise rondare
 De Rosa baixo a ventana.

Rosa estaba n-o castelo
 De xentes arrodeada,
 Porque como era bonita
 E vive en fama de santa,

Dendes que gardando ò gando
 N-o val á Virxe topara,
 A todos lles gusta, e todos
 Van, pra que peque, á tentala.

Ya fixo un mes que Martiño
 Tivo con Rosa palabras,
 E inda as paces non fixeron,
 Porque á tesón nada os gana;

Pero Martiño está seco
De celos como unas pallas,
E non pode aturar máis
Un mal de qu'él mesmo é causa.

Por eso, como arastora,
Veu moitas veces de husmada;
Pero Rosa, ou non-o vía,
Ou por non velo esviaba.

Levaba agora d'espera
Bo anaco baixo a ventana,
Pero Rosa non saía;
Como outro que di... nin ganas.

Martiño tose que tose...
Martiño canta que canta...
Pasea que te pasea...
Pero o qu'é Rosiña... ¡nada!

Alá arriba ò coitadiño
Ouía gromas e cántigas,
E cecáis Rosa se ría
Mentras él s'enrabexaba.

Por fin, cando xa Martiño
Se iba meter n-a sua casa,
Rosa somóuse, y-estonces
Trabaron estas palabras:

— Gracias á Dios, miña Rosa...
¿Dasme un ramiño de albahaca?
— Cando o que podo me piden,
Nunca neguei nada á nadia.

— Dios che faga tanto ben
Como lle das á miñ'alma;
Que dende que non te vexo
Parece que algo me falta.

— Non te me veñas co' esas,
Martiño, que... todo acaba...
¿Non te acordas xa d'a noite
Que *treidora* me chamabas?

— ¡Ay! Bo castigo me deches
Y-outro máis grande esperaba.
Dudei de ti..., un mal amigo
Díxome... ¿Quén non dudara?

Pero ese crime... custóume,
Si viras... ¡ay!, tantas bágoas...
— ¿Y-arrepentíchete?

—Escoita:
Esa noite mal fadada

Dixécheme: «Estóu tan limpa
Como un cristal.» ¡Ben falabas!
Porque â mañá d'o outro día,
Sin que ti me as amostraras,

Dios mesmo me daba as probas
D'a pureza d'a tua y-alma.
O cristal que ti alcontraches
Antes de que ti o alcontraras,

Eu ch'o topei, eu ch'o tiven
N-esta mau callosa y-áspora,
Eu fun quen o vin caíre
Y-eu quen o tirei con rabia,

Sin conecer..., ¡malos demos!,
Cánta grandeza encerraba.
¡Ti sí que sorte tiveches!...
Diol-o quixo, y-é moi sabia

Sua divina voluntade.
— ¡Quén sabe si me chamaba

Dios pra sí de esa maneira,
Martíño!

—¿Qué dis? ¿Qué falas?...

—Non xures, por Dios, Martíño.
—¿Pensas morrerte, rapaza?
—Non; pero a conta eche a mesma:
Penso casarme...

—¡Acabaras!

Pois o qu' é por min..., agora
Mesmo, si queres.

—Fai falla
Têr dote: ò señor abade
De aprontarma deu palabra.

—¿Dote? Ti non-a precisas.
—Pois xa che vendín as sayas
Y-o pano de frores..., todo,
Pra que haxa n-a festa gaita.

—¿Logo vas casarte emporra?
Si en ves de vender compraras...
—E que... pr'o meu casamento.
Abóndame unha mortaxa.

—¡Ouga! ¿Casarse é morrere?
—Cando con Crist'un se casa,
Morre pra ò mundo...

—¡Rosiña!

¿Monxa ti?...

—¡Martíño, cala!

¡Cala... e vaite! Si eu non puden,
¡Que outra felice che faga!
—¿Y-así... me deixas..., Rosiña?..
—¡Martíño..., a Virxe m'o manda!

VIII

N'esto Rosa arretiróuse
D'a ventana d'o edificio,
Deixando teso n-a rúa
O desdichado Martiño.

Páledo, sombrío, atóneto,
Como un mármore de frío,
Sin pestanexar xiquera,
Cravado está n-aquel sitio.

Estonces unha risada
Bulrona chególle ô ouído...
Risada de lobo farto...
Risada de cucudrilo...

— ¡Raxo de Dios! — dixo ô punto,
Todo en cólera acendido —;
¿Quén se ri?

— Xan de Ventrases.

— ¿Ti, ladrón de honras?

— O mesmo.

— ¡Fólgome! Así como así,
Teño unha deuda contigo
E vouna cumprir agora.
— Cantas queiras. Veño listo.

— Pois abonda de parola.
— Abonda, o mesmo che digo.
— Cara Soutoverde, Xan!
— Cara onde queiras, Martiño.

IX

Pol-a mañá d'o outro día,
N-o monte de Soutoverde,
Por cima de Vilanova,
Non se cabía de xente.

Alí, todos asombrados,
Rapaces, homes, mulleres,
Miraban co'a boca aberta
Unha cousa qu'estremece.

Sobre ò marco de unha herdade
Cravada unha estaca vese,
E d'ela n-o cuturiño
Está unha lingua pendente.

Us din: «Pol-o qu'é de longa,
A d'unha besta parece.»
Y-outros: «Parece a de un bácoro,
Según a sangue que verte.»

Estando n-estas e n-outras,
Sin saber cómo, corréuse
Qu'era de Xan de Ventraces
Aquel cativo presente.

Pois pol-a mañá moi cedo,
Xan, derrengado, morréndose,
Chegou á vila mostrando
Non têr a lingua entre os dentes.

Cando esta nova se soubo,
Moitos lástema lle feñen,
Pero moitos máis excreman:
«¡Ben feito, pra qu'escarmentes!»

A Xusticia andivo tola
 Precurando o delincoente,
 Mais como Xan non falaba,
 Non pudo darse co'ele.

Martiño fíxose ò zorro,
 E cando a que tanto quere
 Foise á Allariz meter monxa,
 El, anamorado sempre,
 Foise detrás pra vivire
 D'o seu conventiño enfrente.

¡Probe rapaz! Unha noite
 D'o frío e triste decembre,
 D'a profesión de Rosiña
 Pasados xa cuatro meses,

Martiño, ô pe d'o convento,
 Ardendo en morosa febre,
 Estaba mirando a reixa
 D'a celda en que moitas veces
 Se lle figuróu de Rosa
 Ver ò sembrante celeste.

Pensaba que tral-as pedras
 De aquel recinto solene
 Habería quen sentise
 D'a mesma sorte qu'él sente,

Sin conecer que as miniñas
 Que a vida á Cristo lle ofrecen,
 Deixan â porta os amores
 Cando n-o claustro se meten.

Nevaba. Mainiñas, mainas,
 Quediña, quediñamente,
 Iban caíndo..., caíndo...
 As folepiñas d'a neve.

Moito os ollos arregala
E moito a cabeza ergue,
Pero n-a reixa d'a celda
Nada Martiño destengue.

Sempre fitando, fitando,
Nin á refolgarse astreve,
E por pensar n-a sua Rosa
Hastra d'o frío s'esquece.

Tras unha hora, outra hora
Vai pasando lentamente,
Y-él, nin se move d'o sitio,
Nin se coida d'a entemperie.

De ves en cando ò coitado
Sin darse conta estremécese,
Harripiáselle ò corpo
E bate dente con dente.

Vales, outeiros e montes
Bórranse e desaparecen,
Y-un branco sudario, triste,
Por todas partes se estende.

Acolá enriba, n-a reixa,
Todo escuridá entramentres;
Nada se sinte, nin nada
Detrás d'os ferros parece.

Martiño, n-aquel instante
Ver á Rosa parecéndolle,
Quixo falarlle... e non pudo...
Asospiróu... e morreuse.

A neve que n-él caíra
Foi facendo d'él á rentes
Unha foxa que o tragaba
Dendesd'os pes hastra a frente.

Sobre ò seu corpiño morto,
Quediña, quediñamente,
Iban caíndo..., caíndo...
As folepiñas d'a neve.

X

Leutores, se olvidando d'o mundo os traballiños
Vos fórades de paseo de Vilanova ô val,
Entrade respetosos, entrade caladiños,
N-a primorosa ermida d'a VIRXE D'O CRISTAL.

Si escasos de fortuna bicades a sua pranta;
Si á visitala vades faltiños de salú,
Secorrerávos logo a milagrosa santa;
N-o mundo non hai outra que teña máis virtú.

De tristes agarimo, de probes esperanza,
D'os namorados guía, sostén d'o labrador,
Canto de Dios quixere, tanto de Dios alcanza;
Non hai quen lle non deba consolos e favor.

Cando eu era pequeno, por miña nai levado,
D'a aparición pedinlle a lenda celestial;
Si cal a deixo escrita non fôr d'o voso agrado,
A culpa non botedes â VIRXE D'O CRISTAL.

UNHA BODA EN EINIBÓ

I

— ¿Cómo te chamas, rapaza?
— Chámome Ádega Silván.
— ¡Ay, Ádega!... Entr'esas *silvas*
Quixéram'eu enredar...—

Tal dixo á certa miniña
Certo diaño de rapaz,
E dend'estonces antrambos
Quérense á non poder máis.
Todal-as noites de inverno
N-as fiadas d'o lugar
Están de groma e palique
Dend'entón Ádega e Bras;
E non hai festa n-aldea,
Nin precisión n-a cibdá,
Onde xuntos non se atopen
Un galán y-outro galán.

Cando hai danza n-o turreiro,
 E Bras ô turreiro sai,
 E sempre Ádega a primeira
 Que co'él ponse á bailar.
 Si ela vai â romaría,
 El â romaría vai;
 Si ela da un ichavo on cego,
 El outro ichavo ha de dar;
 Y-espello de namorados,
 D'o seu cariño en sinal,
 Si ela un caravel n-a boca
 Leva por causelidá,
 El outro caraveliño
 Ha de, por forza, levar.

Envexa de tod'as mozas,
 Cando xuntos vên ou van,
 Moitas â son d'o pandeiro
 Cantábanll'este cantar:

«Non te chegues moito â lume,
 Volvoretíña real;
 Non te chegues moito â lume,
 Mira que te vas queimar.»

Mais fan tanto caso d'esto,
 Tanto d'esto se lles da,
 Como si rousara un carro,
 Como si ladrara un can.

Un ano pasóu y-outro ano
 Pra os namorados en paz;
 Si dinantes se querían,
 Quérense hoxe moito máis.
 A ley que os dous se tiveron,
 Temendo ô cabo faltar,
 Porque toda corda creba...
 Por onde exprica ò refrán,
 Unha miaxa d'estado

Tratand'o fin de tomar,
 Ádega e Bras d'esponsallas
 Fixeron xuro formal,
 E pra casarse pediron
 Lisencia e venia á seus pais.

II

Y-alí van de cara â igrexa,
 Alí van ambos á dous,
 Pol-os dous sogros gardados,
 Seguidos de seus abós:
 Ela de alegría foncha,
 El morréndose de amor,
 Parecían dous paxaros,
 Conforme un de outro á carón
 Mirábanse as furtadelas.
 Cal si tiveran rebor.

Ádega estaba tan cuca,
 Que daba admiración;
 De aqueles seus ollos negros
 Aumentábanlle ò negror
 A cofia y-a palramenta
 Y-a saya, que negras son.
 As mapolas d'os seus beizos
 Collían roxo inda mor
 D'o colar de coraliños
 Que ò noivo lle regalóu.
 «¡Qué hermosa vaş! — marmuraban
 Detrás d'ela algús chismós—
 ¡Diol-o queira que che dure
 Moito tempo esa color!...»

Pero si ela en compoñerse
 Puxo todo ò seu tesón,
 Bras non vai menos composto,

Que atrás non se lle quedóu;
 Pois anqu'era por agosto
 E queima que pasma ò sol,
 Leva unha capa tan longa,
 Que non hai outra millor.
 ¡Qué calados n-a camisa!
 ¡Qué zapatos de mallós!
 ¡Qué cutín ò d'a chaqueta!
 ¡Qué rizo ò d'o pantalón!
 ¡Qué ben lle di a escarapela
 Que cusida c'un liño!
 Leva á un lado d'o chapeyo
 Desde d'as quintas libróu!
 ¡Traballos que pra esculirse
 Pasara n-aquel entón!...
 ¡Meciñeiros que o roubaron!
 ¡Diñeiro que lle costóu!

Mais aquelas agonías
 Pasadas, gracias á Dios,
 Todo pra Bras hoxe é gloria,
 Felicidade y-amor.

A par de Ádega, moi teso,
 N-a igrexa ò rapaz entróu;
 Deulle â noiva auga bendita,
 Ouíunos ò confesor,
 E logo ò señor abade
 Botóulles as bendiciós.

Dende a víspera avisado,
 Por ser de uso en Einibó,
 Está esperando os cortexos
 O gueiteiro que chegóu.
 E cando, por fin, d'o tempro
 Saíron ambos á dous,
 D'a gaita ô *tiriliro*,
 D'a caixa ô *tromporrontrón*,

Caíndo as doce d'o día
D'a espadaina n-o reloxo,
Descontra á casa d'o noivo
A patuleya marchóu.

III

Mais xa de Bras n-a cociña
Roxe o rixon n-a sartén,
Fervén á cachón os potes
E cheira á aurego e prixel.

Perparada n-o sobrado
Unha mesa d'oito pes,
Con catro mantés cuberta,
Porque non chega un manté,
Fumegan enriba d'ela
Tres barcales, todos tres
De chourizos cugulados,
Lacón e vaca, á escoller.
Panochas por onde queira
De pan albeiro se ven,
Bicas de centeo e millo
Pra gusto de quen quixer;
E n-un curruncho, con netos
Alá por corenta e seis,
Toupa de chea unha cántara
De purrela como a mel.

Chegados á casa os noivos
Y-os convidados tamén,
Fixeron a crus n-os pratos
E puxéronse á comer.
¡O que aquelas probes vellas
N-os seus fillos se revén!
¡Cas envidian os casados
Os qu'están pra merecer!

¡Qué olladas lle botan á ela,
 Qué olladas lle botan á él,
 Solteiriñas e solteiros,
 Cando non-os ve ninguén!

Mentras us falaban y-outros
 Non paraban de comer,
 Os pais d'os noivos decían
 Quediño, con certo aquel:
 — O meu... leva unha xugada
 Y-un carro... ¿Y-a de vosté?
 — ¡Unha uchiña chea... de honra!
 — Pois mire, abóndalle ben;
 Porque onde hai honra e saúde
 Estánlle os millores bens.—

Perdidos un pol-o outro,
 Tras de unha vez outra vez,
 Os noivos chúscanse ò ollo,
 Como ò que a cousa non quer.
 Alá, debaixo d'a mesa
 Rebulía non sei qué,
 Que Ádega púxose roxa,
 Roxa como un caravel...

«Marcha, can—decía unha vella—.
 ¡Hora ò demo ònde te ves!
 Vaite roer pra outro lado,
 ¿Ou seique tes gana de...?»

N-esto, ò viño comenzaba
 N-as cholas á remexer,
 E bébedos eles y-elas,
 Todos puxéronse en pe;
 Y-as xerras levando â boca
 Y-escurrichando ò pichel,
 O son pecador d'a gaita,
 Que toca tocatas cen,

Os convidados brindaron
D'esta maneira cortés:

«¡Viva a noiva! ¡Viva ò noivo!
¡Vivan homiño e muller!
¡Por moitos anos se gocen,
Por moitos anos, amén!»

IV

A francachela acabóuse,
Que á fe que non foi ruin;
Xa é de noite; a branca lúa
Alá d'o ceo n-os confís,
Entra un enxame d'estrelas
Como almendras de Allariz,
Inda luce que parece
Un pandeiro de marfín.

De frescos cheiros cargada
Pasaba soprando a bris,
Y-os paxariños n-as polas
E n-as chousas a perdiz.
N-os seus buracos os grilos
Y-as ovellas n-o cubil,
Us c'os seus roncós cantares
Y-autros con trinos xentís,
Compañan unha armunía
¡Qu'era o que había que ouvir!
Parece qu'a Naturaleza,
Nai querendosa e felís,
Daba ò parabén òs noivos,
Qu'eran esposos por fin.

¡Mirainos! O son d'a gaita,
D'o bombo e d'o tamburil,
Están bailando a muiñeira
El y-ela ô pe d'o patín.

¡Cómo él torce aquelas pernas!
 ¡Cómo ela estroza ò mandil!
 ¡Cómo recolle él a faixa!
 ¡Cómo ela move os cadrís!

Arredor d'eles, en roda,
 Mozos e mozas alí
 Bailan también, entramentres
 Que pegando atruxos mil,
 Esmoen ò pan da boda
 Un fato de pelingris.

Tanta alegría mirando,
 Os vellos sin dentes rín,
 E senten non tel-as pernas
 Pra choutar e rebulir.

Erguen cen nubes de polvo
 Co'as chancas os bailarís,
 E tanto castañetexan,
 Que naide s'entende alí.

Gueiteiro que máis ben toque
 Nunca en Einibó se víu,
 Que aunque toca á secas, toca
 Que non hai máis que pedir.

Vendo cómo repinica
 N-aquel punteiro sutil,
 Todos quédanse asombrados
 Un instante sin sentir.

E cando ô cabo, repostos
 D'o asombro, volven en sí,
 Perguntan todos: «¿Y-os noivos?»

.....
 ¡Vai bôa! ¡Nin e'un candil!

Ò GUEITEIRO

Sempre pol-a vila entraba
Con *aquel* de señorío.

ROSALÍA DE CASTRO.

Dendesd'o Lerez lixeiro
As veigas que ò Miño esmalta,
Non houbo n-o mundo enteiro
Máis arrogante gueiteiro
Que ò gueiteiro de PENALTA.

Sempre retorcendo ò bozo,
Erguida sempre a cabeza,
Daba de miral-o gozo:
Era un mociño..., ¡qué mozo!
Era una peza..., ¡qué peza!

Despois d'o tempo pasado,
Pasado pra non volver,
Como un profeta ispirado,
Inda m'o parecer ver
N-a festa d'o San Trocado.

Calzón curto, alta monteira,
Verde faixa, albo chaleque
Y-o pano n-a faltriqueira,
Sempre n-a gaita parleira
Levaba dourado fleque.

Non houbo home máis cumprido
N-o mundo, de banda á banda;
Nin rapaz máis espilido,
Con máis riqueza vestido,
Nin de condición máis branda.

Pr'as festas e romarías
Chamado todol-os días,
Topábase dondequeira,
Anque pør certas porfías
Sólo tocaba a muiñeira.

Pois, como poucos teimado,
Cando unha venta lle pega,
Xura que pra ò seu agrado,
Non se ten inda enventado
Múseca como a gallega.

Neno era eu cando él vivía,
Mais non-o podol esquecer.
¡O qu'él n-a gaita sabía!
¡O qu'él c'os dedos podía
N-aquel punteiro faguer!

Cando n-as festas maores
Era esperado ò gueiteiro,
Botábanlle as nenas frores,
Ledas copras os cantores,
Foguetes ò fogueteiro.

Tras d'él, en longa riola,
D'a gaita ò compás levando
Con infernal batayola,

Iban correndo e choutando
Os rapaciños d'a escola.

Nunca se puido avriguar,
Véndolla repinicar,
Por qué, ô son d'a gaita ouíndo,
Cantos bailaban sorrindo,
Acababan por chorar.

Pro cando él n-o turreiro,
Cal n-a trébede a Sibila,
Pegaba ô pío primeiro,
Daban ô vento ô sombreiro
Todol-os mozos d'a vila.

Comenzado ò baile entón,
Cousa era pra admirar
Aquel semblante bulrón,
Aquel aire picarón
Y-aquel modo de mirar.

Y-era de ver con qué trazas,
Sin faguer pausas nin guiños
Nin caso d'as ameñazas,
Furtaba un bico âs rapazas,
D'os noivos diante os fuciños.

Ninguén soubo frolea
D'o xeito qu'él froleaba:
Verlle a muiñeira botar,
Era unha nube mirar
De anxeliños que pasaba.

Xentil, apostado, arrogante,
En cada nota ò gueiteiro
Ceibaba un limpo diamante
Que logo n-o redobrante
Pulía ò tamburileiro.

¿Qué Orfeo se lle igualaba,
Si mesmo, dentro d'o fol
Que c'o cóbado apertaba,
Parecía que cantaba
Escondido un rousiñol?

Múseco á un tempo e poeta,
Algunha fada secreta
Tiña con que conmovía,
Pois nunca de unha palleta
Saíu tan doce armonía.

Tocaba..., e cando tocaba,
O vento que d'o roncón
Pol-o canuto fungaba,
Dixeran que se queixaba
D'a gallega emigración.

Dixeran que esmorecida
De door a patria nosa,
Azoutada, escarnecida,
Chamaba, outra *Nai chorosa*,
Os filliños da sua vida...

Y-era verdá. ¡Mal pocada!
Contra un penedo amarrada,
Cravado un puñal n-o seo,
N-aquela gaita lembrada
Galicia era un Prometeo.

Un Prometeo cantando
Eternas melanconías;
Sempre un consolo agardando
E sempre as bágoas chorando
D'o desdichado *Macías*.

Por eso, cando á tocar
Se puña ò gueiteiro lindo,

Cantos viñan pra bailar,
S'escomenzaban sorrindo,
Acababan por chorar.

Por eso en vilas y aldeas,
Por xentes propias y-alleas
Era aquel home estimado,
E por todos saudado
En camiños e vereas.

Por eso, dond'él chegaba
Dábanlle citas de amores
As mozas porqu'él toleaba,
E sempre â mesa xantaba
D'os abades e priores.

Que dende ò Lerez lixeiro
As veigas que ò Miño esmalta,
Non houbo n-o mundo enteiro
Máis arrogante gueiteiro
Que ò gueiteiro de PENALTA.

A PRIMAVEIRA

Ahí ven ò tempo de mazal-o liño,
Ahí ven ò tempo d'o liño mazar,
Ahí ven ò tempo, rapazas d'o Miño.
Ahí ven ò tempo de se espreguizar.

(Cantar d'o povo.)

Como a miniña tola
Que sai por ves primeira
Con dengue e muradana
Pr'a festa d'o lugar,
Así xentil y-aposta
Vai vindo a Primaveira,
Grinaldas de craveles
Vertendo ô seu pasar.

Xa encima d'os penedos
Non berra ò graxo rouco,
Que alá n-as negras noites
As névoas espallóu,
Nin funga n-as troneiras
O son d'o vento louco,
Que cántigas de bruxas
E trasgos remedóu.

Xa se ouce ò pío alegre
D'o paxariño tenro,
Perdidol-os seus ollos
N-a estrela d-a mañán,
Y-as nubes sacudíndose
D'as brétemas d'o inverno,
Vestidas de ouro e nacre
Pol-o hourizonte van.

Os árbores espidos
De fruto e de ramaxe,
Cubertos xa de folla
Comenzan á dar fror;
Y-â sombra agachapado
D'o prácido follaxe,
Mentres que ò gando garda,
Fai chifros ò pastor.

Xa de amarelo e branco
Se pintan os outeiros;
Xa nacen n-as silveiras
As frores de San Xoan;
Xa crecen n-os valados
As hedras y-os loureiros;
Xa ten carroucha ò millo,
X'as vides gromos dan.

Ahí ven pr'os probes vellos
Sin sangue xa e sin vida,
A fogueirada ardente
Qu'esparxe a lus d'o sol;
Ahí veñen pra os poetas
D'inspiración garrida,
As cheirosiñas auras
Y-a vos d'o rousiñol.

Ahí veñen pra os cortexos
As noites feiticeiras

D'os fúlidos luceiros
O maino relumbrar;
Ahí veñen pra os rapaces
As moras d'as silveiras,
Y-o tempo dos gandulos
Que niños van buscar.

¡Ay, estación frorida,
Gallarda Primaveira,
Quén pra botarche copras
Tivera o que non ten!...
C'o corazón ferido,
Sin lira garruleira,
¿Quén te cantóu, hermosa?...
¿Quén te cantóu?... ¡Ninguén!

Ò MAYO

Aquí ven ò mayo
De frores cuberto...
Puxéronse â porta
Cantándome os nenos;
Y-os puchos furados
Pra min extendendo,
Pedíronme crocas
D'os meus castiñeiros.

Pasai, rapaciños,
Calados e quedos;
Que o qu'è pol-o de hoxe
Que darvos non teño.
Eu son vol-o probe
D'o povo gallego:
¡Pra min non hai mayo,
Pra min sempre é inverno!...

Cando eu me atopare
De donos liberto
Y-o pan non me quiten
Trabucos e préstamos,
E com'os d'o abade
Frorezan meus eidos,
Chegado habrá estonces
O mayo qu'eu quero.

—
¿Queredes castañas
D'os meus castiñeiros?...
Cantádeme un mayo
Sin bruxas nin demos;
Un mayo sin segas,
Usuras nin preitos,
Sin quintas nin portas,
Nin foros, nin cregos.

BEN CHEGADO

¡Qué doce e deleitoso
E d'un pai ò desvelo cando â veira
D'o seu leito d'esposo,
Vai oír pracenteira
D'o seu primeiro fillo a vos primeira!

¡Qué argullosa ufanía,
Qué mundo d'ilusiós e de contento
Acode â fantesía,
Y-en tan felís momento
Encolle ò corazón y-o pensamento!

Heme aquí retirado
D'o meu lar n-o currecho escurecido,
Contando, o son pausado
D'a péndola, ò batido
D'o corazón de amor estremecido.

Chega hastra min, profunda
Como a tétrica queixa lastimada
De cerva morimunda,

Solouzante e cansada,
A vos dorida d'a muller amada.

Mais d'os seus beizos roxos
Envolto n-os sospiros de amargura,
Trégola ôs meus enoxos,
Un ánxel d'hermosura
Bríndam'eterna, celestial ventura.

¡Ah! Deixa que treidores
Ceiben en ti, muller, sua saña impía
Os maternás doores;
Que canto máis sombría,
Máis tras d'a noite nos feitiza ò día.

Sofre en calados ayes
O máis grande tormento conecido.
¡Sofre!... ¡Mañán, quizayes,
Darás por ben sofrido
Ese, que a ninguén outro é parecido!

¿Quén sabe, ô fin, se a estrela
Que vai lucir n-o noso triste ceo,
Purísima e sinxela,
Astro chegará á ser que de lus cheo
Os nosos días enfeiticee arreo?

¿Quén sabe si, puxante,
Esa pranta que brota hoxe d'a terra,
Erguéndose trunfante
Sobre canto de pobre e ruin encerra,
Arbol será de paz tras tanta guerra?

Ven, fillo d'a miñ'alma;
Chega, chega, e non tardes, meu querido:
A humanidá sin calma,

O mundo en servidumbre sumerxido,
Nado inda non, saúdante ben vido.

E ben chegado seas,
O meu colo tamén, ¡miña delicia!,
¡Que inda mesmo sin vida me recreas,
Falangueira e propicia
A miñ'amante e paternal caricia!

Namentres, noite, pasa,
Pasa, eses teus luceiros apagando:
Linda é a lúa; mais sua lus escasa
Agoiro fora infando
O berce d'o meu neno alumeando.

Pasa noite d'as fadas,
En que Dios dorme e se acobarda a xente;
Que as párpedas pechadas
D'o meu rolo inocente
Quérense ô rayo abrir d'o sol fulxente.

¡Ouh, sol! Ti, que atesouras
A lus que esparxe a brétema sombría;
Ti, que os outeiros douras
E inundas de armonía
O ceo, a terra, a mar, a tarde, ò día;

Pol-a xigante lomba
Érguete á ver ò meu miniño, quedo,
Cal namorada pomba
Que pol-a mañá cedo
Leva ôs fillos calor n-o bico ledo.

D'o mundo n-os lumiales,
¡Ouh, sol!, ¡sol inmortal!, meu neno espera
Teus rayos celestiales...
¡Si cara á ti nacera,
Non cara â noite, cara á ti correra!

¡Que cando eu á esta vida
Abrín os ollos, triste noite escura
Cubríume enloitecida,
E d'esa noite impura
Inda os crespós arrastro y-a tristura!

¡AY!... (1)

¿Cómo foi?... — Eu topábame fora
Cando as negras vixigas lle deron;
Pol-o aramio sua nai avisóume
Y-eu vinme correndo.

¡Coitadiño! Sintindo os meus pasos
Revolvéu car'á min os seus ollos.
Non me viu... e choróu..., ¡ay!; xa os tiña
Ceguiños de todo.

Non me acordo qué tempo m'estiven
Sobre ò berce de dôr debruzado;
Sólo sei que m'erguín c'o meu neno
Sin vida n-os brazos... —

Volvoreta de aliñas douradas
Que te pousas n-o berce valeiro,
Pois por él me preguntas, xa sabes
Qué foi d'o meu neno.

(1) Véase nota del recopilador, que figura en el Índice de notas.

N'A MORTE DE MIÑA NAI

Doce malenconía, miña Musa,
D'o meu espírito noiva feiticeira,
¡Déixame que hoxe n-o teu colo dorma
Sono de pedra!

Nunca, reiciña, nunca como agora
Falla fixéronme os teus bicos mornos:
Chovéu por min chuvia de sangue, e trayo
Frío n-os ôsos.

Quéntame ti, que tiritando veño,
Ti, que d'o peito cural-as feridas,
¡Amiga xenerosa d'os que sofren,
Malenconía!

Tôpe miñ'alma, â sombra d'os ciprestes
Que os tristes ermos d'as tuas illas cobren,
O esquecemento qu'en ningures hacho
Pr'os meus doores.

Fai que ô rumor d'os teus regueiros, brando
Se adormezan meus tristes pensamentos.

¡Son un orfo!... Agarímame ô teu colo...
Xa outro non teño.

¡Xa outro non teño en que pousal-a frente,
Pol-as arrugas-d'o pesar sulcada;
Xa outro non teño que amargura enxugue
D'as miñas bágoas!

Nai, ¡adorada nai!, mártir escura,
Branca pombiña, arruladora e tenra,
¡Ay! Si souperas cómo me deixabas...
Non te morreras.

Dende que te perdín, a terra, ò ceo,
Todo é pra min d'a mesma côr d'a morte.
O sol non me alumea, nin os campos
Pra min tèn frores.

Cal sobre os condenados a pauliña,
Caíu sobre miñ'alma eterno loito;
Todo me amarga, hastra ò aire que respiro;
Dáname todo.

D'o corazón fuxiume esa alegría
Qu'é n-as frores aroma e vos n-os paxaros,
Y-andan por dentro d'o meu peito os corvos
Arrevoando.

¡Cómo recordo aquelas noites craras
En que ô fulgor d'a prateada lúa
Me arrulaba o sono d'os teus cantos
Co'a doce múseca!

¡Cómo recordo aquelas tardes tristes
En que os tronos sintindo nos rezábamos
Por que Dios leve os probes mariñeiros
A porto salvo;

Pol-os necesitados camiñantes,
Pol-os vellos sin pan e sin abrigo,
Pol-os nenos sin pai..., abandonados...,
Como os teus fillos!

¡Ay! Eu tamén rezar quixera agora
Por ti, de tanto amor en xusto pago;
Mais dende que te fuches, miña rula,
¡Teño un cansancio!...

Malenconía, Musa d'os doentes,
D'o meu espírito noiva feiticeira,
¡Déixame que hoxe n-o teu colo dorma
Sono de pedra!

ÔS MOZOS

¡Qué triste está a aldea,
Qué triste e qué sola!
¡A terra sin frutos, a feira sin xente,
Sin brazos ò campo,
Sin nenos a escola,
Sin sol ò hõurizonte, sin fror a semente!

A pedra y-as nubes
A sembra arrasando,
Agoiran un ano de fame sombría;
Sin pan os labregos,
Nin herba pra ò gando,
¿Qué vai á ser d'eles n-a crúa invernía?

Manadas famentas
De lobos montesos
Baixaron d'as chouzas n-a noite calada,

E postos en ringla,
C'os ollos acesos
Acenan d'os probes pr'a porta pechada...

Mociños honrados
De sangue bravía,
Si ô mal d'os petrucios non fordes alleos,
Librádeos d'a morte,
¡Facei montería
N-os lobos da terra, n-os lobos d'os ceos!

CÁNTIGA (1)

Uma noite na cidade
→ N-o xardín unha noite sentada
O refrexo d'o branco luar,
Unha nena choraba sin trégoas *coitada*
Os desdés d'un ingrato galán.
Y-a coitada entre queixas decía:
«Xa n-o mundo non teño ninguén;
Vou merrer e non ven os meus ollos
Os olliños d'o meu doce ben.»

Os seus ecos de malenconía
Camiñaban n-as alas d'o vento,
Y-o lamento
Repetía:
«¡Vou morrer e non ven ò meu ben!»

Lonxe d'ela, de pe sobre a popa
D'un aleve negreiro vapor,
Emigrado, camiño de América
Vai ò probe, infelís amator.

(1) Véase un curioso apéndice puesto a la nota del autor, que existe en el Índice de notas.—(N. del R.)

Y-o mirar as xentís anduriñas
Car'a terra que deixa cruzar:
«¡Quén pudera dar volta—pensaba—,
Quén pudera con vosco voar!...»

Mais as aves y-o buque fuxían
Sin ouir seus amargos lamentos;
Sólo os ventos
Repetían:
«¡Quén pudera con vosco voar!»

Noites craras, d'aromas e lúa,
Desde entón ¡qué tristeza en vos hai
Pr'os que viron chorar unha nena,
Pr'os que viron un barco marchar!...

D'un amor celestial, verdadeiro,
Quedóu sólo de bágoas a proba,
Unha coba
N-un outeiro
Y-on cadavre n-o fondo d'o mar.

A IGREXA FRÍA

Por cima d'os agros,
D'o monte n-o medio,
Levántase aínda,
Hidrópico e negro,
Cal xigante hipopótamo morto,
De vermes cuberto,
Rodeado de tréboas e gramas,
O lombo deforme d'o vello mosteiro.

Das torres as rexas
Agullas de ferro,
Queixarse parecen
D'a marcha d'os tempos;
E de cote paradas e inobres,
Semellan os dedos
D'unha mau de Titán que anda en busca
D'o rayo que tarda, d'as iras d'o ceo.

Dend'alta campana
Cai inda en anelos

A forte cadea
 Con triste bambeo.
 Cando â posta d'o sol, d'as montanas
 Azóutana os ventos,
 Unha serpe arremeda encantada
 Que gard'as rüinas fungando e tecendo.

Os pelos de punta
 N'a mau c'un coitelo,
 C'o sangue lixado
 D'os probes viaxeiros,
 Tempos houbo en qu'aquí buscar viña
 Seguro y-achego
 O ladrón d'os camiños, que os frades
 Que á Praga queimaban, en salvo puxeron.

De monxe vestido
 Como eles ò reo,
 De réprobo á santo
 Pasóu n-un día mesmo;
 E, d'a gorxa que ser debería
 Tallada n-un cepo,
 A pauliña saíu qu'excomulga
 O insine Colombo y-o gran Galileo.

As virxes, forzadas;
 Os probes, valeiros,
 Pedían namentres
 Socorro e remedio;
 Y-a Xusticia, escudeiro mal pago
 D'o crime sanguento,
 D'o sagrado n-a porta quedaba
 De rabia e de cólara os dentes batendo.

N-os meus solitarios
Nouturnos paseos,
Sucédeme às veces
Chegar ô mosteiro;
E caretas facédom'estonces
D'a lúa ô refrexo,
Unha negra visión, d'entre as ruinas,
«¡Qué tempos!», me dice; y eu digo: «¡Qué
[tempos!»

SAÚDO .

¡Ouh!, meiga, cibdá d'a Cruña,
Cibdá d'a torre hereulina,
De xeneraciós recordo
Máis fortes que as de hoxe en día;
Cibdá que por sòbre os mares
Erguel-a cabeza altiva,
Cal onte n-as tuas murallas
O brazo de MARÍA PITA:
¿Qué tês n-ese teu recinto,
Qué tês pr'os que te visitan,
Que conecerte non poden
Sin que deixarte non sintan?

Tempos houbo en que revoltó
N-a loca redemuiña
Que pol-a terra me leva
En direución nunca fixa,
Día e noite alumeado
Por unha estrela maldita,
Deixando d'os patrios lares
As gasalleiras delicias,

Pisei teu chau, de camiño
Pra máis aleixados crimas.

Páxaro novo soñara,
Cando nin pruma inda tiña,
Voar de un cevo en precura
Máis grande que ò de Galicia;
Pero non ben d'as tuas prazas
Pasei sobre as pedras limpas,
Non ben d'eses teus verxeles
Os frescos cheiros sentira,
D'os teus aires namorado
Que embebedan e feitizan,
Renunciei terras extranas
Y-amor pedinche e caricias.

Nai cariñosa, ti décheme
Canto dar-me entón podías:
Consolo pr'as miñas bágoas,
Pr'os meus males medicina;
E inda esquecerme non poden
D'as tuas saladas brisas,
Que me ourexaban a frente
Por fogo de febre ardida.

Era eu neno, sí, moi neno,
E por esas prayas iba
Collend'o nacre das cunchas
Que n-as tuas orelas brillan.
Risoñ'o sembrante murcho
—Que xa murcho entón o tiña—
N-un bote me bambeaba
D'o Orzán sobre as ondas rizas.
¡Ay! N-ese mar tormentoso,
Que non de Tirteo n-a lira,
A estrofa enérxica e fera
D'a libertá deprendía.

Dotáronme d'alma ardente
 As auras que che dan vida,
 De firmeza n-o infortunio
 Os pedrouchos d'as tuas illas.
 Ti fuches quen me falaches
 D'extrana maneira mística,
 D'este santo amor d'a patria
 Que se sente e non se exprica.

Era eu neno, sí, moi neno,
 Cando por teu chau corría,
 Hóspede que inda sin nome
 Regalabas compasiva...
 ¡Cruña, Cruña! Cal fuxiron
 Aqueles prácidos días. . .
 Hoxe non me coneceras
 — Tan outro son — si me viras.

Alma vella en corpo novo,
 O que un recordo ch'envía,
 Dinantes que dependure
 D'un negro cipreste a lira,
 Cantarche quixera cántigas
 De tantos feitizos dinas;
 Mais miñ'arpa non ten cordas
 De amores nin de alegrías,
 E sólo tristes salayos
 As poucas que quedan guindan;
 Recolleos, cibdá sagrada;
 N-eles os cariños vibran
 De miñ'alma que te adora,
 De meus beizos que te bican.

NOUTURNIO

D'a aldea lexana fumegan as tellas;
Detrás d'os petoutos vai póndose ò sol;
Retornan pra os eidos co'a noite as ovellas
Tiscando n-as veiras ò céspede mol.

Un vello, arrimado n-un pau de sanguíño,
O monte atravesa de cara ò piñar.
Vai canso; unha pedra topóu n-o camiño
E n-ela sentóuse pra folgos tomar.

— ¡Ay!—dixo—, ¡qué triste,
Qué triste eu estou!—
Y-o sapo, que oía,
Repuxo: — ¡Cro, cro!

¡As ánemas tocan!... Tal noite como ésta
Queimóuseme a casa, morréume a muller;
Ardéume a xugada n-a corte y-a besta,
N-a terra a semente botóuse á perder.

Vendín pra os trabucos vacelos e hortas
 E vou pol-o mundo d'entón á pedir;
 Mais cando non topo pechadal-as portas,
 Os cans sáyenm'elas e faume fuxir.

— Canta, sapo, canta:
 Ti y-eu ¡somos dous!... —
 Y-o sapo, choroso,
 Cantaba: — ¡*Cro, cro!*

—

Soliños estamos entrambos n-a terra,
 Mais n-ela un buraco tialcontras y-eu non;
 A ti non te morden os ventos d'a serra,
 Y-a min as entranas y-as ôsos me rôn.

Ti nado n-os montes, nos montes esperas,
 De cote cantando, teu término ver;
 Eu nado entre os homes, dormendo entre as fe-
 E morte non hacho, si quero morrer. [ras,

— Xa tocan... Recemos,
 ¡Que dicen que hai Dios!... —
 El reza, y-o sapo
 Cantaba: — ¡*Cro, cro!*

—

A noite cerraba, y-o rayo d'a lúa
 N-as lívidas cumes comenza á brilar;
 Curisco que tolle n-os árbores brúa
 Y-escóitase ô lexos ô lobo ouvear.

O probe d'o vello c'os anos cargado,
 Erguéuse d'a pedra y-o pau recadóu;
 Viróu pra os ceos ò puño pechado,
 E cara ôs touzales rosmando marchóu...

C'os ollos seguindo-o
N-a escura extensión,
O sapo quedóuse
Cantando: — ¡*Cro, cro!*

MIRAND'Ô CHAU

(IMITACIÓN DE BÉRANGER)

Dios, non atopando
Cousa en qu'entreterse,
Farto d'estar solo
Cavilando sempre
En forxar cadeas,
Traballos e pestes,
A razón buscando
Y-a causa en que pende
Que tan poucas almas
Pol-as portas ll'entren,
D'o seu paradiso
Deixand'os verxeles,
Saléu de apaseo
Certa mañá quente
D'o reuma e d'a gota
Por espaxarse.
Como é xa velliño
Y-o coitado vese
Tocante á saúde
Moi pouco valente,
Cansóuse ôs dous pasos

Mais como alí arrentes
Topase un asento,
Sentóuse, y-alegre,
Por cima d'as nubes
Asomando a frente
Y-a terra buscando
C'os ollos celestes,
— ¡*Caráspeta!*— dixo
Falando entre dentes—;
Si dou c'o ese mundo,
Que ò demo me leve.

Debéu d'a atopalo,
Se ò conto non mente,
Porqu'él d'alí á pouco
Quedóu como a neve,
C'os ollos cravados
Que espantan e feren.
N-un bulte que iñoro
S'é d'home ou de verme.
Miróuno dispacio
E víu qu'era un ventre
C'oas sedas vestido
Máis ricas de Oriente.
N-un solio sentado
Qu'envidian os reises,
Y-en capa revoltó
De tépedas peles,
Ceibando saudabres
Arrotos d'henchente,
D'a terra, sua escrava,
Recolle os presentes;
E si hai algún louco
Que, probe ou rebelde,
Diñeiro non teña
Y-a darllo se negue,
O ventre que, mudo,
Falar sabe ás veces,

Con sólo que diga:
 «¡Pauliña n-o herexe!»,
 O herexe é borrado
 D'a lista d'a xente,
 Mirand'este monstro,
 Dios dixo entre dentes:
 — ¡Bah, bah!... *Si «tu es Petrus»*,
 Que ò demo me leve.

Volvend'outro lado
 Sua testa solene,
 Miróu levantarse,
 Rodeado de plebe
 Qu'espera ô verdugo,
 D'él ríndose mentres
 O pau—, a cucaña
 D'a festa d'os xueces.

A vítima chega;
 ¡Quizáis é un imbécil;
 Quizáis nacéu tolo,
 Quizáis é inocente!...
 Millor que matalo
 (Qu'a morte é un berce
 Dond'home, gran neno
 Descansa pra sempre),
 Millor que matalo
 Tal vez conviñese
 Metelo n-o fondo
 De catro paredes,
 Ou, preso unh'argola
 Que â terra o suxete,
 Mandalo abrir montes
 E furar tuneles,
 Dicíndolle: «Sofre,
 Traballa e mantente,
 Y-a libertá chora
 Que ti non quixeches.»

Mais non; é preciso
Que morra ò que peque,
Y-o criminal morre...
Y-o crime repétese.
Parvo á tal escándalo,
Dios dixo entre dentes:
—*Si ch'esto é xusticia,*
Que ò demo me leve.

Suspenso y-atóneto,
Non lexos moverse
Miróu de labregos
Un fato misérrime.
De malas patacas
Mantidos, con leite,
Máis ben que non homes
Pantasma parecen,
De cote fozando
N-a codia terrestre.
Toupeiras humanas
Que furan as seves,
O sangue d'as venas
Perdendo á torrentes,
Traballan sin folgos
Un chau que n'é d'eles.
Traballán... y-o fruto
Que tras doce meses
De loita recollen
D'os eidos que atenden,
Metá pr'o *dominio*,
Metá pr'os lebreles
D'o fisco e d'a curia,
Todiñol-o perden,
Quedándose ò cabo
De tantos riveses
Sin pan pra os seus fillos
Nin gráu pr'a semente.
Y en tanto n-aldea

Tod'esto acontece,
 «Leis hai — din os ricos —
 Que ôs probes protexen...»
 — ¡*Qué leis nin qué rayos!*
 — Dios dixo entre dentes —;
Si valen tres pitos,
Que ò demo me leve.

Non para inda n-esto
 O que ò chau ll'ofrece;
 Que á través mirando
 D'as suas gafas verdes,
 Víu deitarse méndegos
 Que s'erguen marqueses;
 Tal clas d'escrituras
 Firmar indixentes,
 Que ò cabo d'un ano
 Non teñen albergue;
 Soldados cobardes
 Chegar á ser xefes,
 E morrer sin gloria
 Os máis grandes héroes;
 Pasar por honrados
 Os que honra non teñen,
 Por santos os pillos,
 Por xustos os debles;
 Subir ôs altares
 Os que â forza deben,
 Y-arrastrar carroza
 Quen debe un grillete;
 Chegar á podrosos
 Venteiros d'aceite,
 E comprar ò ceo
 Prestando á intereses.
 Vendo esto, Dios dixo
 Contra ò seu chaleque:
 — *Si che outra vin nunca,*
Que ò demo me leve.

Con noxo deixando
Tantas cativeces,
Inda n-outras cousas
Paróu Diol-as mentes.
Viu malos gobernos
Que falsos y-aleves
C'o xugo d'os povos
Engordan e crecen;
Cregos que, feroces
Como cans doentes,
C'un fusil ô lombo
Predican ôs fieles;
Ricos que, roubando,
As gavetas henchén;
Médecos d'as quintas
Que dan por encrenques
(Mediante catr'onzas,
Cando non son sete)
Mociños que ô cabo
Tocan ô pedengue,
A seus pais perdendo
C'o aforro que perden;
Homes esfameados,
Emporras mulleres,
Espigados nenos
Que no saben lêre,
Y-en fin, cantas cousas
Que non deben verse,
Que Dios, harripiado,
Y-as cruces facéndose,
Conecid'a causa
De que ô inferno medre,
Metéuse n-a gloria
Decindo entre dentes:
—*S'eu fixen tal mundo,*
Que ô demo me leve.

AS CARTAS

I

- Fende, nena, esa foupa, e bota leña
Pra que arda ben ò lar:
Teu pai ven esta noite, e eando veña
Vaise querer quentar.
- ¡Diol-o saque con ben d'esta xornada!
— ¡Amén, filiña, amén!
Xunta, xunta esa cinza esparramada
Pra que se quente ben.
- ¿Cántas bestas levóu? — Todal-as suas
Y-os potros de Pardal.
- Pois d'esta somos ricos... Sete e dúas,
¡Nove cargas de sal!
- ¿Ricos?... ¡Ay, ogallá!; nadia ch'é rico
Co'esta contribución.
- Nove cargas de sal á tres e pico,
¿Cántos pesos compón?...

II

Así, ô calor d'amortecida lume
 Falaban filla e nai,
 Mentras, c'o vento reloitando, ò fume
 Pol-a troneira sai.

E d'un candil, com'o candil d'a morte,
 O fusco resprandor,
 Buscóu a nai n-unha baraxa a sorte
 De seu ausente amor.

III

.....
Alegre, por camiños, n-a de copas
Pensando... — Esta son eu.
Por entr' homes d'espadas... — ¿Serán tropas?
Con fortuna rompéu...

¿Rompéu?... Pois aseoga, non t'espantes,
 Nin tremas, corazón.
 No..., ben mirado, as cartas pr'os amantes
 ¡Qué gasalleiras son!

Peligros con vitoria, cavilando
En prendas de valer...
 ¿Logo salvárons'él y-o contrabando?...
 ¡Quén ch'o verá correr!

¡Pero, cala! *Tras d'él, con picardía,*
Catr' homes d'armas van:
Disgracia n-unha vreda. — ¡Ave María!
 ¡Qué cousas m'hoxe sâ!

¡Bah! Por forza anda mal esta baraxa.
¡Malia quen'a enventóu!
Sempre prenosticándome a mortaxa,
E sempre m'engañoú.

¿Non o digo?... Petando están â porta.
Vai abrir, nena, vai,
Entramentres que atizó a lume morta
Pra se quentar teu pai.

.....

IV

¡Non mintían as cartas, non mintían!
Cando a miniña abríu,
Dar crêto, á fe, seus ollos non podían
O que alí estonces víu.

Pol-os gardas fronteiros atrapado,
Vindo de Portugal,
Entróu, sobr'unha besta esmiolado,
O traficante en sal.

PELEGRINOS, Á ROMA

A ira de Dios, en labarada ardente,
Cinguíu d'o Vaticano a cima escura
Y-endómeta, estralante, xorda, dura,
Prendéu d'o falso Cristo n-aspra frente.

Queimad'o altar, sin solio en que s'asente,
Rodóu por terra ò ídolo d'altura,
Y-a boca abrindo desdentada e impura,
«¡Valeime aquí!», berróulle â turba crênte.

¡Romeiros, acudí!... Sinistro e fosco,
O incendio crece que a razón atiza;
¡Cai ò Papado, a Fe cheir'á chamosco!

¡Acudí, peregrinos!..., que n-a liza
Que contr'a Libertade abríu con vosco,
A besta apocaliutica... aguniza.

SOLA

¡Sola!... Tan sola, cando todos antes
Tras d'ela viñan con lascivo ollar,
D'os seus beizos purísimos y-amantes
A virxinal surrisa por buscar.

Tan sola..., cando todo parecía
Un concerto inmortal d'ela arredor,
Unha celeste'e branda sinfunía
De garruleiros páxaros d'amor!

¡Morrer n-o fogo d'a ilusión primeira,
N-esa mañán azul d'a moxedá!...
Ver nacer unha fror n-a primaveira,
E vela morta pol-o outono xa!...

¡Ay! ¿Será a morte nada máis que un sono?
Tras d'o outono d'a vida, ¿qué hai pra nos?
Colombo topa un mundo n-un outono...
¡Quén tan dichoso que topase á Dios!

TEMPO DESERTO

Como acendida lámpara en estreito
Pechado camarín,
Así n-o santuario d'o meu peito
Arde unha lus sin fin.

Cando a sua llama gunizando lenta
Boquea e vai morrer,
Sopro de fe seu pábilo alimenta
E vólvese acender.

Mais d'o meu peito n-a sinistra calma
Non hai altares... ¡Ah!
A lámpara d'o tempo d'a miñ'alma,
¿A quén alumará?...

Si algún topás viaxeiros d'esta vida,
En que creades vos,
¡Poñeino ante esta lámpara acendida,
Que está esperand'un Dios!

ALBORADA

¡Escoitade! De fondas queixas cheo
Brota d'a terra un misterioso canto;
Rayos de branca lus tinxen ò ceo;
Rompe a mañá d'o celestial encanto.

D'a caixa de Pandora
Sobr'a patria deitada,
Que peste e monstros gomitou cad'hora,
Vai a Espranza surxir consoladora
Que quedaba n-o fondo acurrunchada...

¡Ouh, Libertá sagrada,
Alba de gloria pr'o oprimido mundo,
D'os povos deseada,
Que escravos viven en delor profundo!
Esparexe, querida,
D'escura noite as trévoas cenicentas,
De verdugos e déspotas garida,
E fuxan medoñentas,
Seguidas d'o seu lívido aparello,
¡Diante de ti as visións d'o mundo vello!

Águia d'áureo piteiro,
D'ese mundo d'horror sobr'os escombros,

Bate xa as alas ò Porvir lixeiro...
¡Xunta esas forzas, moxedá, d'aceiro,
Si queres que se pouse n-os teus hombros!

Dispoñei, dispoñeivos pr'a seitura,
Cansados labradores;
E si frutos queredes de dozura,
Dond'agora herba ruin e grama dura
Ceibai novas ideas : darán frores.

CARTAS PERDIDAS

De Grigoria de Leborin
A MARCOS D'A PORTELA.

I

De te non ver tempos hai
Dixome que morro ò crego,
E pol-a posta que sai
Esta che mando, que vai
Esquirta en verso gallego.

Que pra falar moito e ben
Sin que s'enteire ninguén
D'o que n-o peito s'encerra,
Naide as endrómenas ten
D'a lingua d'a nosa terra.

Pois nen ch'hai can que ch'a roa
Nin gorxa á que ven se axeite,
Si non a herdóu de sua aboa,
Ou con anacos de broa
Non coméu cuncas de leite.

Dend'o derradeiro outón
Non sei que é de ti, y-afellas
Qu'o sinto n-o corazón.
¿Qué che pasóu dende entón,
Vello d'as brancas guedellas?

Por estes povos d'aquí
Quérenche tanto, meu vello,
Que dende que faltas ti
Naide baila nin se ri,
Nin hai gaita n-o Concello.

Por aquí corréu a nova
De que por amor d'a proba
De certa clas de mazá,
Pillache unh'enfermedá
Que t'houbo levar â coba.

¡Malia quen foi causonante
De disgracia semellante,
E quen alá te levóu!
¡N-a miña compañía amante
Nunca outra tal che pasóu!

Non sei si será verdade;
Pero si o fôr, meu amigo,
Ten conta... que n-a tua idade
Poden acabar contigo
As pasiós d'a mocidade.

Tamén por aquí se dixo
Que á Vigo, por vel-o mar,
A sorte levarte quixo,
E tanto mirar cho fixo
Que t'houbeches d'afogar.

Tales contos son quizáis
Brafullas que ò povo frauga,

Y-a última moito máis,
Pois ti eres d'aquela clais
Que non s'afogan en auga...

Con estas y-outras sonadas
Colléume tal sentimento,
Que ont'anoite, as nove dadas,
Créndome nas boqueadas,
Mandei faguer testamento.

MARCOS, si me queres ver
Con vida, e matar non queres
Esta coitada muller
Que tanto, tanto te quer,
E que ti tan pouco queres,

Déixate ver, meu amor;
Mándam'ese papeliño
Qu'é ò meu médeco millor,
Y-adiós; e faime ò favor
D'unha pucha pr'o miniño...

II

De sufrir n-o leite farta,
Topábame ô sol n-a horta,
Cando lin, de pena morta,
A tua aguda e longa carta.
¡Centella ch'a nunca parta,
Qué saya che me recurta!
Mais anque ò crêto me furta
Y estóu cal sardiña firta,
Alcóntroa tan ben esquirta,
Qu'inda me parece curta.

Por máis que cal n-un sarillo
Me estóu devanando a cholla,

S'acerto ¡qu'inda me tolla!
 Por qué me negal-o fillo.
 Non diche en mal estrebillo,
 Vello d'a cara d'esguello.
 O diaño che da consello
 Pra te fuxir pol-o atallo,
 Mais s'entra ò xuez n-o allo
 Non ch'á valer ser can vello...

Dis que non queres que a res
 Che boten fillos ningún...
 ¡Pois anque che pese a crus,
 Has de cargar c'o que tês!
 En vano negal-o ques;
 Que n-o corpo e n-as fauciós
 Tan teu fillo o fixo Dios
 Y-herdóu tanto ò teu carís,
 Qu'hastra ten, cal ti, o pitís,
 Un luar entr'os riñós.

¿Máis probas? Teño 'un millón.
 ¿Máis testigos? Teño cen,
 Pra que digan, si á mau ven,
 Cómo foi e cómo non.
 Atopeite indo ô feirón
 Por entr'unha carballeira,
 Atentáschesme...; eu, lixeira,
 N-un carballo m'escondín;
 E... ¡cómo ha ser!... ¡Era, ô fin,
 O tempo d'a sementeira!...

Pra arrenegar ò pecado
 Tanto botei á rezar,
 Que viñeron á guíchar
 Tres homes tras de un valado.
 Sintindo ò demo n-o estrado,
 Sin saber qué xeito tome,
 Volvendo pol-o meu nome

Din en berrear: «¡Meus amigos,
Vostedes me sean testigos
De cómo me tenta est'home!»

Pra c'oa teima me sair
Que teño aldabas xa ves;
Olla dónde pol-os pes,
Que te podes escurrir.
Cantas probas me pedir
Tantas ò xuez terá;
Mais si por cuaselidá
Fôr en contra miña ò fallo,
¡Que n-o pau d'aquel carballo
Te leven á eternidá!

Si son pormesas ô vento
As que m'estonces fixeches,
¿Pra qué, argalleiro, me deches
Palabra de casamento?
¿Qué foi d'o teu xuramento
Si â cabo non-o has levar?
Si non has de apadriñar
O rapaz, que é meu orgullo,
¿Pra qué mercache un burullo
Con que ô neno emburullar?

E non de coraxe cego
Repoñas o qu'aquí digo,
Que antes de têr un contigo
Tiven un fillo d'achego;
D'un crego foi; non-o nego.
Mais s'ouiras os sermós
D'o abade de Zarracós,
Pasárasm'estas loucuras,
Pois «sólo as amas d'os curas
Están en gracia de Dios».

MARCOS, pon a mau n-o peito
E salva esta probe nai;
Pra te negar á ser pai
D'o rolo non tês direito.
Non me fagas porche preito
Porque vas têt que faguer;
Que tanto hei de remexer
E tanto hei de traballar,
Que ou contigo m'hei casar,
Ou n-unha forca t'hei ver.

MELODÍA GALLEGA ⁽¹⁾

Ten a serena ò canto,
Y-a serpe ò alento;
O lago ten a onda,
Dios ten ò inferno.
Ti tês d'abondo
C'o que tês escondido
N-eses teus ollos.

O trono d'os monarcas,
D'o sabio os trunfos,
A gloria d'o poeta,
O ouro d'o mundo:
Dera eso todo
Por sólo unha mirada
D'esos teus ollos.

Buscan os pitorreises
Pra faguer niño,
A herba santa que nace

(1) Véase nota del recopilador, que figura en el Índice de notas.

Veira d'os ríos.
Eu busco sólo
Unha mirada meiga
D'eses teus ollos.

Cando se pon a lúa
Tras dos penedos,
Choran as estrelañas
Todas d'o ceo.
Tamén eu choro
Cando non m'alumean
Eses teus ollos.

¡CREBAB AS LIRAS!

Por sobr'a barafunda
D'escarnios e pauliñas
Que as cántigas d'os servos
Por onde quer suscitan,
Espaventada, atóneta,
A virxe Poesía
Clamóu desalentada:
«¡Vates, crebade as liras!»

¡Crebar as liras, cando
Se fai temer aínda
A maza de Xan Dente
Por vara de Xusticia!
¡Cando n-os nosos Códigos
Non val d'un home a vida
Os sete vis escudos
Eu que a tasóu *Molina!*

¡Calar!... ¡Que non se escoite
O patuxar d'as vítimas
N-o mar d'inxofre e sangue
D'a escravitú caídas!
¡Calar!... ¡Y-as maus cravadas,

Y-a túnica cinguida,
Y-a intolerancia abaixo
Y-a intolerancia arriba!

Non. Feita está a pormesa
Y-é menester cumprila.
A patria morre. ¡Malia
O fillo que a non mira!
¡E malia quen lle negue,
Por tedio ou cobardía,
O himnos que a amortaxen,
O sangue que a redima!

¡Crebar as liras diante
D'a libertá qu'expira
Baix'a gadoupa férrea
D'o dogma que a asesina!...
¡Inda goberna Claudio!
¡Inda Seyano priva!
¡Inda os proscritos choran
E trunfa Mesalina!

¡Non-a crebés poetas!
Templaina en ódeo, en ira,
Hastra que' d'ela sayan
As explosiós d'as minas;
Hastra que cada nota
Com'unha espada fira,
Com'un andacio barra
As vellas teogonías.

Gustoso esnaquizara
E resinado a miña,
Si n-eso de meu povo
A sorte consistira;
Mais, mentres orfo e triste
Os meus consolos pida,
Crebala... ¡n-a tua testa
Tan sólo tiranía!

DIANTE UNHA IMAXE DE ÍÑIGO DE LOYOLA

A mística alegría n-o sembrante,
N-o peito a ira, ò sono n-a mirada,
Ben te conezo, Euménide sagrada,
Trenca virtú, católico bergante.

Treidora d'o Evanxelio a ley amante,
A Esposa d'os Cantares, desleigada,
Tivo tratos c'o demo e d'esta hallada
Naciches ti, ¡parásito trunfante!

Mais ¿qué fas n-ese altar roubando preces,
Xenio d'a intolerancia soberano,
Ti, que tan sólo maldiciós mereces?

¿Ti, que trocacha á Cristo n'un tirano,
Os sayós y-os verdugos en xueces,
Y-en fouce á Dios d'o pensamento humano?

A EMIGRACIÓN

Cando n-as noites de luar caladas
Vía unha estrela pol-o ceo correr,
Decía miña nai, c'as maus dereitas :
«¡Dios te guíe con ben!»

Dende entón, cando vexo qu'un gallego
A terra deixa onde infelís nacéu,
Y-achego busca n-outras prayas, digo :
«¡Guíete Dios!», tamén.

Non-o culpo, ¡coitado!, non-o axo,
Non pido pragas nin castigos pra él,
Nin de que é dono de coller m'esquezo
Pr'onde lle conviñer.

Que aquel que deixa seu natal curruncho
E fora d'os seus eidos pon os pes,
Cando troca o seguro pol-o incerto,
¡Motivos ha de têr!

Preguntaille, e dirávos que sin rego
O milleiral, a lume sin cardés,

Sin herba ò gando e sin traballo ò home,
Non se poden mantêr.

Dirávos, sí, que é pouco canto gana
Pr'as arcas do *señor* e pr'as d'o rey;
¡Fai un mes que non comen cousa quente
Os fillos y-a muller!

E dirávos que porque d'us destrales
Mercóu n-unha ocasión us poucos bes,
¡Xuróull'o crego non lle dar sagrado
Si chegar á morrer!

Y-havos decir que lonxe, alá moi lonxe,
Alend'o mar qu'o vai tragar tal ves,
Si libertá, si pan non logra, santa
Tumba terá xiquer...

¿Quén sodes vos, chorosos niquitates,
Ruis louvadores d'un Poder cruel,
Que as alas d'ouro d'un esprito libre
Agrilloar querés?

¿Por virtú de cá l próvida promesa,
En nome de qué Dios nin de qué ley
Querés que aquel que á morte condenastes
Non fuxa, si puder?

¿Qué lle ofrecedes n-a nativa terra
Ese que á cruzar vai mares de fel?
¿Resinación? — Con ela non se come...
¿Fe? — ¡Non lle basta a fe!...

¡Correde ò velo que a Xusticia encubre!
Daille traballo, libertá, saber...
¡Non é dina d'os ôsos de seus fillos
Patria que os uo mantén!

Dicen que como ò Miño, ò noso povo
N-a terra donde nace quer morrer;
Pero ò sono d'o río é sosegado
Y-o d' éste non-o é.

O río ten un leito mulidiño,
Perfumado de rosas e cravés;
Tamén tiña outro ò povo; mais... vendéronllo,
Y- agora non-o ten.

¡Deixaino qu' o adiquira donde poida!
Deixad' ô gafô Xob c' o fol a res
Buscar ò muladar onde s' espiole,
¿Sanará?... Pode ser.

A civilización y-as anduriñas
D'unhas terras pr' as outras van é vên;
Querer que non emigren. e matalas
O mesmo ven á têr.

N-A CHEGADA Á OURENSE D'A PRIMEIRA LOCOMOTORA

I

Vel-ahí ven, vel-ahí ven avantande
Comaros e corgas, e vales, e cerros.
¡Vinde vel-a, mouciños e mozas!
¡Saludaina, rapaces e vellos!

Por onde ela pasa
Fecunda os terreos,
Espértanse os homes,
Frolecen os eidos.

Vel-ahí ven, vel-ahí ven tan houpada,
Tan milagrosiña, con paso tan meigo,
Que parece unha Nosa-Señora,
Unha Nosa-Señora de ferro.

Tras d'ela non veñen
Abades nin cregos;
Mais ven a fartura
¡Y-a luz y-o progreso!

II

Catedral, demagogo de pedra,
D'un povo fanático erguida n-o medio,
Repinica esas chocas campanas
En sinal d'alegría e contento.

Asocia esas voces
O son d'os pandeiros,
¡As santas surrisas
De terras e ceos!

E ti, río d'os grandes destinos,
Qu'os himnos ensayas d'os trunfos ibéricos,
Requeimadal-as fauces de sede
Ven ò monstro á beber n-o teu seo.

Bon samaritano,
Daille auga ò sedento;
Que a máquena é ò Cristo
D'os tempos modernos.

Ò VENTO

Dis que por' boca d'o Espírito Santo,
Que debe têr unha boca ben negra,
Púxom' o crego n'a misa d'o povo
(¡Nai que me déu!...) como naide se vexa.

Algo ha d'haber de verdade n-o conto,
Qu'hoxe, ô pasar ond'a min sua manceba,
Fíxome a figa e rosmóu pol-o baixo
Mentres torcía pr'un lado a cabeza:

«¡Qu'inda te mirres cal coiro n-o lume!
¡Qu'inda reventes com'unha boleca!
¡Vólvase sénica ò pan n-a tua boca!
¡Tóllate Dios, condanado poeta!

»¡Maldizoado n-a carne e n-os ôsos!
¡Maldizoado n-os pes e n-a testa!
¡Entr'as virillas d'entrambas illargas!
¡Entr'as xunturas d'as sete costelas!

»¡Gafó te vexas de males extranos!
¡Por onde vayas acougo non teñas!

¡Vivo, non des con camiño seguro!
¡Morto, non topes descanso n-a terra!»

.....

Bó tall'ô pote unha léngua de porco,
Miña muller, xa que andamos en lénguas;
Bó tall'ô pote unha léngua de porco :
Para engordar non ch'hai cousa como ela.

ENCOMENDA

I

Teño unha corda muda
N a miña lira torva,
Com'un coitelo fera,
Com'un tronido rouca.
Cando n-os meus ensayos
Sona â compás d'as outras,
Por sobre min parece
Qu'os ceos se desproman.
De cada nota d'ela
Un anatema chouta,
Cal d'a satúrnea sangue
As furias espantosas.
Ninguén ouíu aínda
As cántigas que entoa:
Detrás de min, quizayes,
O día que m'as oyan,
Como detrás de Cristo
Virán as xentes todas,
;Hosanna, cantando de xúbilo cheas,
Hosanna ô poeta que trai a boa nova!

II

Castigos pr'os verdugos,
Pr'os mártires coroas,
Consolo pr'os escravos
Latexa n-esa corda.
Fustiga pr'os tiranos,
Pr'os déspotas argola,
N-ela dormenta ò himno
Grorioso d'os ilotas.
Si pr'a tocar cal quero
A têr non chego forzas;
Si cand'â loita vaya
Tropezo n-unha foxa,
Os que, cal eu, subides
A traballosa costa,
Cando chegués â cima
Sagrada e vitoriosa,
¡Arpas que saudedes
D'a nosa pátreia a aurora,
D'a y-arpa acordaivos que fúnebre queda
N-a noite d'olvido xemindo sin gloria!

TANGARAÑOS

A D. EMILIO CASTELAR

I

San Benito de Coba de Lobo
Ten n-o cume un penedo furado,
De tan rara virtude ortopédeca,
Que é ò asombro d'o mundo cristiano.

Cando nace un miniño tolleito,
Seus parentes oférceno ô santo,
E mitido n-un queipo de vimio
Alá o levan, â festa en chegando.

Y-a os dos lados d'a boca d'a pena,
Que lle colle d'un lado á outro lado,
Din a nai y-a madriña d'o rengo
Pol-a gorxa de pedra pasándo-o :

«Ten conta, santiño,
D'o meu tangaraño:
Doente ch'o deixo,
Devólvemo sano.»

Y-esto dito tres veces arreo,
 Sin refolgo tomar nin descanso,
 O coitado d'o entangarañado
 Queda xa desentangarañado.

San Benito de Coba de Lobo,
 San Benito quirido, meu santo,
 Tamén eu, probe vella achacosa,
 Que xa tiven de fillos un fato,

Xorobados d'o corpo ou d'a y-alma,
 D'a concencia ou d'os membros baldados,
 Tamén eu vin buscar medeciña
 Pr'os meus nenos n-o voso santuario.

E depois de deixarvos n-as aras
 Seis perniles de porco cebado,
 Eu tamén, eu tamén, de fe chea,
 Repitín aquel místico ensalmo:

«Señor San Benito,
 Meus fillos vos trayo:
 Doentel-os deixo,
 Volvédemos sanos.»

Por tres veces chorosa roguéivolo;
 Todas tres sin me dar resultado,
 Y-os meus nenos, entangarañidos,
 Morren todos entangarañados.

.....

II

Verbo ardente d'a gran Democracia,
 Novo Cristo d'os povos escravos,

N-estes tempos, nacido pra azoute
De verdugos, de reis e tiranos,

Ti, que â miña profunda miseria
Vês traguer ò consolo agardado,
Sin cubiza de laude, seguro
De ben probe e mizquiño agasallo,

Quer con Dios teñas pauto, ou c'o demo,
Ti serás dende agora ò meu santo,
A quen diga, poñendo os meus fillos
Baixo ò teu proteutor patronado :

«Tribuno d'os servos,
Meus nenos che trayo:
Doentes ch'os deixo,
Devólvemos sanos.»

Pos cecáis que tan pronto lles chegue
O calor meciñal d'o teu bafo,
Os meus nenos, entangarañidos,
Quedarán desentangarañados.

—

«Todos eles naceron saniños
Cal repolos en horto pechado;
Mais despois, non sei cómo, torcéronse,
E tortiños están, ¡mal pocados!

Este é crego d'entrambol-os remos,
Aquel outro cacique d'o raño,
Este ten un Marat n-as costelas,
Doise aquél d'un Sylock n-o espiñazo.

¡Troca en homes de ben estos monstros,
Que nin mesmo que os viran meigallos;

N-unha gran xuventude d'estrelas
Esta gran xuventude de sapos!

¡Que logre un xiquera
D'os meus tangaraños!
Doentes ch'os deixo,
Devólvemos sanos.

Eu ben sei que por esta velliña,
Como queiras farás ò milagro;
Y-os gallegos entangarañidos
Vivirán desentangarañados.

AS DÚAS PRAGAS

Baixo d'un ceo promizo e bretemoso
Unha negra montana;
Baixo a montana negra unha curtiña
D'árbores decotada;
Pacendo n-a curtiña, media ducia
D'ovellas esfameadas;
E celosas gardando esas ovellas,
Murchas, tristes, d'aldea as catro casas.

Dentro de cada casa, unha cociña
Escura y afumada;
Dentro cada cociña, unha fogueira
Que ò vento frío apaga;
Xunto cada fogueira, cavilosa,
Unha testa incrinada;
Dentro de cada testa, un pensamento
De próxima fuxida, ou de venganza...

¿Qué acontece n-aldea? Antes de agora
Vina y-alegre estaba;
N-ela todo eran festas e trouleos,
E bailes e fiadas;
N-os campos escoitábanse as degrúas
D'os sachos y-as eixadas;
N-os fogares as frescas armonías
D'as risas e d'os bicos qu'estralaban.

¿Qué demos acontece n-esta aldea?...
¿Cál foi d'as sete pragas
A que eiqui descargóu, matando a sua
Xovialidade sana?...
Cravado por tres cravos baixo a copa
D'o cipreste d'a entrada,
Calquera pode leer este letreiro :
«Hai escribano e capellán en Cangas.»

N'O CONVENTO

Anque m'apopupen, anque
A porta se me atranque,
Teño d'entrar n-irexa d'o convento.
¡Que estóu excomulgado! Millor, ea;
Quen hoxe non-o estea
Non merece d'a pátreia acatamento.

E'xa verdá notoria,
Reconecida abondo pol-a hestoria,
Qu'o que nunca pecóu Diol-o condena.
Testigos n-o presente, ò meu abade
— Dimas d'antigüedadade —
Y-a sua candonga — vella Madalena.

Pra trepar pol-a escada
Que víu Xacob n-un soño d'israelita,
Ser ánxel n-estes tempos non val nada.
O que se necesita
E ser monxa preñada
Ou crego sodomita.

Abrídeme esas portas,
 Concencias farisaicas, almas mortas,
 Que faguedes de Dios un ruin caseiro,
 Cal si fora capaz ô que s'atrasa
 De pol-o á puntapés fora d'a casa,
 Deixándo-o raso por non têr diñeiro.

¡Abrídeme esas portas! Eu aspiro,
 D'a irexa n-o retiro,
 A perfección católica romana;
 Fincareime ante os santos reverente,
 E logo, suavemente,
 Levaireime ò copón baixo a sotana.

D'a asesinos, ladrós e cabecillas
 Cheas están as máxicas capillas
 D'as vosas catedrales.
 ¿Por qué ll'hades quitar á un home honrado
 A honra de estar ô lado
 De Loyola, d'Arbués e de outros tales?...

Xa entrei, por fin, xa entrei. A luz febea,
 A través d'as vidreiras de cores,
 Os sembrantes d'os xustos alomea,
 Xustos de pau sin vea
 En que fixo ò machado mil pirmores.

N-un sillón recamado
 Estilo Luis XIV, eiquí sentado
 O Padre Eterno miro, fusco, austero;
 Está serio comigo porqu'un día
 Chameille vello n-unha poesía...
 Pero ò rapaz ben sabe que lle quero.

San Pedro, alá, co'a sua
 Fenomenal ganzúa,
 Faima acenos de rabia, acenos tolos.

¡Este non m'abrirá d'a groria as portas!
Xogando d'o convento pol-as hortas
C'un seixo abriull'eu antes os miolos.

Máis lonxe, San Inacio
Inquirime dispacio,
Como quen recordar quêr unha inxuria,
É marmulla entre dentes
Us ditos insolentes,
Non sei si d'odio ou de feroz luxuria..

Eiquí bótame olladas
Pezoñentas, hidrópicas, vidradas,
Un Cristo a quen neguei lle creza ò pelo;
Alá vólveme a espalda, ameazadora,
Unha Virxen que chora...
Cal toda virxen ò dexar de sel-o.

Contra min roga pragas
San Farruco, ò d'as chagas,
Porque quixen curarllas con nitrato;
E pónseme á rosmar Santa Lucía,
Porque quixen á un cego darlle un día
Xiquera un ollo d'os que ten n-o prato.

Pra tratárenme así tantas e tantas
Celebridades santas,
Moito debín pecar...; pero non tremo.
Alá n-o fondo d'a deserta nave,
Oyo á chamarme, lánquida e suave,
Unha vos dolorida, a vos d'o demo.

¡Salve, meu vello amigo,
Rival d'o Eterno, loitador antigo,
Protesta viva contra a forza bruta!
Baixo ò pe de Miguel, que che da guerra,
Cal baixó d'o cacique a miña terra,
Ti trunfas sempre n-a inmortal disputa.

Eu téñoche cariño.

Non te topei xamáis n-o meu camiño
Sin quitarche ò chapéu pra darch'os días,
Mentres outros católicos ben fartos
De toparte como eu, quítanche os cartos
Pra con eles mercar capellanías.

Xa de neno te amaba.

Ti soprábasme a luz cando estudaba
O latín d'o Pío Quinto estafalario;
E facíasmeme rír de miña aboa
Que co'as contas n-a mau, de doa á doa,
Empedraba de sonos ò rosario.

Sí, ti érasme querido;

Que eu pra querer nacín todo caído,
Pra dar a mau á todo disgraciado;
E ti fúchelo tanto hastr'o d'agora,
Que si quen máis domina é quen máis chora,
Débeche estar â porta ò teu reinado.

¡Ay, cántas aldraxadas!,

¡Ay, cántas xudiadas

Merecíches de papas e cardeales,
Ti, que tantas irexas costruíches
E que nunca un mal toxo adiquiriches
Que cheirase á mostrencos ou destrales!

Contra Dios rebelado

D'o Paradiso aló no-o abril primeiro,
Fuches salvaxemente castigado.
¿Por qué aquel golpe pra faguer d'Estado
O tres non agardaches de xaneiro?

¡Máis conta che tería!..

E por mal que che fose, estou pensando
Que tanto non sería,

Que as risas mereceses de Pavía,
Capitán xeneral con vida e mando.

Non foi él ò primeiro
Que de ti se bulrara chocarreiro.
Lutero certa vez viuche as orellas
E zorregouche a cara c'un tinteiro;
Volveute ver n-o medio d'un lameiro,
E persentouche as nádegas vermellas.

Fora Platón, aquel republicano
Qu'era caritativo anque pagano,
¿Quén te non maltratou?... Santa Teresa,
Despois de ser tua amiga
— ¡Ingratidade atrás! —, púxoche a figa,
Como m'a puxo a min certa condesa.

Sai d'ese altar, Demoro,
Idolo qu'eu adoro;
Sai d'ese altar axiña e ven lixeiro
N-a idá nosa á vivir, que te respeta,
E n-ela con Voltaire serás poeta
Ou con monsieur Lesseps inxenheiro.

Fasnos falta. Os monárquicos partidos
Teñen a pátreia â albitre de bandidos
Y-a estrozalos contigo hemos de pôrnos.
Non loitarás con armas desiguales :
Os xefes principais
Levan as que ti levas : voto e cornos.

Pra vivir bástache eso;
Mais se non che bastar, sigue ò proceso
De Moret; e s'inda eso non che basta,
Faille â nova Rexencia a cortesía,
E dende unha Embaixada á unha Alcaldía,
Conta c'o que quixeres de Sagasta.

Non andarás folgado,
 Pro si algún diñeiriño tes roubado,
 Anque for d'un depóseto carlista,
 Y-a Roma vas y-ô Papa ll'o oferceres,
 Cando d'alá viñeres
 Virás duque e virás lexitimista.

A cencia, â industria ô arte
 Podes tamén, si queres, dedicarte :
 Vivir d'o merodeo
 D'o pensamento alleo
 N-ô cadro, n-a novela, n-a poesía;
 Faguerlle en vida as nosas grorias guerra,
 E sólo cando está baixo d'a terra
 Acordarte d'a probe Rosalía...

Todo eso da diñeiro
 Y-algunha qu'outra folla de loureiro,
 Que sempre loce ben n-a idá que corre;
 E máis prosperarás — ¡Dios nos asista! —
 Si t'afilias n-a escola realista
 E pôs ventosas á Rodin, que morre.

.....

Pois qué te vês connigo,
 Demo, meu bon amigo,
 Sayamos xa d'a irexa d'o convento.
 ¿Estóu excomulgado?... Millor, ea;
 Quen hoxe non-o estea
 Non merece d'a pátreia acatamento.

SOBRE UNHA FOXA

I

¿Conque morréu? Diol-o descanse... Desque
Os dioses se fan homes
Non se pode ser Dios, nin ser monarca
Desque os monarcas morren.

Eu, anque nunca fun seu cortesano,
Ó que é sentil-o, sinto-o,
Y-a chorar non me poño, porque d'eso
Xa ten encargo ò Griño.

¡Ou morrer ou caír! Sempre un cadavre
Tiña que ser ò fruto
D'o xermen que deixou Martínez Campos
N-o ovario de Sagunto.

A forza tenvos eso de espantoso
E tamén de divino :
Cal Dios é creadora, e cal Medea
Mata seus propios fillos.

Meditai, lampantis d'a Monarquía,
Xunto â cova que s'abre,
E decime qué queda d'o voso ídolo
Sinon ruina e sangue...

«Disgraciada República — dixéstedes —,
Sin poetas nin soldados.»
Todo estaba con vosco... y-é ese todo
Pavía e López Baho.

II

¿Qué faredes agora? As vosas liras
Están caladas, mudas;
D'a gratitú por ellas non esbaran
As tépedas bagullas.

¿Qué faredes agora? Os vosos ollos
Están enxoitos, limpos,
Todo me di que e'o ese rey que morre
Morréu voso realismo.

E con todo, eu ben sei qu'inda pensades,
Taumaturgos estoicos,
Rezusitar á Lázaro... somentes
Por matal-o de novo.

Pensaino ben. As leis municipais
Y-os tratados d'Hixene
Mandan dar terra decontado ôs mortos...
¡Y-o voso morto fede!

O «CIPRIANILLO»

Xan de Deza, bon labrego,
Que deixache tanta sona
N-as Castillas,
Onde, manso boy gallego,
Fuche a gala, a fror y-a tona
D'as radrillas.

Mau de ferro, brazo forte,
Fouce d'ouro a máis lucida,
Rey d'a sega,
Que sin medo algún d'a morte
T'afanache toda a vida
N-a refrega.

Xornaleiro que aforrache
Máis que toda a freguesía,
Traballando;
Que de teu á têt chegache
Unha terra regantía,
Carro e gando.

Triste paria que, por termo
D'un vivir curvado e combo
Sobr'a aixada,
Tópaste hoxe probe e enfermo,
Y-a pedir c'un fol ô lombo
Pol-a estrada.

Conta, conta, Xan de Deza,
Cómo foi ò te ir quedando
Tan esquío,
O perder tanta riqueza,
Adquirida sudando
Fío á fío.

Cóntame, Xan, qué che pasa
Pra, despois d'haber mercado
Casa e hortas,
Vender hortas, vender casa
Y-andar hoxe atravesado
Pol-as portas.

Hai quen di que non sei cándo,
Non sei quén falouche â orella
— ¡Cousa extrana! —
D'un libro de contrabando,
Escrito n-a fala vella
Castellana.

Entre as follas revesgadas
Dese libro danse señas
De tesouros
E riquezas enterradas

Pe d'os ríos e d'as brañas,
Pol-os mouros.

—

Quen as busque, tras de lel-o,
Moedas topa conservadas
D'os reis d'antes,
Pentes d'ouro pr'o cabelo
Y-arcas fondas, cuguladas
De diamantes.

—

O saberes tal notiza,
Maxinache d'o praneta
Seres dono,
E rōido d'a cubiza
Dende entón nin paz compreta
Tês, nin sono.

—

Pra c'o libro te fagueres,
Traballache cal ferido
D'unha espora;
Fuche rico antes de o leres;
Mais agora que o tês lido,
¿Qué es agora?...

—

¡Probe Xan, qué desengano!
Cantas terras rexistrache
C'os teus ollos,
Rexistráchel-as en vano :
¡O tesouro que topache
Foi de piollos!

—

Non á ti : d'o que che pasa
Culpa ô fisco, ô ruín goberno,
Xan de Deza;
Ese lobo que t'arrasa,
Que te fai meter n-o inferno
De cabeza.

Mais os fados teus adversos
Outros foran si ò mitrado,
Por seu brillo,
Como condena os meus versos,
Condenara ô condanado
Ciprianillo.

Olla, Xan : pra esas tristuras
Que t'afogan, pra eses doores,
Hay recetas :
D'os magos deixa as leuturas;
Lee os gallegos escritores
E poetas.

Non máis soñes, bon labrego,
Non máis soñes montes d'ouro
Nin moreas.
Teu millor libro é ô gallego,
Teu gran tesouro ò tesouro
D'as ideas.

Cando consultes Murguía,
Paz, Pondal, Añón e Lamas,
E n-o bico
As cancións de Rosalía

Teñas sempre, que tanto amas,
¡Serás rico!

Serás rico, Xan de Deza,
Mal que pese â gorxa rouca .
D'algún frade;
Que n-o mundo a môr riqueza
E'a virtude — e'unha pouca
Libertade.

Si eses nomes soletreas,
Recobrar podrás d'un toambo
Casas y-hortas;
E de pan tuas tullas cheas,
Non irás e'un fol ô lombo
Pol-as portas.

Eses nomes tèn virtude :
Son estrelas de fagueiro,
Doce brillo,
Que dan bes e dan saúde :
¡Son a Pátrea! — ò verdadeiro
Ciprianillo.

A LUCIANO PUGA

Namorado d'a santa nova idea,
Non ben d'o vate a estrofa había soado,
Toda a máquina escura d'o pasado
S'espreguizóu disposta pr'a tarea.

A critica Veuillot c'o a fouce nea,
C'o a toga Xudas, Oppas c'o caxado,
Deron tras d'él cal tras d'un can danado,
Y-alá vai ò inocente pr'a cadea.

Ti apareciche entón. Pasmada a xente
Viute rubir colérico â tribuna,
Desguedellado com'un león ruxente

E d'a Ley apoyado n-a coluna,
Esmagar baixo a garra prepotente
Os verdugos d'o vate sin fortuna.

Ò ÚLTIMO FIDALGO

Ermol-os seus saídos,
Os cancelos pechados,
Fundidos teitos, escaleiras, trabes,
Sin tellas ò tellado,
Non paso un día pol-os seus lindeiros
Sin pararme ante a casa d'o fidalgo.

Non fumega a troneira,
Non s'escoitan n-os páteos
Os ladridos d'os cans, nin ò sonoro
Rinchar d'os feros potros e cabalos.
N-o escudo en que descansa
O corredor voado
Fan niño as anduriñas volandeiras
Y-escóndense os lagartos;
En-a cima d'a torre
O galo d'a veleta, desprumado,
Remela os ollos cara ô vento Leste,
¡O vento d'a ruina e d'os estragos!

Un vello pergamiño
 C'o sello real sellado
 E sinado c'o as cruces, non c'o as firmas
 — ¡Pois non sabían firmar! — de dez perlados,
 Manda que nadia poda
 Erguer cabana ou pazo
 Acaron d'esta casa, que lle quite
 Aire ou sol, pol-o frente ou pol-os lados.

Despois de nove sigros
 Inda é firme o mandado.
 As pallozas d'o povo,
 Cheas d'as armonías d'o traballo,
 Agachadas, cal tigres,
 Dende lonxe respétano y-acátano,
 Agardando que os muros se despromen
 E ríndose namentres pol-o baixo...

¿Qué foi d'o morador d'esa vivenda,
 N-a que en tempos pasados
 S'esnaquizou a pátreas en mil parcelas
 Entr'os que por seu amo pelexaron,
 Y-onde nunca petou a mau trembona
 D'o camiñante canso
 Que alcontrara agarimo ou doce fogo
 D'os ateridos membros pra reparo?

O dono derradeiro
 Védelo, ahí vai, miraino...
 Cuberto c'o a coroa,
 Calzado ò zoco, c'os seus bois falando
 Encamiñase â vila
 Pra n-ela vender d'estrume un carro
 E contentar c'o voto

— Feroz limosna que lle arroxa ò Estado —
O seu señor d'agora,
¡Que onte foi seu escravo!

Acontéceme vendo estas traxedias
O que me pasa cando
Tropezo c'unha pedra de muiño
N-un valo posta, ou d'unha herdá por marco.
Recordo o que ela esquece
D'as cousas que non sinten n-o letargo:
¡O grau que têm moído,
Os himnos que â dar voltas têm cantado!

A PALABRA

Eu sou Mahomet, ò fillo d'os libres areales,
O eleito d'os profetas, ò árabe de Dios;
Cantos amés d'os héroes os trunfos imortales,
Seguide a miña enseña y-ouvide a miña vos.

D'a miña tenda â sombra erguida ô pe d'o
[outeiro,
Os odios lamentando d'a cega humanidá,
De paz e de consolos ò corazón valdeiro,
Oraba d'o deserto n-a mucha soledá.

D'a fame n-os vasalos, d'a farta n-os mainates,
Cal d'un alfanxe a folla feríame a visión :
Choraba d'os beduinos a vida de combates,
D'os príncepes as folgas, d'o eunuco a condición.

•¿Por qué, Señor, consintes desigualdás tan
[grandes,
Si todo canto é nado de ti somentes saí?
¿Por qué tantas liortas, preiteos e desmandes
Entre os que á Cristo adoran, á Osiris y-á Adonay?

»¡Señor, daime unha cifra que ligue tantos
[nomes,
Un símbolo que xunte á tantos corazóns,
Unha bandeira qu'una y-amiste tantos homes,
Que faga un mundo d'ánxeles d'un mundo de
leós!»

Así eu rezaba cando, descendo d'as alturas,
Chegóuse á min e díxome, tocándome, Gabriel :
«Exparxe as tuas olladas por esas ruis llanuras,
E cóntame o que vires pol-a extensión cruel.»

Mirei: n-un soño calmo durmía a natureza,
Atafegada baixo d'un sol abrasador.
Mirei, e vin ô lexos unha montana enorme
Onde ò deserto acaba que cingueme en redor.

«—¿Qué ves? — Unha montana.—¿Qué máis?
[— O gran deserto.
— ¿Qué ves n-ese deserto? — Mil vermes á rifar,
Mordéndose, matándose... — Formigas son; de
[certo
— Dixo Gabriel — guerrean e vounas concordar.»

Baixóuse; unha formiga d'o chau recolléu logo,
Falóulle n-unha fala que ô punto ela entendéu,
Pousó una sobr'a area, que queima como fogo,
Y-a contemp'al-a mudos pusémonos él y-eu.

A probe d'a formiga botóu á andar lixeira,
Parando todas cantas ô paso tropezóu;
Estas pararon outras, e xuntas y-en ringleira
A pouco un gran trafogo entr'elas comenzóu.

En escadrós dispostas baixo a raxeira insana,
Cal un podroso exército rubir ô monte as vin,
E gráu por gráu a area quitando d'a montana,
Iban desmoroando n-un vir e vir seu fin.

Finóu de noite a brega que comenzóu de día,
E cando veu a lúa bater n-o men lumial,
D'o monte, cuya cume n-os ceos se perdía,
Non alumóu indicio, nin rasto, nin sinal...

«—¿Qué ves? —volvéu dicirme Gabriel.—Sólo
[a llanura.

—¡Fíncate! D'a palabra estás diante ò poder.

¿Qué é máis qu'unha formiga a humana criatura?
Fálalle, e d'os seus odios ò monte has de vencer.»

.....
.....

Eu sou Mahomet, ò fillo d'os libres areales,
O eleito d'os profetas, ò arabe de Dios;
Cantos amés d'os héroes os trunfos imortales,
Seguíde a miña enseña y-ouvide a miña vos.

NOTAS

A Virxe d'o Cristal.—Esta composición, o mesmo qu'O GUEITEIRO e UNHA BODA EN EINIBÓ, fueron premeadas n'o Certame poético que houbo en Ourense ò 24 de febreiro de 1877, con dous mil réas, ofercidos pol-o Sr. D. Modesto Fernández e González ò autor d'as tres millores poesías dedicadas á cantar unha tradición, un tipo y-unha costume de Galicia.

Topábam'eu d'aquela en Madril. Recorrendo un día os papés d'a terra, lin ò programa en que se anunceaba ò Certame y-abrín unha carta de familia en que se me decía ò pe d'a letra: «Por aquí se corre que han muerto por completo en tu corazón los recuerdos de tu patria. Si esto no es verdad, nunca mejor ocasión para justificarte: escribe.» Diante esta acusación, de cuya inxusticia respondían doce anos de soledades y-extranezas pasados lonxe d'a miña casa, sentín—mal está qu'eu diga—algo semellante á inclinación d'o soldado á quen por virtú de sórdidas xenreiras se lle despoxa ò frente d'o enemigo d'os homildes pero honrosos loureiros que traballosamente conquistara. Deporcateime entón de tēr escrito tempos atrás *O Mestre de Santiago*, onde ò hachéu, e como quen vai de pasada, falara d'A VIRXE D'O CRISTAL; y-o amor propio sin duda, que cando non pasa de xusto texón está ben tido, ou cando esto non for, ò medo que me colléu de qu'a idea d'o meu soposto esquecemento d'a patria fose tomando corpo n'unha terra que en tanta estima teñen seus fillos, dígao sinón ò estado de prosperidade que alcanzau y-as consideraciós e respetos que se gardaron sempre us

ôs otros, ò conto é que me crin n'ò deber de coller a pruma. Mais ò prazo pr'a presentación d'os traballos, por un lado, e pol-o outro a clas d'os asuntos que se me ofrecían, cuyo caraute, prescindindo d'as dificultás mecánicas con que tiña que tropezar pra desrollalos n'a lingua gallega, non era o que máis s'adautaba ôs meus gustos y-aficiós, fixéronme vacilar algún tempo, e foi preciso que pensase en miña nai, que maxinase ò inmenso pracer qu'experimentaría de ver, tal como ela m'havía referido de pequeno, a lènda d'Virxe d'as nosas montanas, pra qu'eu me puxeso á escribila.

Os esforzos de memoria, os requerimentos e conxuros qu'eu faría en oito noites mortás â lingua enxebro, â sencillés encantadora d'ò meu povo, pra salir d'aquel non visto apreto, y-a repunancia que, como home d'ideas e conviciós, tenía que vencer antes de presentar os meus versos ô Certame, comprenderánon sólo aqueles que recorden os estreitos termos en que estaba concebido ò programa; aqueles que se viren privades como eu de cultivar dend'a infancia a doce lingua nativa, y-aqueles, en fin, n'os que, a idade, ò studeo, a mala sorte, eu ò conoecemento d'as cousas d'a vida, fosen aminguando ò tesoro d'as primeiras erencias, trocándollas por outras que, máis ou menos ventaxosas — qu'esto non hai para qué discutilo agora —, non está na mau d'ò home impedirles a entrada n'ò seu peito.

Afortunadamente, e pol-o qu'esto toca n'A VIRXE D'Ò CRISTAL, non fixen máis que recoller unha tradición relixosa, tal e como anda pol-o povo adiante, e, fora a rima, c'os mesmos xiros, modismos y apotegmas que sai d'a boea d'os nosos campesinos. Si o queredes ver, non tendes máis que ir a Vilanova.

Nada, pois, de canto n'ese poema vedes é meu, quer sea maravilloso, quer sea humano e positivo. Eu non falo n'esa obra nunca, como non sea n-o prefaz; pero inda alí non fago máis que pararme á saudar as miñas memorias de neno, como quen toma alento n'ò medio d'unha diffeil costa, antes de continuar ò seu camiño. Esto non quer decir por eso que eu non apadriñe e teña por meu, e moi meu, canto de deficiente n'a esfera d'a forma s'alcontre n'ese poema: ben sei que moito me pode botar n'a cara unha crítica severa que non guste de certo realismo, en poucas literaturas tan natural como n'a gallega; anque pudera disculparme n'este caso ò haber sido esta obriña a primeira d'ò seu xénero que n'a nosa lingua foi escrita. Algo d'esto debén têr en conta ò público ò aplaudirme y-ò Xurado ò dispensar âs miñas poesías unha honra que non podía prometerme, entre vinte que disputaron ò prèmeo.

Si éste o recadei con xusticia, a crítica diante, â cal comparecen aquelas poesías, purgadas d'algús insignificantes errós d'èmprenta,

e correxidas d'algún que outro vocablo máis ou menos neolóxico y-escuro, m'o dirá hoxe, y-eu espero que m'o diga, xa que non co'a imparcialidade, pol-o menos co'a proverbial dozura a que nos ten tan acostumbrados.

Cántiga. — Tal é a primeira poesía que escribiu ò autor n'o dialeuto patrio. Non figuraría n'esta colección si a circunstancia d'habela feito popular en Galicia a linda *muiñeira* que pra ela compuso ò Sr. D. Cesáreo Alonso Salgado, seu querido amigo, non-a fixese dina de ver a lus púbrica. Fora d'esto, puxeron n'ela tales variantes os que inda hoxe lle fan a honra de tarareala, que ò autor xusgôu comenente dala â estampa tal e como a escribiu sobr'o marxe d'a leución X d'a *Economía política* de Colmeiro, n'a tarde d'o 5 de xunio de 1869.

Tempo deserto. — Estos versos, d'a raza d'os «suspirillos gerniánicos», como diría un poeta que non por eso deixôu de botar moitos — dito vaya esto sin ánemo d'ofender un nome qu'eu quero e respeto—, escribinos en castellano cando inda pra min, xa qu'outros non, vivían e parpadexaban os providentes dioses lares. Pero *os dioses vanse, y-éste*s fóronse tamén; de sorte que a poesía qu'estonces non tiña obxeto, nin respondía máis que á unha inspiración d'o momento, hoxe, pol-o que ten de profecía cumprida e pol-o que refrexa ò estado d'o meu esprito, têno, e douna á lus traducida, rogando ò leutor que non se fixe n'ela, porque, realmente, sólo pra mí val algo.

APÉNDICE

Pareciéndonos curiosísimo cuanto acerca de la famosa *Cántiga* del inmortal poeta Curros Enríquez dice el ilustrado periódico de la Habana *Diario de la Marina*, correspondiente al día 19 de marzo de 1908, no vacilamos en transcribir a continuación el trabajo inserto en el diario donde Curros Enríquez prestó durante muchos años sus servicios.

El precitado artículo dice así :

«LA PRENSA. — Es en esta sección precisamente donde debemos

reproducir la historia curiosísima—tanto como desconocida—de la famosa *Cántiga* de Curros Enríquez. Como el Sr. Díaz Silveira, habíamos nosotros interrogado a Curros sobre la completa sustitución del primer verso y sobre la mixtificación del tercero—y no del segundo, como dice, equivocándose, el poeta desaparecido—. Si la primera sustitución nos parece más ajustada a la verdad escénica, aunque no tan poética, la suplantación en el tercero de *coitada por sin trégoas* no nos gusta, y las demás mixtificaciones, y más señaladamente las del segundo cuarteto de la primera estancia, echan a perder la dulzura enérgica sollozada en la tierna rima de la dulce fábula.

»Estos cuatro versos :

Y-a coitada entre queixas decía :
 «¡Xa n-o mundo non teño ninguén!
 ¡Vou morrer e non ven os meus ollos
 Os olliños d'o meu doce ben!...»

»no están en manera alguna lealmente traducidos en este cuarteto:

Y la triste en sus quejas decía :
 «Ya en el mundo no tengo otro bien;
 Yo no quiero vivir, si mis ojos
 De mi amado los ojos no ven.»

»Falta aquí el arranque amargo de desesperada melancolía :

Vou morrer...

»Tampoco está la cuarteta original traducida fielmente en la que sigue :

Y la triste anhelante, decía :
 «¡Solitaria en el mundo quedé!
 ¡Yo me siento morir, y mis ojos
 De mi amado los ojos no ven!»

»Falta nervio, dulce virilidad, decisión anulativa de una alma asomada al vacío de un corazón abandonado y solo. Pero esto no hace al caso de lo que nos proponemos, que es la reproducción de la historia de la tierna *Cántiga*, desconocida hasta ahora, que el

semanario *Letras*, bajo la firma del Sr. Francisco Díaz Silveira, nos la da a conocer.

»Copiamos :

«Sr. D. Francisco Díaz Silveira.

»Muy señor mío y de todo mi respeto : Recibí su amable carta fecha 21 del corriente. Lo que usted advierte en la *Cántiga* lo han advertido muchos, y tiene su explicación en lo siguiente :

»Escribí esa poesía en 1869, siendo muy joven. Vivía yo en Madrid y tenía por compañero de habitación a un paisano y condiscípulo, llamado Alonso Salgado. Una tarde de junio, antes de los exámenes, después de la siesta, yo repasaba la *Economía política* de Colmeiro, y a mi lado, aburrido, reclinado en una silla contra la pared, mi amigo arrancaba notas repentinas a una guitarra, instrumento que tocaba muy bien. Aquellas notas me llamaron la atención por lo sentidas y melancólicas: era un aire gallego, con toda la poesía de nuestras montañas. «¡Bonito es eso!, le dije, cerrando el libro. ¿Dónde recogiste esa canción?—En ninguna parte, me contestó : me está saliendo ahora. — Repite esos compases y no los olvides: voy a escribir para ellos una letra», volví a decirle. Y cogí el lápiz, y no teniendo papel a mano, abrí de nuevo el libro de Colmeiro, y en las márgenes de la lección X hice la primera estrofa de la *canción*, que dice así :

N-o xardín unha noite sentada, etc.

»La cantó mi amigo, y resultaba perfectamente adaptada a la música. «Me gusta, me dijo.— Bien, le repliqué; pero ahora es preciso que improvises una segunda parte.»

»Se puso a remover los trastes, y no tardó en salir, con una ligera variante de tono, la segunda parte pedida : escribí para ella la segunda estrofa. La cantó; no completo el drama, me pidió, entusiasmado, una tercera que fuese repetición de la primera; se la hice, y ahí tiene usted completa la composición, cuyo nacimiento celebramos con una merienda de uvas, pan y vino, que nos supo a gloria.

»Pero Salgado era músico de afición y no conocía el pantagrama. Le indiqué irnos en busca de un maestro que la escribiese, y me dijo que no había necesidad, que tenía buena memoria, y que tocándola dos o tres días ya no se le olvidaría jamás. Pasaron días; nos examinamos; él se marchó a Galicia, y yo me quedé en Madrid. Pasaron años, y en 1877, ya casado yo, fui a Galicia a ver a mi familia, y al llegar a Orense, de noche, me asomé en mangas de

camisa al balcón del hotel en que paraba, y allí estaba tomando el fresco, cuando, unas casas más arriba, oí un coro de voces femeninas que cantaban algo que yo quería recordar... «¿Dónde escuché yo eso?», me preguntaba. El canto seguía, y la letra, que percibía vagamente, parecía preguntarme: «¿No me conoces?» Así era; no la conocía; había en ella una variante que me desconcertaba. En vez de

N-o xardín uuha noite sentada,

»la canción empezaba diciendo:

Unha noite n'a eira d'o trigo.

»Pero llegó el final de la estrofa, y entonces exclamé: «Sí, eso es mío; sólo que me lo han desfigurado...» ¿Qué había pasado en los ocho años transcurridos? Pues, sencillamente, que mi amigo, en fuerza de tocar a la guitarra, la había hecho popular primero en Trives, de donde era natural, y después en Santiago entre los estudiantes, resultando de aquí que el *pueblo soberano* substituyó un verso por otro que él fabricó, y como ese verso hablaba de un jardín, que no tienen todas las casas de los pobres, y en cambio tienen *eras*, donde se reúnen los vecinos y bailan y celebran sus fiestas de familia, en la *era* localizaron el drama, sin respeto al poeta, pero con muchísimo respeto y mucha 'lógica para sus gustos y aficiones.

»La substitución me indignó. Dos años después hice el tomo *AIRES D'A MIÑA TERRA*, y di cabida en él, imprimiéndola por vez primera, a la dichosa *Cántiga*; pero refractario por igual a todas las tiranías, a las de arriba como a las de abajo, rechacé la modificación popular y apareció con el verso mío original, que tomé del libro de Colmeiro, que conservaba y conservo. Ya era tarde, sin embargo, para acudir al remedio de la adulteración. La *Cántiga* se había hecho popular. En los ocho años transcurridos se habían hecho ediciones fraudulentas en América (una de ellas la de Anselmo López), y se había cantado en los mares de China y hasta en los del Polo, a bordo de buques que conducían expediciones científicas llevadas a todas partes por marineros gallegos, y en todas partes aplaudida generosamente, más por su música (que últimamente y con consentimiento mío pasó al pentagrama, con algunas ligeras modificaciones del maestro Chané) que por la letra, la cual, si pudo satisfacerme al escribirla, hoy la encuentro deficiente y demasiado trágica y romántica.

»Ya lo sabe usted todo, hasta lo que no hacía falta que supiese; pero su carta es tan insinuante, que invita a la confianza y autoriza a la mayor franqueza.

»Agradezco a usted el cariño y el interés que demuestra por esa miserable obra mía, indigna de la enorme celebridad alcanzada, que la hace eternamente joven, mientras su autor envejece a más y mejor, sin encontrar la fuente de Cátanas que le rejuvenezca.

»Perdóneme haya tardado tanto en contestarle; pero los quehaceres del periódico me privan de tiempo y gusto para escribir cartas. Tengo como unas doscientas sin contestar, entre ellas muchas de mi familia.

»Y sin otra cosa, queda de usted muy reconocido seguro servidor que q. l. b. l. m.,

M. CURROS ENRÍQUEZ.»

(Recibida el 23 de mayo de 1907.)

«HABANA, 24 mayo 1907.

»Sr. D. Francisco Díaz Silveira.

»Presente.

»Muy estimado señor de todo mi aprecio: Recibo su atenta. Soy enemigo de exhibiciones, y menos para ser pregonero de mis propias miserias. Así que le rogaría y estimaría mucho que no publicase esa carta, no vestida para la publicidad y probablemente incorrectísima, como hecha robando tiempo a mis faenas periodísticas y al correr de la pluma.

»Pero como al mismo tiempo me apena la idea de no complacerle del todo, le autorizo para que diga al Sr. Carbonell, si persiste en su empeño de ocuparse de la dichosa *Cántiga*, que sin publicar la carta, haga una relación de los hechos en ella narrados, dando completo el nombre del autor de la música, que se llamaba Cesáreo Alonso Salgado, y que el *vulgum pecus* que alteró la canción no se contentó con substituir el primer verso, sino la última palabra del segundo, que era «trégolas» (tregua en castellano), colgando en su lugar la palabra «cuitada». Tengo un vago recuerdo de haber denunciado esa pillería del público, o de haber querido denunciarla, por lo menos en las *Notas* que acompañan a la primera edición de

los AIRES D'A MIÑA TERRA, cosa hoy difícil de comprobar, porque no quedan rastros de esa edición, como de las tres restantes, agotada la última en 1889.

»Reiterándole mi gratitud por sus atenciones, se repite de usted afectísimo q. l. b. l. m.,

M. CURROS ENRÍQUEZ.»

»Si las dos traducciones que publica *Letras* nos parecen débiles de nervio y pálidas de sentimiento melancólico, nos parece, en cambio, de perlas la nota de intensa actualidad literaria que ha dado, y que nosotros somos los primeros en apreciar y agradecer en lo que vale, como siempre hemos sido de los primeros en elogiar el brioso estro y la marcial arrogancia poética de *Letras*, periódico puramente literario que se ha alzado con el cetro de las simpatías intelectuales.

»Réstanos por decir que la verdadera *Cántiga* es la que, revisada por su autor, se reimprimió en el *Diario de la Marina* del 19 de mayo de 1907.»

¡Ay! — Esta bellísima composición, una de las más hermosas que constituyen el volumen AIRES D'A MIÑA TERRA, ha sido trasladada al pentagrama por los renombrados maestros compositores D. José Baldomir, autor de la hermosa zarzuela de D. Manuel Linares Rivas *Santos e Meigas* y de un sinnúmero de bellísimas canciones escritas en dialecto gallego, y D. Arturo Lapuerta, autor de varias zarzuelas muy aplaudidas y colaborador del insigne Galdós en la ópera *Zaragoza*.

Melodía gallega. — Esta bella composición del inmortal bardo galiciano sirvió al renombrado maestro D. José Castro Chané, entrañable amigo y compadre de Curros Enríquez, para escribir una de sus producciones más inspiradas.

Esta composición, editada en Cornüa hace varios años, recorrió triunfalmente España y América.

(N. del Recopilador.)

ADVERTENCIA PRELIMINAR DE LA SEGUNDA EDICIÓN

A fines de julio de 1880, días después de haber salido a luz pública en Orense el libro cuya segunda edición ofrecemos hoy a nuestros lectores, el señor obispo de aquella diócesis expedía un edicto en que se condenaba la obra del Sr. Curros Enríquez, «por contener proposiciones heréticas, blasfemas, escandalosas, y algunas que merecen otra censura», edicto leído por todos los curas de aquella vasta diócesis al ofertorio de la misa popular, y publicado en el *Boletín Eclesiástico*, núm. 1.206.

A los pocos días, el Juzgado de primera instancia de aquella ciudad instruía, en virtud de oficio del gobernador civil de la provincia (el Excmo. Sr. D. Víctor Novoa Limeses), el sumario de causa criminal contra el inspirado autor de *AIRES D'A MIÑA TERRA*, por suponer que en varias de las poesías, *A Igrexa fría*, *Mirand'ô chau* y *Pelegrinos, á Roma*, se escarnecía alguno de los dogmas o ceremonias del culto católico.

La Prensa, por su parte, tendía una mano fraternal al poeta perseguido en tales circunstancias; el libro, lanzado a los cuatro vientos, alcanzó una notoriedad sin duda merecida, pero hasta entonces inusitada en Galicia: la edición se agotó en quince días.

Mas la censura eclesiástica continuaba en vigor y en curso la causa criminal, fallada al fin en primera ins-

tancia el 4 de agosto, condenando al Sr. Curros a la pena de dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional, multa de 250 pesetas, suspensión de todo cargo y del derecho del sufragio durante la condena, y costas, acordándose además la inutilización de los pocos ejemplares secuestrados.

Fuerza es consignar que esta condena, que nos abstenemos de calificar, produjo una dolorosa impresión en el ánimo de los numerosos amigos del poeta y de cuantos, aun no siéndolo, miran como sagrada la causa de la libertad del pensamiento.

Pero fuera de la autoridad eclesiástica, de la civil y del Juzgado de primera instancia, nadie pudo descubrir ni siquiera apariencias de criminalidad en las poesías denunciadas: el ministerio fiscal, dignamente representado, así en la primera instancia por el Sr. Nieto, como en el Tribunal de apelación por el Sr. Collazo, opinó en el sentido de la libre absolucíon, y en tal sentido pronunciaron sentencia los respetables e íntegros magistrados de la Audiencia de La Coruña.

Los más importantes documentos de esta causa, una de las páginas (¡y quiera Dios sea la última!) de la historia de la intolerancia en España, los ofrecemos hoy a nuestros lectores. Figura entre ellos la notable y vigorosa defensa escrita por el Sr. Paz Novoa, siempre apercebido a luchar valerosamente por los fueros de la libertad y del derecho, y la elocuente y hábil que pronunció ante la Audiencia el Sr. Puga y Blanco (D. Luciano), una de las primeras ilustraciones del foro coruñés.

¡Rara coincidencia! Entre las poesías que tantas protestas suscitaron, hay una, la titulada *Mirand'ó chau*, que fué la que principalmente atrajo sobre la cabeza de su autor los rayos de la persecucíon, lo mismo, exactamente lo mismo, que *Le bon Dieu*, que el Sr. Curros imitó o parafraseó, atrajo sobre el popular Béranger las iras del Poder en 1821 y 1828. Bien es verdad que la intolerancia es siempre una y la misma a través del espacio y del tiempo, y que de la inspiración del vate galiciano puede afirmarse lo que de la del ilustre cantor de Francia dice uno de sus biógrafos: «Es un arpa eólica que torna en armonías los acentos de la multitud.»

Leyendas, fiestas populares, dolores íntimos, la nostalgia, la ruda y santa sencillez de los campesinos, las

injusticias que pesan sobre la noble, valerosa y sufrida raza que puebla las provincias del Noroeste; para todo tiene acentos, ya enérgicos, ya dulces, siempre bizarros y patéticos, la lira de nuestro nobilísimo poeta, que con igual razón que el galo puede exclamar : •

LE PEUPLE C'EST MA MUSE!

El Editor.

Madrid, 1881.

CENSURA ECLESIAÍSTICA

NOS EL DR. CESÁREO RODRIGO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA OBISPO DE ORENSE, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, SENADOR DEL REINO, ETC.

A todos nuestros amados diocesanos hacemos saber: Que habiéndosenos denunciado un libro escrito por *M. Curros Enríquez*, con el título de AIRES D'A MIÑA TERRA, que acaba de publicarse en esta ciudad, dispusimos fuese examinado por tres teólogos de notoria ciencia; y resultando que, según su dictamen, contiene dicho libro proposiciones heréticas, blasfemas, escandalosas y algunas que merecen otra censura; Nos, en virtud de nuestra autoridad ordinaria y de la especial que tenemos delegada de la Santa Sede Apostólica, reprobamos y condenamos el expresado libro, y estrictamente prohibimos su lectura y retención a todos nuestros diocesanos, y les mandamos que si tuvieren ejemplares de él los entreguen en nuestra Secretaría de Cámara o a sus respectivos párrocos o confesores, para que éstos los pongan a nuestra disposición.

Condenamos el error y nos compadecemos del que yerra. Por eso, al propio tiempo que en cumplimiento

de nuestro sagrado deber velamos por la pureza de la doctrina, dirigimos nuestras paces al Todopoderoso para impetrar de su infinita misericordia que los que se hallan envueltos en las tinieblas de la herejia, o rehusan la enseñanza infalible de la Iglesia, abran los ojos a la esplendente luz de la verdad católica. Y a fin de que nuestros amados diocesanos estén prevenidos y dóciles a nuestra voz, como lo esperamos, se abstengan de tomar en su manos el expresado libro, ordenamos que este nuestro *edicto* sea leído al ofertorio de la misa popular en todas las iglesias parroquiales y de anejos el primer día de fiesta después de su recibo.

Dado en nuestro palacio episcopal de Orense a 28 de junio de 1880. — CESÁREO, *obispo de Orense*. — Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor, *Dr. D. Juan Soldevilla*, canónigo-secretario.

(*Boletín Eclesiástico* del 28 de junio de 1880.)

DEFENSA EN PRIMERA INSTANCIA

El procurador Rodríguez López, por el Sr. D. Manuel Curros Enríquez, autor del volumen de poesías *AIRES D'A MIÑA TERRA*, procesado por supuesto delito relativo al libre ejercicio de los cultos, comparece ante el Juzgado con la pretensión de que en definitiva, y de conformidad con lo propuesto por el señor promotor fiscal en su luminoso dictamen de los folios 46-51, ha de dignarse V. S. declarar que en las composiciones poéticas que han motivado este procedimiento no se ha cometido el delito definido en el núm. 3.º, art. 240, del Código penal, y en consecuencia absolver libremente al Sr. Curros Enríquez, con las costas de oficio y devolución al editor D. Antonio Otero de los ejemplares secuestrados. Así procede en justicia.

Según consta del escrito fiscal, folio 1.º, el Excelentísimo e Ilmo. Sr. Obispo de esta diócesis ofició el 22 de junio último al Excmo. Sr. Gobernador civil de la provincia, manifestándole haber sabido con profundo sentimiento que en esta ciudad se había publicado y anunciado la venta del volumen de poesías *AIRES D'A MIÑA TERRA*, en el cual, según el reverendo prelado, y señaladamente en las tituladas *A Igrexa fría* y *Mirand'ó chau*, se atacan y ridiculizan varios dogmas de la religión católica; por todo lo que le rogaba que, en uso de

sus atribuciones, impidiese la circulación y venta del expresado tomo de poesías, y adoptase las medidas que al efecto estimase convenientes.

No obstante estar autorizada la circulación del libro de que se trata, como lo comprueba el ejemplar devuelto al editor con el sello del Gobierno civil, el señor gobernador, deferente con la autoridad eclesiástica, transcribió el oficio del reverendo prelado al señor promotor fiscal, acompañando un ejemplar de la obra *denunciada*, para que procediese con arreglo a las prescripciones de la ley de Imprenta.

Pero como la obra de que se trata constituye en el sentido de esa ley un folleto no político, no comprendido, por ende, en sus prescripciones penales, se consideró desde luego que el proceder del supuesto delito denunciado en el oficio de la autoridad eclesiástica era de la competencia de la jurisdicción común. Y se instruyó el sumario brevemente, con la actividad y el celo que distingue a V. S. Secuestrados los ejemplares existentes en poder del editor, deshechos los moldes, recibida declaración indagatoria al Sr. Curros y obtenidos los antecedentes (altamente honrosos) relativos a su persona, el ministerio público emitió dictamen terminante a la absolución libre, como queda indicado ya.

En realidad de verdad, no procede otra solución. Vamos a demostrarlo, exponiendo el sentido de las dos poesías denunciadas y de alguna otra cuya versión al castellano consideró V. S. conveniente encomendar también a los peritos traductores, y confiamos en que por tan sencillo método se vendrá en conocimiento de que ninguna de ellas cae bajo la sanción del núm. 3.º, artículo 240, del Código penal.

La Iglesia fría. — (Páginas 105-7.)

Describe el poeta, con esa energía de pensamiento y expresión que caracteriza algunos de sus cantos, las ruinas del antiguo monasterio, lugar de asilo en otros tiempos para los criminales. De la alta campana pende todavía la robusta cadena que, azotada por el viento e iluminada por los rayos del sol poniente, semeja una serpiente encantada, guardián de las ruinas, que se mueve y gime. El ladrón y asesino del viajero indefen-

so llegaba allí fugitivo, aún con el puñal en la mano y manchado con la sangre de las víctimas, buscando asilo; los frailes, que quemaban a Jerónimo de Praga, recogían y ponían en salvo al criminal, que, vestida la cogulla, pasaba de réprobo a santo en el mismo día, y de cuya garganta, que debiera ser entregada al verdugo, salía el anatema contra Colón y Galileo. Las víctimas suplicaban amparo; mas la justicia, indigente escudero del sangriento crimen, tenía que detenerse indignada a la puerta del lugar sagrado. «¡Qué tiempos!», le dice una negra visión al poeta, cuando en sus solitarios paseos llega hasta el desolado monasterio. «¡Qué tiempos!», dice él también.

He aquí sumariamente expuesto el asunto de la composición. Si en su aspecto artístico es admirable el cuadro, en lo histórico (salvo cierto accidente) es verdadero, y en el jurídico perfectamente justo.

Denominábase *Iglesia fría* el derecho del criminal acogido a lugar sagrado, extraído y no restituído, para solicitar su restitución al asilo si le volvían a prender. Algunos reos de delitos leves hacían maliciosamente que les extrajesen, y cuando después les prendían por nuevos y mayores delitos, invocaban aquél derecho para librarse de las penas en que habían incurrido. Así se preparaba la impunidad, se hacía ilusoria la acción de los Tribunales y se atentaba sobre seguro al honor, a la libertad, a la propiedad y a la vida de los hombres.

El privilegio de asilo, fundado sin duda en la caridad, pero bastardeado por las malas pasiones, había llegado a ser un elemento de perturbación del orden civil. A semejante estado de cosas, que no debía subsistir en un país civilizado, puso término en España el Concordato de 1737, cuyos artículos 2.º, 3.º y 4.º constituyen el texto de la ley 4.ª, título IV, libro I de la Novísima Recopilación. «Para mantener la tranquilidad pública (dice el primero de aquellos artículos) e impedir que con la esperanza del asilo se cometan algunos más graves delitos que puedan ocasionar mayores disturbios, dará Su Santidad, en cartas-circulares a los obispos, las órdenes necesarias para establecer que la inmunidad local no sufrague en adelante a los salteadores o asesinos de los caminos.» No transcribimos, por evitar prolijidad, todo el texto de la ley, harto curioso;

pero basta lo anunciado para demostrar que el canto *La Iglesia fría* está calcado en la verdad histórica y en la verdad legal.

Sobróle razón al Sr. Curros al elegir este asunto. Cuando tantos sueñan todavía con la resurrección de ideales muertos; cuando estos soñadores intentan oponer diques al majestuoso curso del progreso, nada mejor ni más acertado que pintar con vivos colores aquel estado social, informado por el despotismo político y la intolerancia. ¿Y qué es lo que hay culpable en tan nobilísima tarea?

La más escrupulosa crítica solamente advertirá un error histórico en lo del anatema de Colón. Los dominicos de Salamanca y los franciscanos de la Rábida alentaron, defendieron y ayudaron al inmortal genovés, descollando entre todos la simpática figura de aquel fray Juan Pérez de Marchena, cariñoso amigo del almirante y fervoroso patrocinador de sus gloriosos pensamientos.

Dicho sea en honor de ellos. Pero un error histórico no es un delito.

Esto aparte, ¿quién que no conozca la historia del Concilio de Constanza ignora la muerte de Jerónimo de Praga y Juan Huss en la hoguera que atizaba el fanatismo? Y en lo que respecta a Galileo, ¿quién puede ya sostener de buena fe que sea una impostura la condenación de su doctrina sobre el movimiento diario y anual de la Tierra, como contraria al texto de las Sagradas Escrituras, hoy que se han podido lanzar a los cuatro vientos las páginas del proceso?

«El genio más grande que la Italia moderna ha dado a las ciencias, agobiado por la vejez y las enfermedades, se vió obligado, para libertarse del suplicio o la prisión, a pedir perdón a Dios de haber enseñado a los hombres a conocer mejor sus obras, y a admirarle en la sencillez de las leyes eternas por las cuales rige el Universo.» Tal es el juicio de la Filosofía por los labios de Condorcet.

Al mismo tiempo que el salteador de los caminos y el asesino de los viajeros gozaba de la inmunidad de la *Iglesia fría*, se tronaba desde el púlpito contra el desventurado sabio florentino, y se le obligaba a la retractación de la verdad.

Referir todo esto, y en bellas estrofas, y en nuestro hermoso dialecto, para instrucción y deleite del espíritu, antes merece aplauso que castigo.

Mirando al suelo. — (Páginas 117-25.)

Imitación esta poesía de *Le bon Dieu*, de Béranger, pero superior al modelo, tanto que bien puede ser considerada como uno de los romances mejor escritos en gallego, ha suscitado protestas que, en nuestro humilde juicio, no son tan fundadas como pudiera creerse.

Pasa Dios revista al mundo, según el pensamiento del poeta, y advierte que el sibaritismo y la avaricia han invadido a Roma; que la crueldad ha substituído en la sociedad civil a la justicia y la clemencia; que los campesinos se extenuan en las duras faenas del trabajo, tan rudo como estéril, dada la defectuosa organización de nuestra propiedad agrícola; que el agio, las falsedades, la cobardía, el deshonor y el crimen son los medios por que prosperan muchos en esta vida terrena; que hay malos Gobiernos que engordan con el jugo de los pueblos; sacerdotes que, fusil al hombro y como canes rabiosos, predicán la insurrección; ricos que amontonan oro por mala manera; médicos que prevatican en las operaciones de las quintas, y hombres que se mueren de hambre, y pobres mujeres que no tienen con qué cubrir su desnudez, y niños que crecen en la ignorancia; y ante tan sombrío y desconsolador espectáculo, Dios, conocidas las causas que ofrecen mayor contingente de almas al infierno que al cielo, aparta la vista arrepentido de su obra, y se vuelve a su gloria excelsa, diciendo: «No, no es éste el mundo que yo he creado.»

Apreciada la poesía en el fondo, parece que el autor se inspiró en los versículos 5, 6 y 7, cap. 6.º, del *Genesis*: «Videns autem Deus quod multa malitia hominum esset in terra, et cuncta cogitatio cordis intenta esset ad malum omni tempore, pœnituit eum quod hominem fuisset in terra. Et tactus dolore cordis intrinsecus, delebo, inquit, hominem quem creavi à facie terræ, ab homine usque ad animantia, à reptili usque ad volucres cœli: pœnitet, enim, me fecisse eos.»

No suele ser muy del agrado de los felices del mundo

el cuadro de las miserias sociales. Cuantos en todos tiempos acometieron la empresa de denunciarlos, fueron señalados como sediciosos, revolucionarios o utopistas, porque la felicidad terrena, si está divorciada del deber, conduce al más detestable egoísmo. Pero la voz de alerta que dan las almas generosas es grandemente útil, siquiera los venturosos vean turbada la felicidad de sus goces. Denunciar el mal es ya por sí solo el principio de la reparación.

No sabemos si pudo parecer irrespetuosa la poesía *Mirand'ô chau* en lo que se refiere a Roma. A nosotros, en la esfera del Derecho, no nos incumbe averiguarlo; pero no han de olvidar las almas timoratas que en tiempos en que no estaba garantizada como hoy lo está la libertad de pensamiento, escribieron cosas peores poetas insignes, alguno de los cuales es gloria y ornamento de la literatura católica. Dante, en *La Divina Comedia*, coloca en el infierno, en el círculo de fuego en que sufren tormentos los simoniacos, a varios Sumos Pontífices, que esperan allí al papa reinante Bonifacio VIII; y cuando el gran poeta gibelino ha ascendido al Paraíso, oye una voz, la de San Pedro, que le dice: «El que en la tierra usurpa mi puesto, mi Sede Suprema, mi dignidad, que a los ojos del Hijo de Dios está vacante, ha convertido mi sepulcro en cloaca de sangre y podredumbre: en verdad que yo no vertí mi sangre, ni Lino y Cleto la suya, por la Esposa de Cristo, para que ésta se acostumbra a amontonar oro, ni fué nuestra intención que se grabase mi imagen en los sellos de los privilegios falsos y venales de que frecuentemente me avergüenzo e indigno. Disfrazados de pastores, andan por todos los campos los rapaces lobos. ¡Oh, justicia de Dios! ¿Por qué estás ociosa?»

No tenemos interés alguno en atacar al Pontificado, institución para nosotros respetable. Épocas hubo sombrías y turbulentas en que dirigió eficazmente la educación moral del género humano; favoreció después el renacimiento de las letras y las artes, y en otras esferas de acción cooperó al afianzamiento de la idea de justicia en la vida íntima de los pueblos, o en sus relaciones internacionales: aun vive en la memoria de los hombres de bien el recuerdo de Lambertine y Ganganelli. Hoy mismo el nombre del antiguo obispo de Perusa es

prenda de reconciliación entre las creencias más amadas del pueblo español y los principios tutelares de la civilización moderna. Pero ¿quién duda que no siempre los investidos de tan alta dignidad fueron acreedores a los aplausos de la Historia?

Se dijo fuera de aquí que el Sr. Curros Enriquez escarnece en la poesía *Mirand'ó chau* el santo nombre de Dios. Protestamos respetuosa, pero enérgicamente, contra tamaña acusación. Lo que el Sr. Curros Enriquez satiriza es *el falso concepto* que de Dios tiene formado el vulgo de las gentes. Dios no forja cadenas ni pestes, porque no es lógico pensar esto de la bondad infinita; no es mozo ni viejo, porque es Eterno; no está sujeto a enfermedad alguna, condición propia y privativa de la criatura; pero la imaginación popular, y aun el Arte, nos le representan anciano, y la superstición, que continúa usurpando el lugar de la fe racional, le quiere convertir en instrumento de los más innobles deseos. A Dios invocaban los que desgarraban las entrañas de la patria, fomentando y sosteniendo la guerra civil; a Dios los que en aquellos aciagos días mataban al mantenedor de las leyes e incendiaban los campos y saqueaban los pueblos; a Dios invoca el logrero para que no conceda a los hombres el pan de cada día; el litigante de mala fe, interesado en aniquilar al adversario; hasta el jugador de lotería, para que le quepa en suerte un buen premio. ¿No es esto lo ordinario, y lo vulgar, y lo corriente?

Pues he aquí lo que el Sr. Curros, espíritu eminentemente religioso, combate en la poesía de que tratamos, cuyo fondo es en alto grado moral y humano.

El estribillo *que el diablo me lleve*, puesto en boca de Dios, representado a la manera vulgar, cuando no se explica tanta iniquidad y depravación en los mortales, dice lo contrario de lo que dice. Es una locución familiar en España, y más todavía en Galicia, usada hasta por personas de severa moralidad, para dar más energía al pensamiento, pero sin que el que la profiere piense en el diablo ni renuncie a su salvación.

El romance *Mirand'ó chau* pierde mucho de su carácter inofensivo e ingenuo traducido al castellano; en el idioma nacional, una traducción descarnada y dura borra los esmaltes del Arte y torna en indelicadas aspe-

rezas los más sencillos atavios. No es posible traducir ni la índole propia del dialecto en que se escribió el original, ni el genio de la musa popular que lo ha inspirado. Porque no ha de olvidarse que el pueblo gallego, tan fervorosamente devoto, es a la vez zumbón y maleante, aun tratándose de aquellas creencias, instituciones o personas que son objeto de su veneración o su respeto. Y quien le juzgase por estos accidentes como impio e incrédulo, incurriría en error.

La forma de la poesía de que tratamos podrá ser en este concepto, como acomodado al carácter moral de nuestro pueblo, atrevida, pero no escarnecedora de la Divinidad. ¿Cómo ha de serlo, si el pensamiento que la anima es la protesta enérgica y valiente de un alma honrada contra las iniquidades de los hombres?

¡Peregrinos, a Roma! — (Página 131.)

Aun recordamos con la más profunda pena aquella proposición en que se declaraba al catolicismo incompatible con el progreso, el liberalismo y la civilización moderna. No nos toca juzgarla, pero sí nos interesa indicar que fué la señal de esta ruda campaña en que están empeñados dos numerosos y opuestos bandos, cuyos diarios combates perturbán de continuo la desgraciada sociedad en que vivimos, que parece ha perdido su asiento.

Todos los espíritus batalladores han tomado puesto en el campo de los respectivos combatientes. Los unos quisieron hacer retrogradar la Humanidad a los días de Hildebrando; los otros han adoptado por enseña los principios de 1789. El Sr. Curros Enriquez parece afiliado entre los últimos: la poesía de que tratamos es simplemente un grito de combate.

«La ira de Dios incendia el Vaticano; quemado el altar y el solio, el ídolo caído grita invocando el socorro de los que le permanecen fieles. A Roma, peregrinos, que la razón atiza el incendio y la fe peligra y cae el Papado: acudid, que en la lucha que con vuestra ayuda emprendió contra la libertad, agoniza la bestia apocalíptica.»

Si se inquiriese la causa generadora de esta actitud resuelta de una gran parte de la actual generación, se

hallaría sin duda en las predicaciones insensatas de los que convierten la religión en arma de partido o en capa de sus aspiraciones mundanas, y nos dicen a cada momento desde las columnas de sus periódicos que el sistema liberal es obra de Satanás; que el que sea osado a defenderle queda *ipso facto* fuera de la comunión de los fieles; que ni las naciones son soberanas ni los hombres libres; que solamente ellos, los que tales cosas dicen, son los buenos, los justos, los elegidos; que es preciso, en fin, y obra meritoria además, combatir y anonadar a cuantos se manifiesten rebeldes al yugo de la nueva servidumbre.

Arrojar tan estupendas novedades a la faz de un pueblo que viene combatiendo hace sesenta años por la causa de la libertad, y que con el más delicado instinto y por un movimiento de espontánea veneración a la fe de sus mayores ha sabido distinguirla constantemente de la causa religiosa, equivale a provocar la indiferencia, la heterodoxia o el cisma. Así lo entienden cuantos anhelan la concordia, que todavía consideran posible, entre las verdades del Cristianismo y las fundamentales del Derecho político moderno.

Pero no todos piensan así, y en el ardor de la lucha y en la gritería del combate obedecen unos y otros, mejor que a la madura reflexión, a la pasión del momento.

El soneto en que nuestro cliente se expresa de la manera que hemos visto, nos trae a la memoria aquel pasaje de la *Oda a la Imprenta*, en que el insigne Quintana anuncia la caída «del monstruo inmundo y feo que abortó el dios del mal y que alzó su trono sobre las ruinas del Capitolio para devorar al mundo». Numerosas ediciones, hechas en la primera mitad de la presente centuria, circularon libremente y circulan hoy sin impedimento alguno, y aun recordamos haber oído leer aquella admirable poesía en las clases de Literatura española.

En ambas se ataca el poder (queremos suponer que el temporal) del Romano Pontífice. También lo atacó el Dante cuando escribía: «¡Ah, Constantino! ¡De cuántos males fué origen, no tu conversión, sino la renta que de ti recibió el primer Papa opulento!» Y hoy es un hecho la caída de aquel poder, hecho acatado por distinguidos varones que permanecen fieles al catolicismo.

Mas si no bastase esta explicación, si se quisiese atribuir carácter heterodoxo al soneto del Sr. Curros, ¿de cuándo acá es un delito pensar de tal manera?

Era delito la herejía cuando imperaba en España el Tribunal del Santo Oficio; lo era cuando la intolerancia civil informaba nuestros códigos; pero desde entonces se verificaron las más radicales mudanzas, y, lejos de constituir un delito, su libre manifestación es un derecho; entendiéndalo bien los intolerantes: *un derecho*.

No todo ha sido restaurado: el Código penal que rige en nuestra patria es el Código de 1870. En él se estableció sanción para garantizar los derechos del hombre y del ciudadano, reconocidos en la Constitución de 1869. Entre estos derechos figura la libertad de conciencia y la de cultos (art. 21): aun la de 1876 establece, en su artículo 11, que nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas.

Uno de los deberes, acaso el primer deber del hombre, es ser sincero, es acomodar sus actos a las prescripciones de su conciencia; negar esto equivale a proclamar el reinado de la hipocresía. Por otra parte, la elección de religión es un acto puramente moral, y por consiguiente libérrimo. No es al Estado, sino a la propia conciencia, a quien corresponde la adopción de la religión y el culto que cada cual ha de profesar. En tan sencillas verdades descansa la prescripción constitucional de 1869: las de la sección 3.^a, cap. II, tit. II, libro II, del Código penal (entre las que figura el núm. 3.^o del artículo 240) no tienen otro objeto que garantizar, como lo indica claramente su epígrafe, *el libre ejercicio de los cultos*.

Hay que subordinar, pues, a este concepto fundamental la interpretación de dicho núm. 3.^o del art. 240; interpretación que no ha de ser extensiva, sino restrictiva, según los buenos principios, por tratarse de leyes penales. Dice así:

«Art. 240. Incurrirá en las penas de prisión correccional en sus grados medio y máximo y multa de 250 a 2.500 pesetas...; 3.^o, el que escarneciese públicamente algunos de los dogmas o ceremonias de cualquier culto que tenga prosélitos en España.»

De suerte que para que exista este delito es indispensable, además de la publicidad: 1.^o, que haya escarnio;

2.º, que sea objeto del escarnio alguno de los dogmas *especiales*, o algunas de las *peculiares* ceremonias de cualquier culto que tenga prosélitos en España; 3.º, que el escarnio sea, por su propia naturaleza, atentatorio al libre ejercicio de los cultos.

Ninguna de esas circunstancias, elementos esenciales del delito definido, se da en las poesías denunciadas del Sr. Curros Enriquez. No la primera ni la segunda, porque en ninguna de ellas se habla en son de mofa o burla de ningún dogma peculiar del catolicismo: en la composición *La Iglesia fría* no se ataca dogma alguno; en el romance *Mirando al suelo* no se ataca a Dios; se ataca, y eso por accidente, el falso concepto de Dios, aparte de que la creencia en la Divinidad no es dogma especial del catolicismo, sino más bien dogma universal de la conciencia humana, común a todas las religiones monoteístas; en el soneto *¡Peregrinos, a Roma!* de nada se trata a manera de escarnio, en son de mofa o burla. Tampoco se da la tercera circunstancia, porque la publicación de las poesías denunciadas no ha impedido ni puede impedir por su propia naturaleza el libre ejercicio del culto católico.

Esto y el permiso que para la publicación de la obra del Sr. Curros ha otorgado la autoridad civil superior de la provincia, en virtud de lo prescrito en el art. 70 de la vigente ley de Imprenta, aleja del ánimo hasta la más remota sospecha de criminalidad.

Espanta el pensar que por toda recompensa hubiese de ofrecer la sociedad al honradísimo e inspirado autor de AIRES D'A MIÑA TERRA la deshonra, la prisión y la miseria, y que por añadidura se le tildase de impio, cuando en la bellísima leyenda *La Virgen del Cristal* (páginas 9-61) perpetúa, con los encantos del Arte, una de las más hermosas tradiciones religiosas de nuestro país.

Pasó para no volver el tiempo de cierta clase de persecuciones,

Que asaz de sangre retiñó su acero
El fanatismo impio
De la máscara hipócrita velado,

como dijo el inolvidable Lista.

Concluimos, pues, suplicando a V. S. se digne pronunciar sentencia a la manera solicitada en el párrafo inicial de este escrito de defensa.

Orense, 25 de julio de 1880.

MANUEL RODRÍGUEZ LÓPEZ. DR. JUAN M. PAZ NOVOA

SENTENCIA DEL INFERIOR

En la ciudad de Orense a cuatro de agosto de mil ochocientos ochenta : El Sr. D. Manuel Mella Montenegro, juez de primera instancia de la misma y su partido, ha visto esta causa de oficio, seguida entre partes: de la una el ministerio fiscal, y de la otra D. Manuel Curros Enríquez, de veintiocho años de edad, casado, con hijos, empleado, natural de la villa de Celanova y vecino de esta ciudad: es de buena conducta, y no ha sido procesado, estándolo en la actualidad por delito relativo al libre ejercicio de los cultos.

1.º Resultando que el ministerio fiscal presentó al Juzgado la denuncia que ocupa los dos primeros folios, manifestando en ella que en un volumen de poesías gallegas publicado en esta ciudad por D. Manuel Curros Enríquez e impreso en la tipografía de A. Otero se escarnecía y hablaba en algunas de ellas en son de mofa del sagrado nombre de Dios, haciendo de El el ridículo y poniendo en su boca frases vulgares; y como dicho volumen constituye un folleto no político y no comprendido, por lo tanto, en la ley de Imprenta vigente, solicitó se instruyese la correspondiente causa, acompañando al efecto uno de los ejemplares de dicha obra.

2.º Resultando que, iniciado el oportuno sumario, se declaró procesado a D. Manuel Curros Enríquez, y

recibida declaración indagatoria, confesó ser cierto era autor de todas las poesías que contiene el referido folleto.

3.º Resultando que el ministerio fiscal propone la libre absolución del procesado, con las costas de oficio, y que se devuelvan al editor D. Antonio Otero los ejemplares secuestrados, con cuya petición se halla conforme la defensa.

1.º Considerando que comete el delito contra el libre ejercicio de los cultos, previsto en el párrafo 3.º del artículo 240 del Código penal vigente, el que escarneciere, mofare o burlare públicamente alguno de los dogmas o ceremonias de cualquier religión que tenga prosélitos en España.

2.º Considerando que es la religión católica, apostólica, romana la del Estado, según el art. 11 de la Constitución, la cual tiene, por lo tanto, prosélitos en España y es la que profesan la inmensa mayoría de los españoles.

3.º Considerando que es verdad firme e innegable, y por tanto dogma de la religión católica, apostólica, romana la existencia de Dios con sus elevadísimos e infinitos atributos, y asimismo que el Pontificado es la cabeza visible de la Iglesia católica y representante de Jesucristo en la tierra.

4.º Considerando que D. Manuel Curros Enríquez, autor del folleto de poesías *AIRES D'A MIÑA TERRA*, expuso en las que llevan por epígrafe *Mirand'ò chau*, y ocupan los folios del 115 al 123, conceptos y frases que inducen al desprecio y mofa del Supremo Ser y del Sumo Pontífice.

5.º Considerando que es, por lo tanto, evidente que tal hecho constituye el delito de que queda hecho mérito, así como que es autor el citado Sr. Curros.

6.º Considerando que, dada la circunstancia de publicarse en el folleto dicho poesías altamente religiosas, como lo son las que ocupan el folio 7.º y siguientes, es presumible que al publicar el referido Sr. Curros las que son penables, como dicho queda, no ha tenido, sin duda, intención de causar un mal de tanta gravedad como el que produjo, o sea mofarse y burlarse hasta la esfera adonde lo ha hecho del Criador del Universo y de la cabeza visible de la Iglesia.

7.º Considerando que teniendo que interpretarse siempre los hechos, en caso de duda, en favor del reo, no puede menos de tener que tomarse en consideración en el caso de autos la circunstancia atenuante del artículo 9.º del Código penal citado; y

8.º Considerando que las costas es forzoso imponerlas al autor de todo delito o falta :

Vistos, además de los artículos ya expresados, los 1.º, 11, 50, 62, 64, regla 2.ª del 82, 83, 84 y 91 del referido Código penal, y los 362, 363, 851 y 852 de la Compilación de Enjuiciamiento criminal, reformada por Real decreto de 6 de mayo último,

Fallo que debo condenar, como condeno, a D. Manuel Curros Enríquez a la pena de dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional, y multa de 250 pesetas, con la accesoria de suspensión de todo cargo y derecho de sufragio durante la condena, y las costas; debiendo sufrir la prisión subsidiaria a razón de cinco pesetas por día por lo que hace a la expresada multa, caso de insolencia, inutilizándose los ejemplares del folleto que se ocuparon y obran en poder del actuario, tan luego esta sentencia cause ejecutoria. Pues por ella, la cual se eleve en consulta a la Superioridad con todos los antecedentes, citadas y emplazadas las partes por término de diez días, lo pronunció, mandó y firma su señoría, de que yo, el escribano, doy fe.—*Manuel Mella.*—*Gabriel Sotelo.*

DEFENSA EN SEGUNDA INSTANCIA

AUDIENCIA DEL 4 DE MARZO DE 1881

Empezó dicha audiencia a la una y cuarto de la tarde (1).

Dada cuenta por el relator del apuntamiento relativo a esta causa, dijo

El Sr. **Presidente del Tribunal**: El defensor del procesado tiene la palabra.

El Sr. **Puga y Blanco** (D. Luciano): En defensa de D. Manuel Curros Enríquez, sostengo la pretensión de que la Sala, revocando la sentencia consultada, por la que se condena a mi cliente a la pena de dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional, multa de 250 pesetas, accesorias y costas, ha de servirse, por el nuevo fallo que dicte, de conformidad con lo propuesto por el señor fiscal de S. M., declarar que en las composiciones poéticas que han motivado este procedimiento no se ha cometido delito alguno, y señaladamente el definido en el núm. 3.º, art. 240, del Código penal, y en su consecuencia, absolver libremente al

(1) Esta defensa está perfectamente ajustada a las notas taquígráficas tomadas en el acto.

expresado D. Manuel Curros Enríquez, con pronunciamientos favorables y costas de oficio, ordenando a la vez que se devuelvan al editor D. Antonio Otero los ejemplares secuestrados, pues así es de hacer en méritos de la más estricta y rigurosa justicia.

No he de ser yo quien pretenda en la ocasión presente hacer esfuerzos de ingenio para llevar al ánimo de la Sala el convencimiento de la improcedencia del fallo consultado por el señor juez de primera instancia de Orense; afortunadamente para Curros Enríquez, y afortunadamente para mí, que le defiendo, y que le defiendo no sólo por cumplir con los deberes que corresponden al letrado, sino por experimentar la nobilísima satisfacción de contribuir en la medida de mis escasas fuerzas al triunfo de una causa justa, y además de justa, honrosa; afortunadamente para ambos, este proceso, por lo mismo que de proceso no tiene más que el nombre, en cuanto a Curros Enríquez se refiere, ha sido ya resuelto con veredicto absolutorio por la conciencia pública: refiérome a la conciencia ilustrada de los hombres de bien.

Por lo demás, sabe demasiado la Sala que no soy yo bastante audaz; sabe demasiado la Sala que no soy yo bastantemente irrespetuoso para venir aquí, precisamente aquí, dentro del santuario en que se hace recta aplicación de las leyes, a invocar la conciencia pública, no ya como un medio de imposición, pero ni siquiera como un medio de recomendación en favor del procesado. ¡Libreme el Cielo de incurrir en tan grotesca extravagancia!

Llamemos en buen hora a la pública opinión soberana del mundo; pero seamos justos, convengamos en que es una soberana que tiene también sus tiranías y sus veleidades, y sus caprichosos apasionamientos; y convengamos en algo más importante: convengamos en que cuando lo que se discute no es la fama, sino que es la honra o la vida, la libertad o la fortuna de los ciudadanos, no hay soberanía que raye a tanta altura como la que se apoya en la independencia de los Tribunales de Justicia.

Será que yo siento, cuando esta toga cubre mis hombros, cierta supersticiosa veneración hacia el Poder judicial, en grado más intenso que la que me inspiran,

aun respetándolos mucho, los más altos Poderes del Estado.

Si este, bueno o malo, es mi criterio y a él he acomodado mi conducta en cuantas ocasiones he tenido la honra de dirigir la palabra al Tribunal, dicho se está que no es, que no puede ser sospechosa en modo alguno la intención con que yo haya invocado aquí el sentimiento público, puesto que he querido consignar con toda sencillez el hecho de que aquél se halla tan extraordinariamente sorprendido con la formación de este procedimiento, como profundamente alarmado con la sentencia que le puso término en primera instancia; sorpresa que se explica por los antecedentes mismos que informan el proceso, y alarma que se justifica por la índole del hecho que aparece como justificable ante los timoratos ojos del señor juez de primera instancia de Orense.

Ciertamente que la persecución iniciada y con tan remarkable tenacidad sostenida contra Curros Enriquez entraña un verdadero escándalo jurídico — permítame la Sala que lo diga sin ofensa para nadie —, y ciertamente que es el inferior quien se destaca en estos autos como responsable en primer término de semejante escándalo, no sé si por un error de su entendimiento, si por una deplorable condescendencia de su voluntad, o si por ambas cosas a la vez. Sin duda que el juez sentenciador ha querido rendir un homenaje de respetuosa consideración en aras de la desgraciada iniciativa que ha tomado en este asunto el señor obispo de Orense, y es de sentir; que la sumisión incondicional de los Poderes públicos del Estado al poder eclesiástico tuvo su época, y no se han escrito en España las leyes que rigen los destinos de la sociedad civil para ponerlas al servicio de los intereses del ultramontanismo.

Estoy muy lejos de pretender inferir la más leve ofensa, no ya con la palabra, pero ni siquiera con la intención, al reverendo e ilustre prelado denunciador del supuesto delito que en estos autos se persigue.

No es el señor obispo de Orense un obispo vulgar : elevado por las relevantes cualidades de su carácter y de su entendimiento a aquella Sede episcopal, en la que está prestando grandísimos servicios a la causa del catolicismo, eminentemente virtuoso y profundamente sa-

bio, ha logrado captarse, al propio tiempo que la admiración de sus subordinados jerárquicos, las simpatías de los fieles, a quienes enseña y dirige con el ejemplo personal de la más estricta observancia de los preceptos y aun de los consejos evangélicos.

Respetarle es un deber ineludible en todos, en los que somos católicos y en los que no son católicos; ofenderle sería indigno de mí.

Pero puesto que la piedad tiene también sus extravíos, séame permitido lamentar, séame permitido sentir que el venerable prelado, comenzando por ofuscarse en cuanto a la intención con que el poeta ha escrito los versos que fueron objeto de denuncia, e inspirándose además en un sentimiento de triste desconfianza respecto a la eficacia de las censuras eclesiásticas; séame permitido lamentar que el venerable prelado haya abandonado su propio terreno; séame permitido sentir que el venerable prelado se haya salido de su propio terreno para venir a buscar en el procedimiento común y en el Código penal lo que el procedimiento común y el Código penal no pueden darle; que si una experiencia de cerca de diez y nueve siglos nos demuestra que el catolicismo vive y prospera por su propia bondad, no a expensas de ningún género de persecuciones, siquiera el ánimo se aflija al contemplar las que en su nombre se han llevado a cabo, y que la Historia registra para eterno baldón de la memoria de los perseguidores, fanáticos los menos, malvados e hipócritas los más, en los tiempos que alcanzamos, en que libertad del pensamiento y la dignidad de la conciencia se consideran tan necesarias para la vida del alma como el aire para la vida del cuerpo, insensato sería quien pretendiese cubrir con fúnebre crespón la hermosa bandera que lleva escrito en todos los idiomas cultos el lema de la tolerancia, y que, para honra del siglo en que vivimos, ondea triunfante y vencedora en el mundo de las inteligencias.

Bien pueden mis labios pronunciar estas palabras, sin que ellas me denuncien a los ojos de nadie como sospechoso de apostasía.

He pensado siempre lo mismo: siempre he pensado que no se consagran, siempre he pensado que no pueden consagrarse como buenas las funestas crueldades que deben su origen a la intolerancia religiosa, ni aun

invocando en favor suyo, y para disculparlas, la salvación misma de la fe; que la fe no debe ni ha debido jamás su salvación al exterminio de los hombres, ni se ha regocijado con los ayes lastimeros de las victimas, ni ha resplandecido con las llamas de las hogueras, constantemente encendidas por el Santo Oficio, ni ha necesitado, para arraigar en las almas y para perseverar en las conciencias, de otra sangre que de la derramada en el Gólgota por el Hijo de Dios.

Si el señor obispo de Orense, que, sin embargo de su notoria sabiduría, está sujeto a error, como están sujetos al error todos los hombres, aun los más sabios, de la misma manera que todos los hombres, aun los más santos, están sujetos al pecado; si el señor obispo de Orense, que tanto respeto me inspira, hubiese podido medir con su inteligente mirada toda la gravedad; si hubiese podido medir con su inteligente mirada toda la trascendencia que entraña el hecho deplorable de su poco afortunada intervención inicial en la presente causa, yo no sé si será ilusión mía, pero paréceme que Curros Enríquez, merecedor del renombre que es debido a los grandes talentos, no habria tenido que sufrir los rigores y las vejaciones que son el obligado cortejo de los procedimientos de esta índole; y seguramente que la causa de la justicia no habria tenido que pasar por la vergüenza de una humillación bochornosa, siquiera sea susceptible del remedio que yo espero, siquiera sea susceptible del remedio que todos esperamos de la ilustrada rectitud del Tribunal al que tengo el honor de dirigir en este momento la palabra.

Tiene la Iglesia cristiana, por su propia naturaleza de sociedad perfecta, un poder jurisdiccional para su dirección y gobierno, que nadie le niega — refiérome a los países católicos —; una autoridad soberana en materias de fe, de costumbres y de disciplina, que nadie le disputa, y toda cuanta independendencia es necesaria, no solamente para exhortar como madre piadosa al cumplimiento de los deberes religiosos, sino también para corregir con saludables penitencias a los infractores de las leyes, así divinas como eclesiásticas, y hasta para castigar con severas censuras, y hasta para castigar con censuras de diversa índole, a los contumaces en quienes ninguna benéfica influencia ejercen los medios exhortatorios y

persuasivos, tan recomendados, en primer término, por una religión en la cual «el arrepentimiento vale tanto como la inocencia misma».

No impiden, no pueden, no deben impedir las leyes civiles en los países católicos el libre ejercicio de aquel poder jurisdiccional, el libre ejercicio de aquella autoridad suprema, tanto más digno de respeto cuanto más alta es la misión de la Iglesia; y bien convencido estoy de que, sean cualesquiera las relaciones que ésta mantenga con los Poderes públicos del Estado, la sumisión de los fieles a sus preceptos y a sus consejos, a sus amonestaciones y a sus censuras, es un deber rudimentario de cuyo cumplimiento nadie que de católico se precie puede excusarse en modo alguno.

Pero si dentro de este terreno es incontrastable la autoridad de los prelados católicos, permítame la Sala decir, y lo digo salvando todos los respetos que son debidos a las relevantes virtudes del señor obispo de Orense, permítame la Sala decir que, fuera de este terreno, que fuera del terreno de la enseñanza y de la persuasión, de la amonestación y de la censura, toda iniciativa encaminada a solicitar los rigores de la ley penal en el orden común, prestándose de lleno a ser controvertida, cuando menos por su mayor o menor oportunidad, cuando menos por su mayor o menor acierto, no se acomoda al espíritu de benevolencia que resalta en los actos todos de la inmensa mayoría de los obispos españoles, pudiendo citarse a este propósito ejemplos recientes del inmortal García Cuesta y de su sabio y virtuosísimo sucesor el actual arzobispo de Compostela, que es una de las glorias más legítimas del episcopado en todo el mundo católico; ni parece responder a aquellas profundas palabras de San Agustín, que encierran todo un sistema: el más levantado y el más eficaz de todos los sistemas que pueden aplicarse para remediar los errores de los hombres:

«Por grande que sea el mal que se quiera impedir y el bien que se quiera hacer, es más inconveniente que útil obligar a los hombres por la fuerza, en vez de convencerlos por la enseñanza.»

¿Es que Curros Enríquez ha pecado? ¿Es que Curros Enríquez, en sus composiciones poéticas, ha ofendido la integridad y la pureza de la doctrina declarada y esta-

blecida como tal por la Iglesia católica? ¿Es que Curros Enríquez, en sus composiciones poéticas, se ha hecho merecedor de las censuras eclesiásticas que deben imponerse a todo escritor heterodoxo, o que deben imponerse a todo escritor irrespetuoso con los dogmas o con las ceremonias del catolicismo? Pues para examinar este problema, pues para estudiar y resolver este problema, no hay más autoridad que la autoridad de la Iglesia.

Pero ¿es que Curros Enríquez ha delinquido? Pero ¿es que Curros Enríquez, en sus composiciones poéticas, ha cometido algún hecho justificable, y es que se ha colocado, a la manera de todo delincuente, bajo las duras e inflexibles prescripciones del Código penal? Pues para examinar este problema, pues para estudiar y para resolver este problema, no hay más autoridad que la autoridad de los Tribunales de Justicia.

Quiero decir con esto que aquí se da el caso notable de que Curros Enríquez es inocente; quiero decir con esto que aquí se da el caso curioso de que Curros Enríquez aparece siendo inocente después, mucho después de la publicación del volumen en que se contienen las poesías denunciadas, y que si se halla comprendido dentro de las prescripciones del Código penal, eso solamente ocurre cuando el señor obispo de Orense acude a la autoridad del gobernador de la provincia.

¿Qué significa si no el permiso concedido por el gobernador civil de la provincia para la circulación del volumen en que se contienen las poesías denunciadas? — sellado está el ejemplar que obra en los autos, con el sello del Gobierno civil — . ¿Qué significa si no el silencio observado por el ministerio público en presencia de la publicación de ese volumen que, por la especialidad de su mérito sobresaliente, ha revestido el carácter de un verdadero acontecimiento literario en toda Galicia, y señaladamente en la provincia de Orense? ¿Qué significa si no la actitud pasiva en que se encierra el juez de primera instancia ante el hecho notorio de la publicación de un libro que tiene el privilegio de hacerse popular desde los primeros momentos en que ve la luz pública, siendo de notar la circunstancia importantísima de que precisamente se imprime en la cabeza del partido en que ese juez ejerce su jurisdicción?

¿Será que los gobernadores civiles están autorizados

para prestar su consentimiento y dar su salvoconducto a los delitos que se cometen contra el libre ejercicio de los cultos? ¿Será que los promotores fiscales no tienen el deber de denunciar ante los Tribunales de Justicia todos aquellos hechos que sean justiciables, en conformidad a las prescripciones del Código penal? ¿Será que los jueces de primera instancia no están obligados a proceder de oficio cuando a su conocimiento llega la perpetración de cualquier delito de los que como públicos están definidos en la ley?

¿O es que el tal delito no existe para el gobernador de la provincia, ni para el promotor fiscal, ni para el juez de primera instancia, sino cuando como tal es denunciado por la autoridad eclesiástica? ¿O es que una insinuación de la autoridad eclesiástica tiene la virtud de convertir en delitos los hechos que aparecen como inofensivos a los ojos del legislador, y tiene la virtud de convertir en delincuentes los hombres que aparecen como honrados a los ojos de la sociedad?

¡No parece sino que los hombres que descuellan entre la mayor parte de sus semejantes por su relativa superioridad; no parece sino que los hombres a quienes el Cielo ha concedido el inapreciable privilegio de una inteligencia que se sale fuera del común nivel de las inteligencias humanas; no parece sino que los hombres que brillan en el mundo como astros luminosos y que esparcen por doquiera la luz vivísima del genio, están fatalmente predestinados a la persecución y al sufrimiento!

Procesar a Curros Enríquez, yo no he de decir que haya sido una torpe demostración de debilidad vergonzosa; es de lamentar, sin embargo, que pudiera parecerlo así; condenarle sería, no diré la mayor y más inaudita de todas las iniquidades, pero sí diré el mayor y más inaudito de todos los errores posibles, el mayor y más inaudito de todos los errores en que pudieran incurrir los Tribunales de Justicia; error que no puede esperarse de la ilustrada rectitud de la Sala a cuya deliberación está sometida la suerte de mi patrocinado.

Si a Curros Enríquez no le salvara su intención recta y honrada; si a Curros Enríquez no le salvaran sus sentimientos eminentemente religiosos; si no le salvara su inocencia misma, salvaríanle los preceptos terminantes

del Código penal, y salvariale, en último término, el número 3.º del art. 868 de la Compilación de las disposiciones vigentes sobre el Enjuiciamiento criminal.

Protegen las leyes del país el libre ejercicio de los cultos, y muy especialmente el libre ejercicio del culto católico; y para que esa protección no sea ilusoria, y para que esa protección se halle convenientemente asegurada, y para que esa protección se halle eficazmente garantida, castiga el Código con penas más o menos duras, castiga el Código con penas más o menos severas, al que escarneciére públicamente alguno de los dogmas o de las ceremonias de cualquier religión que tenga prosélitos en España.

Es menester, por lo tanto, para que el delito exista, que haya escarnio público, y que ese escarnio público tenga por objeto, no alguna creencia piadosa, sino algún dogma o alguna ceremonia de cualquier religión que tenga prosélitos en España. Es textual; así terminantemente lo dice el núm. 3.º del art. 240 del Código penal vigente, precepto a que el señor juez de primera instancia de Orense ha tenido necesidad de dar verdadero tormento para poder presentarlo en su sentencia como aplicable al caso de autos.

Escarnecer un dogma es burlarse de él. Escarnecer un dogma es entregarlo irrespetuosamente, es entregarlo desvergonzadamente al público ludibrio.

Escarnecer un dogma es menospreciarlo con la irrisión, es profanarlo con el insulto.

Pero no perdamos de vista que el primer elemento del escarnio es la incredulidad, y no perdamos de vista que el segundo elemento del escarnio es la imprudencia.

El incrédulo podrá escarnecer, y de hecho escarnece, si, traspasando los límites de la incredulidad, llega en su petulante arrogancia a herir, no con las armas de la discusión templada, sino con los venenosos dardos del ridículo, lo que hay de más puro y de más sagrado para el hombre de fe: el dogma, o bien la ceremonia consagrada al culto de la religión que profesa.

El creyente no escarnece jamás aquello que es objeto de su especial creencia, y bien puede sostenerse esta tesis como axiomática, puesto que así como hay leyes inmutables que rigen los destinos de la Natura-

leza en el orden físico, hay leyes igualmente inmutables que rigen los destinos del hombre en el orden moral.

No causamos mortificación voluntaria en lo que es objeto de nuestro cariño, de la misma manera que no acariciamos lo que es objeto de nuestro odio.

La estadística universal de todos los crímenes del mundo es bien seguro que no habrá de ofrecernos el solo caso de un padre asesinando a su hijo en nombre del cariño paternal, y es bien seguro que no habrá de ofrecernos el solo ejemplo de un hijo asesinando a su padre en nombre de la piedad filial. El rencor, la codicia, los celos, la ira, la venganza, alguna mala pasión, en fin, habrá sido la causa determinante del parricidio; el amor, jamás.

Pues quien crea en el misterio de la Encarnación, es bien seguro que no ha de tener la infeliz ocurrencia que tuvo Suñer y Capdevila de pretender demostrar con textos de la Sagrada Escritura, ni sin textos de la Sagrada Escritura, que Jesucristo no fué el único hijo de María.

Pues quien crea en el misterio que encierra el santo sacrificio de la Misa, es bien seguro que no ha de arrojar al suelo con deliberación las Sagradas Formas de la Eucaristía. No puede ser, no, porque no ha sido nunca, y porque no será jamás. Las creencias, así como los afectos, se rigen también por sus leyes.

Crear en un dogma y simultáneamente escarnecerlo, es un imposible; es, en el orden moral de las acciones humanas, lo equivalente al principio de contradicción en el orden filosófico; es ser y no ser al mismo tiempo.

Y bien : quien haya leído una sola vez las bellísimas composiciones de Curros Enríquez, y singularmente aquella que más ha exaltado, y singularmente aquella que más ha conmovido los piadosos sentimientos del señor juez de primera instancia de Orense, tendrá que confesar, si no se obstina en cerrar los ojos a la evidencia misma, que el distinguido poeta acepta y reconoce como una verdad positiva e innegable, tendrá que confesar que el distinguido poeta acepta y reconoce como un principio seguro e incontrovertible la existencia de Dios; la existencia de Dios, que no es ciertamente dogma exclusivo de la religión católica, sino que es la base, por

decirlo así, de donde arrancan los dogmas todos de todas las religiones monoteístas.

Como que Curros Enríquez, ateo, no podría ser lo que es; como que Curros Enríquez, ateo, no podría ser un gran poeta; que no es el ateísmo fuente de inspiración ni manantial purísimo de donde puedan brotar hermosas concepciones ni pensamientos sublimes; que es el ateísmo, al propio tiempo que la negación de Dios, la negación de todo lo grande y de todo lo bello, la negación de todo lo que es por sí mismo bastante poderoso para elevar el entendimiento y el corazón del hombre sobre las crueles decepciones y sobre las profundas tristezas que se experimentan en el obscuro y difícil camino de la vida; que es el ateísmo el sepulcro del alma, y de los sepulcros no surge más que lúgubre silencio, y de los sepulcros no podemos aspirar dulces aromas, sino las negras y frías emanaciones de la muerte.

Al condenar a Curros Enríquez en la sentencia de autos se le ofende, y no se ofende solamente a Curros Enríquez: se ofende también a la razón y al buen sentido.

¡Que ha escarnecido el dogma de la existencia de Dios; que ha hecho uso de frases y de conceptos que inducen a la mofa y al desprecio de la Divinidad! Suerte poco envidiable habrían de correr Joan Timoneda, Valdivielso, Lope de Vega, Calderón de la Barca y otros muchos ilustres poetas, si hubiesen tenido la desgracia de ser sometidos a un procedimiento criminal cuya instrucción y fallo se sometiesen a un juez del criterio del señor juez de primera instancia de Orense.

Aquellos poetas, que son gloria y ornamento de la literatura española; aquellos poetas, que han brillado tanto por su genio como por su ardiente amor a la causa del catolicismo, tendrían que ir a los presidios a confundirse entre los ladrones y los estafadores, entre los incendiarios y los salteadores de caminos, dado que lograsen substraerse a los martirios del tormento y tal vez a los horrores de algún auto de fe, si sus famosas obras sacrodramáticas se hubiesen juzgado con el peregrino criterio con que se juzgan las notables composiciones del distinguido autor de AIRES D'A MIÑA TERRA.

En un *Auto sacramental* de Joan Timoneda, titulado *Los desposorios de Cristo*, figuran en escena, entre

otros personajes, Dios Padre, Jesucristo, la Naturaleza humana, Adán y la Vida contemplativa. Puesta la mesa para el banquete con que van a celebrarse las bodas de Cristo con la Naturaleza, Dios Padre, que desempeña el papel de rey, dispone la colocación respectiva de los asistentes, hablando en estos términos :

Siéntense de esta manera :
 Vos, mi Hijo Soberano,
 En medio, a la cabecera;
 La esposa al lado en frontera;
 Vos, Adán, a estotra mano;
 La Vida contemplativa
 Servirá los desposados
 Y a la esposa dé bebida.

¡Dios Padre saliendo a la escena y hablando en este lenguaje, y retirándose entre bastidores, y ofreciéndose a la multitud bajo la figura de un comediante vulgar! ¡Cuánta irreverencia y cuánto escarnio!

Y, sin embargo, no hay irreverencia ni hay escarnio en unos *Autos sacramentales*, a propósito de los que decía en su tiempo el Consejo de Castilla que se representaban en presencia de S. M., sin escandalizar ni turbar la piedad más escrupulosa.

En otro *Auto*, consagrado, como casi todos ellos, a celebrar la fiesta del Santísimo Sacramento, entra en escena el Celo y anuncia que en la plaza de la Bienaventurada Virgen se vende vino nuevo del Heredero del reino del Cielo a tres maravedís, Fe, Esperanza y Caridad.

En un *Auto natalicio*, representado en Zaragoza el año de 1487 en obsequio a los Reyes Católicos, cuyos gastos fueron costeados por el arzobispo y el Cabildo de la diócesis, además de la Sacra Familia, representada por «marido, mujer y hijo, porque el misterio fuese más devotamente», interviene en la obra y preséntase en escena, como uno de los principales personajes, el Padre Eterno con guantes.

¡Qué mas! En otro *Auto sacramental* — y ceso en este género de citas, porque no quiero hacerme pesado — están en escena, y sobre esto llamo muy especialmente la atención de la Sala, están en escena la Fragilidad,

la Desobediencia y la Justicia Divina : la Fragilidad y la Desobediencia gimen, y la Justicia Divina exclama :

Que me maten si el gemido
No es de aquellos traidores
Falsos prevaricadores..., etc.

¡*Que me maten!*, especie de juramento puesto en boca de la Justicia Divina, equivalente, sin duda, al estribillo *Que ó demo me leve* que Curros Enríquez pone en boca de Dios, sin que aquella frase ni ésta puedan tomarse en su significación literal, puesto que es tan monstruoso pensar en que a Dios pueda llevarle el diablo, como es monstruoso pensar en que la Justicia Divina pueda morir.

¿Qué pretende el poeta que escribe el *Auto* titulado el *Triunfo del Sacramento*, auto tan celebrado como todos los de su género por las personas piadosas, qué pretende al poner en boca de Dios aquella frase, que si hubiese de entenderse de una manera gramatical entrañaría un notorio escarnio respecto a los atributos de la Divinidad? Pues pretende dar energía a un pensamiento; y como quiera que la Justicia Divina aparece representada en la escena bajo la forma de una figura humana, es visto que la Justicia Divina se manifiesta haciendo uso del lenguaje de que hacen uso los hombres para expresar sus pensamientos.

¿Y habrá de decirse que Curros Enríquez es un impio, y habrá de decirse que Curros Enríquez hace irrisión de la Divinidad, mientras pueda sostenerse, como se sostiene aun en los tiempos modernos, que los *Autos sacramentales*, a pesar de sus toscas alegorías y de sus extravagantes deformidades, han cumplido en nuestro teatro la misión civilizadora de poner al alcance común las verdades más sublimes de la religión católica?

¡Conque Curros Enríquez es un impio por poner en boca de Dios una frase que en el dialecto gallego está revestida de la mayor ingenuidad y de la mayor sencillez, como que de ella hacen uso las personas más piadosas y más devotas; conque Curros Enríquez es un impio por poner en boca de Dios una frase tanto más inocente y tanto más inofensiva cuanto que es, además de antonomástica, puramente automática; conque Cu-

rrros Enríquez es un impío, sin embargo de que en todos y en cada uno de los versos de la poesía a que aludimos se descubre una intención altamente moral, una intención eminentemente cristiana; y Joan Timoneda, y Lope de Vega, y Maestro Josef de Valdivielso, y Fray Gabriel Téllez, y Calderón de la Barca son unos santos y unos esforzados campeones del catolicismo, presentando en los escenarios de los teatros al Padre Eterno sentado a una mesa, hablando como se puede hablar en una fonda; comparando a la Fe, la Esperanza y la Caridad con la más despreciable de las monedas entonces conocidas, y la Justicia Divina pronunciando las palabras *que me maten*, que ya quedan apuntadas, y que tan impropias son para atribuidas a la Divinidad!

No daría pruebas de recto juicio, ni siquiera de un mediano conocimiento de nuestra historia y de nuestra literatura, quien pretendiese fulminar censuras de esta índole sobre los *Autos sacramentales*, cuando tan grandes beneficios produjeron en el orden religioso, y cuando tan grande renombre conquistaron para sus autores aun en el mismo orden literario.

Pero es que Curros Enríquez tiene en su favor, sobre todas, una circunstancia importantísima, una circunstancia tan importante como decisiva en el presente caso, y sobre la cual me permito llamar la ilustrada consideración del Tribunal. Curros Enríquez no escribe sus versos en el idioma nacional; Curros Enríquez escribe sus versos en el dialecto del país, y el dialecto del país, a diferencia del idioma nacional, es escaso en modismos, es pobre en conceptos, no tiene abundancia de palabras ni riqueza de frases para que el escritor, y menos el poeta, pueda elegir unas con preferencia a otras.

La pureza y la integridad del dialecto mismo exigen el empleo de los modismos y de los estribillos de uso común, si es que ha de darse a la composición poética, siempre que esa composición sea del género de la que estamos examinando, la gracia peculiar del país, que tanto la embellece; el sabor local, que tanto la caracteriza.

Una composición poética escrita en el dialecto gallego y salpicada de frases rebuscadas en el idioma nacional, haríanos el mismo efecto — permitaseme la com-

paración —, el mismo efecto que una gallarda moza de nuestras montañas vestida con el tradicional mantelo, la negra chaquetilla de mangas apretadas y el insinuante dengue encarnado, llevando al propio tiempo sobre la cabeza, en vez de la blanca y graciosa cofia, el elegante sombrero o el finísimo velo de que suelen hacer uso las damas distinguidas de nuestra sociedad.

El dialecto gallego está muy lejos de ocupar un lugar elevado en las jerarquías del lenguaje. Yo no sé si estará exacto al decir que no debe su existencia, su desarrollo ni su conservación a monumentos literarios, así como me parece que no ha progresado en ningún tiempo bajo la influencia de trabajos gramaticales o lexicológicos más o menos importantes. Relegado a la proscripción por los centros que se dicen ilustrados, y casi exclusivamente consagrado a la satisfacción de las limitadísimas necesidades de nuestras clases agrícolas, parece renacer hoy al impulso de las famosas églogas de Pintos, de los ternísimos cantos de Alberto Camino, de Eduardo Pondal y de Lamas Carvajal; de los intencionados epigramas de Añón, de las inimitables concepciones de Rosalía Castro de Murguía, la simpática y elegante poetisa que ha sabido encerrar dentro de sus *Cantares gallegos* y de sus *Follas novas* todas las esperanzas y todos los desalientos, todos los consuelos y todos los dolores, todas las alegrías y todas las tristezas de este país sin ventura, y parece renacer hoy, por fin, al impulso de la portentosa inspiración de Curros Enríquez, cuyas composiciones no pueden leerse sin que impresionen profundamente el ánimo y sin que despierten hacia su popular autor, más popular que afortunado, un doble sentimiento de admiración y simpatía.

Tiene el dialecto del país, sea cualquiera el concepto que nos merezca, su fisonomía propia, sus rasgos peculiares y exclusivos, sus modismos y sus estribillos inadecuables a los demás dialectos, y más inadecuables todavía a la lengua castellana; traducirlos es desnaturalizarlos; traducirlos es hacerles perder su colorido y su intención; traducirlos es despojarlos de la malicia o de la sencillez que encierran.

Si aun dentro de los idiomas mismos que tienen una elevación análoga — y puedo referirme, por ejemplo, al idioma francés con relación al español — las traduccio-

nes literales que se hacen del verso a la prosa no pueden mantener íntegro el sentido que el autor se ha propuesto dar a la obra, y ésta resulta pálida y contrahecha, enclenque y desfigurada; si tenemos presente la marcada inferioridad que nos ofrece el dialecto del país con relación al idioma nacional, es visto que toda traducción literal del verso gallego a la prosa castellana habrá de resentirse forzosamente, no ya de falta de colorido, sino de falta de exactitud en el pensamiento que hubiese querido desarrollar el autor; como que hay frases que si materialmente pueden traducirse, porque son traducibles las palabras de que se componen, traducirlas equivale, no obstante, a hacerlas perder su debilidad o su fuerza, su inercia o su viveza, su inocencia o su malicia, su peculiaridad, su intención; en fin, traducirlas es aniquilarlas. No encuentro frase más apropiada al caso: traducirlas es aniquilarlas.

La frase *Que ò demo me leve*, traducida al castellano y puesta en boca de Dios, entraña una grave irreverencia; y eso consiste en que las personas que cultivan el idioma nacional y que hacen uso de él para expresar sus pensamientos, rechazan esta frase por inculta. *Que el demonio me lleve* nadie lo dice predicando, haciendo un discurso parlamentario o un informe forense; es más: nadie lo dice en un círculo social compuesto de personas medianamente distinguidas. Poeta ramplón, y menos que poeta ramplón, coplero de baja estofa sería, por consiguiente, el que, pretendiendo hacer una composición poética en el idioma nacional y presentando a Dios como sujeto y a la moralidad como objeto, pusiera en boca de Dios aquella frase, que es, además de irreverente puesta en boca de Dios, grotesca bajo el aspecto puramente literario.

Pero en el dialecto gallego la frase no es irreverente ni es grotesca; es de uso común, es inofensiva y oportuna: de uso común, porque la emplean los ilustrados y los ignorantes; inofensiva, por lo puramente rutinaria y automática, y oportuna, porque no puede ser substituida ventajosamente, ni hay siquiera para ella equivalente en el hueco en que se la coloca.

Recuerdo a este propósito unos versos de carácter profundamente religioso, y que, por consiguiente, se han publicado y circularon sin escándalo de nadie, ni

aun de las personas más piadosas. El poeta que los suscribe, bajo las iniciales G. M., traza un cuadro lleno de animación y de vida, presentándonos a un pecador que no quiso enmendarse ni arrepentirse, porque estaba dominado por la incredulidad, y fiado en último término en que había conocido y tratara en este mundo a San Pedro, a quien tuviera ocasión de hacer algún pequeño servicio. El pecador se llama Juan: entregado durante su vida a todos los desórdenes y a todos los desfrenos de las más vergonzosas y repugnantes pasiones, muere, como dije antes, sin dar señales de arrepentimiento. Llega a las puertas del cielo, y llama con cierta cándida familiaridad. San Pedro lo reconoce, y lo rechaza; exige, porfia, suplica, últimamente invoca su amistad en vida con el santo, y tiene la peregrina ocurrencia de proponer a éste que le deje entrar en el cielo subrepticamente, prometiéndole que se meterá en el más obscuro y apartado rincón del Paraíso, sin que Dios de ello se aperciba. Ya cansado San Pedro de tan impertinente e inútil insistencia, exclama :

¡Miren á canto s'atreve!
 Vaite, Xan, non lle des voltas:
 Vaite, qu'eu non ch'abro as portas,
 Inda que ò demo me leve...

Que en castellano quiere decir :

¡Miren a cuánto se atreve!
 Vete, Juan, no le des vueltas;
 Vete, no te abro las puertas,
 Así el demonio me lleve...

La frase es dura; la frase ofende al oído dicha en castellano; mas si nos figuramos a San Pedro hablando en el dialecto gallego, la frase es tan ingenua y tan sencilla, que el santo puede aparecer pronunciándola sin que el poeta y los que lean la composición suya tengan por ello necesidad de tomar agua bendita.

¿Qué alcance puede tener, pues, esa misma frase *Que ò demo me leve*, puesta en boca de Dios, si el sentido de los versos en que de ella se hace uso no es inmoral ni es anticristiano?

Convengamos en que aquí se persigue un verdadero fantasma, y convengamos en que es puramente imaginario el cargo que se dirige a Curros Enríquez por haber puesto en boca de Dios una frase que, escrita en el dialecto del país, está muy lejos de inducir al desprecio de la Divinidad.

En todo caso, seríamos más justos afirmando, y esto es importantísimo, que el mal consiste en que se nos represente a Dios bajo la imagen de una figura humana, como se le representa en los altares desde los primeros siglos de la Iglesia, y como se lo representa el vulgo, que tiene de Dios un concepto meramente plástico.

Sin ir más lejos, en la catedral de Santiago, Dios aparece representado bajo la figura de un viejo, sentado en un gran sillón y presidiendo la Corte celestial.

Pues si a Dios se le representa a nuestros ojos bajo la figura de un viejo, y en ello no se falta en nada a las exigencias del culto católico, esa representación misma viene a constituir la premisa, por decirlo así, de la cual el poeta va deduciendo sus naturales consecuencias.

¿Viejo? Pues la vejez suele tener achaques. ¿Sale a dar un paseo? Pues se cansa. ¿Hace uso del sentido de la vista? Pues la luz del sol le ofende. Y porque se cansa, necesita sentarse; y porque la luz del sol le ofende, necesita hacer uso de gafas verdes; y Dios, así representado bajo la figura de un viejo, si habla en el dialecto gallego, tiene que hacer uso de las mismas palabras y de las mismas frases de que los gallegos hacemos uso para expresar nuestras ideas; y como los gallegos cuando hablamos en nuestro dialecto hacemos uso frecuente de la frase *Que ó demo me leve*, aun en las conversaciones más atildadas y más cultas, ponerla en boca de Dios, cuando nosotros la empleamos rutinariamente, sin darle la significación que literalmente tiene; cuando nosotros la empleamos con candorosa ingenuidad, no entraña irreverencia, no puede entrañar irreverencia alguna, y muchísimo menos intención de escarnecer.

¿Será que Dios sea viejo o mozo para el concepto de Curros Enríquez? ¿Será que Dios ande y se mueva como andan y se mueven los mortales? ¿Y será que Dios se fatigue, y se canse, y que necesite reposar, y que necesite hacer uso de gafas verdes o de gafas azules, y que

se sorprenda o que deje de sorprenderse al contemplar las abominaciones de los hombres?

Precisamente el poeta satiriza el concepto material que de Dios tiene formado el vulgo de las gentes; y si no quiere verse clara esta tendencia en la composición de que nos estamos ocupando, habrá que convenir al menos en que Curros Enríquez hace uso del lenguaje figurado, que es el lenguaje de la poesía.

Tampoco el sol tiene cabellos de oro; ni es cierto que la inocente caricia de un niño se parezca a una sonrisa del cielo, porque el cielo no sonríe nunca; ni es verdad que las fuentes murmuren; ni es exacto que sean de plata las ondas que formar los ríos, aun cuando se hallen iluminadas por la blanca luz de la luna; ni hay dientes que sean de perlas, ni labios de carmín, ni ojos que despidan rayos de fuego; ni el viento tiene alas; ni es de alfombra el verde musgo con que se hallan tapizados los más hermosos vegetales; ni son diamantes las gotas de rocío posadas sobre la menuda hierba de los campos; ni el aroma de las flores habla; ni la patria tiene corazón; ni las leyes tienen espíritu; ni hay elocuencia en el silencio; ni las más tiernas inspiraciones de Bellini son capaces de transportar nuestra alma a las regiones del cielo; ni hay montañas cuyas cúspides se pierdan en la inmensidad del espacio.

Y todo esto se dice, y nada de esto es verdad.

Si a mí no puede en justicia expedirseme patente de literato, que, dicho sea entre paréntesis, harto comprendo que no lo merezco, fuerza es confesar que el señor juez de primera instancia de Orense se resiente, y no poco, de su escasa afición a los estudios de esta índole; y fuerza es confesar que el precioso romance *Mirand'ò chau* no estuvo ni pudo estar a su alcance cuando en él principalmente hubo de fundarse para dictar contra Curros Enríquez una sentencia condenatoria.

La Sala me permitirá que lo lea, y que después de leerlo original, lea también una traducción del mismo romance al castellano y en verso, que hemos acompañado a nuestro escrito de defensa; traducción que, aunque pálida y descolorida, interpreta siquiera fielmente el pensamiento del poeta, mientras que la traducción literal que obra en autos, y que la Sala ha oído de la

bios del relator, por lo mismo que es literal, desnaturalizando el pensamiento y violentando el sentido que Curros Enríquez ha querido dar a sus versos, si no es digna de que se la desprecie, ya que no debemos suponer que con ella se haya querido tender una red infame a nuestro defendido, es digna, cuando menos, de que se la olvide.

Juzgue ahora la Sala al procesado por la traducción de estos versos, traducción que, como acomodada, en cuanto puede estarlo, a la letra del original, si le falta la gracia y la energía de éste, tiene, en cambio, para nuestro propósito, el mérito incontestable de reflejar con toda fidelidad el pensamiento del autor. Dice así:

Mirando al suelo.

No hallaba el Eterno
En qué entretenerse;
Y harto de estar solo,
Cavilando siempre
En forjar castigos
Que al réprobo enfrenen,
La causa buscando
De la cual depende
Que tan pocos justos
En su gloria entren,
Dejando del cielo
Los vastos vergeles,
De paseo un día
Salió, según suele,
De sus mil achaques
Para distraerse.

Como es viejecillo
Y el pobre no tiene
Salud, pues le pesan
Los años crueles,
Cansóse al momento;
Mas quiso la suerte
Que hallase un asiento
Cercano, y, alegre,

Por entre una nube
 Sacando la frente,
 El átomo tierra
 Buscó inútilmente;
 Y *¿Cuánto apostamos,*
 Se dijo entre dientes,
A que no la encuentro?...
¡Mentira parece!

Por fin debió hallarla,
 Si el cuento no miente,
 Porque, a poco de esto,
 Ceñudo y solemne,
 Quedó contemplando
 Con ojos que hieren
 Un bulto que el bulto
 De un hombre parece.
 Mirólo despacio
 Y vió que era un vientre
 Vistiendo las sedas
 Más ricas de Oriente.
 Sentado en un solio
 Que envidian los reyes
 Y en clámide envuelto
 De cálidas pieles,
 Bostezos lanzando
 De hartura insolente,
 Del globo, su esclavo,
 Demanda presentes.
 Y si hay algún loco
 Que, pobre o rebelde,
 No tenga dinero,
 O audaz se lo niegue,
 El vientre que, mudo,
 Hablar sabe a veces,
 Ruge desde el trono :
 «¡Maldito el hereje!»
 Y esto basta y sobra
 Para que le quemén.
 Tal monstruo mirando,
 Dios dijo entre dientes :
¡Qué horror! ¿Y... tú ES PETRUS?...
¡Mentira parece!

Volviendo a otro lado
Su faz imponente,
Miró levantarse
Rodeado de plebe
Que espera al verdugo
Quizá indiferente,
La horca, recuerdo
De bárbaras leyes.
La víctima llega;
¡Tal vez un imbécil!
Tal vez está loco,
Tal vez inocente.
Mejor que matarle
(Que al fin es la muerte
Un lecho do el hombre
Descansa por siempre),
Mejor que matarle,
Quizá conviniese
Meterlo en el fondo
De cuatro paredes,
O haciendo que arrastren
Sus pies un grillete,
Mandarle abrir túneles
Y montes estériles,
Diciéndole : «Llora,
Trabaja y padece :
¡Renuncia a ser libre,
Pues serlo no quieres!»
Mas, ¡ay!, que es preciso
Que muera el que peque,
Y muere el culpable
Y el crimen... ¡no muere!
Escandalizado,
Dios dijo entre dientes :
¡Y es esto justicia!
¡Mentira parece!

Suspenseo y atónito,
No lejos moverse
Miró de labriegos
Un hato indigente.
Exhaustos y faltos
De pan y de albergue,

Parecen cadáveres,
Espectros parecen.
Hozando sin tregua
La capa terrestre,
Cual topos humanos
Que el cieno revuelven,
La pródiga sangre
Perdiendo a torrentes,
Un suelo trabajan
Que aun ellos no tienen...
Trabajan... y el fruto
Que tras doce meses
De lucha recogen
Del predio que atienden,
Entre el *señorio*
Y entre los lebreles
Del fisco y la curia,
¡Ay!, todo lo pierden;
Quedándose al cabo
De tantos reveses
Sin pan sus hijuelos,
Sus campos sin germen.
Y en tanto en la aldea
Todo esto acontece,
«Hay leyes — se dice —
Que al pobre protegen.»
Pues yo no las veo,
Dios dijo entre dientes,
Pues yo no las veo...
¡Mentira parece!

No es esto lo único
Que el mundo le ofrece;
Que a través mirando
De sus gafas verdes,
Vió acostarse pobres
Que se alzan marqueses;
En tales contratos
Entrar tales gentes,
Que al cabo de un año
Ni lecho poseen;
Soldados cobardes
Llegar a ser jefes,

Y morir oscuros
Los más grandes héroes;
Pasar por honrados
Granujas solemnes,
Por santos los pillos,
Por justos los débiles;
Subir a altos puestos
Los que a la horca deben,
Y arrastrar carroza
Quien debe un grillete.
Llegar a ser Cresos
Tratantes de aceite,
Y comprar la gloria,
Prestando a intereses.
Viendo esto, Dios dijo,
Hablando entre dientes :
¡Estoy asombrado!
¡Mentira parece!

Con asco apartando
Sus ojos celestes,
Aún en otras cosas
Paró Dios sus mientes :
Vió malos Gobiernos
Que, falsos y aleves,
A costa del pueblo
Engordan y crecen;
Curas que, feroces
Cual lobos monteses,
El fusil al hombro
Hablan a los fieles;
Ricos que, robando,
Grandezas adquieren;
Médicos de quintas
Que dan por enclenques
(Mediante cuatro onzas,
Cuando no son siete)
Mozos que a la postre
El camino emprenden
Que al servicio lleva,
Cuando no a la muertê;
Hambrientos ancianos,
Desnudas mujeres,

Niños ignorantes
 Que entre sombras crecen,
 Y, en fin, tantas cosas
 Que no deben verse,
 Que Dios, espantado,
 Y cruces haciéndose,
 Sabida la causa
 De que el diablo medre,
 Metióse en su gloria
 Diciendo entre dientes :
 ¡Parece mentira!
 ¡Mentira parece!

No se me oculta que podrá objetarse por alguien que desconozca las condiciones íntimas de nuestro dialecto, que la frase *¡Mentira parece!* no traduce con la debida exactitud el estribillo final *Que ò demo me leve* de las estrofas del romance que acabo de leer; pero si no traduce la letra de ese estribillo, traduce su intención y su alcance; y como quiera que no por la letra y sí por la intención hemos de juzgar al autor cuando pretendemos sujetarlo, no a los juicios de una crítica literaria más o menos recta y desapasionada, sino a las responsabilidades de la ley penal, es visto que aquella objeción carece de fuerza, y que por su propio peso viene a tierra como desprovista de fundamento o de base en que apoyarse.

Pero hay más: Curros Enríquez no había soñado en componer sus versos cuando en 1869 se publicó la única *Gramática gallega*, que los honores de tal merece, obra del modesto e ilustrado presbitero D. Juan A. Saco y Arce. En esa *Gramática*, pág. 218, el respetable presbitero, bajo el epígrafe *Modismos notables*, señala, entre otros, el siguiente: *D'o demo*, que literalmente traducido al castellano, ya lo sabe la Sala, quiere decir *Del diablo*, y cuya significación en el país es, sin embargo, ésta, según Saco y Arce: *¡Vaya, que es ocurrencia!*, y aun esta otra: *¡Qué tiene de extraño?* Aquí está un ejemplar de esta *Gramática* a la disposición del Tribunal.

Preguntemos a un aldeano de nuestros campos si quiere que le aumenten la contribución, eterna pesadilla de los infelices esclavos del caciquismo rural; preguntemosle si quiere que le aumenten la contribución o si

desea que declaren soldado a un hijo suyo, y nos con-
testará en el acto: ¡D'o demo!; o lo que es lo mismo:
¡Vaya, que es ocurrencia; vaya, que es pregunta!

Un dato más, deducido de otros versos de Curros En-
ríquez, publicados en el mismo volumen, uno de cuyos
ejemplares anda unido a los autos; versos que se titulan
A Virxe d'o Cristal, asunto el más hermoso a que el
genio del poeta pudo haberse consagrado: una maravi-
lla de arte, de belleza, de expresión; una maravilla de
idealismo, de dulzura y de sentimiento. No exagero:
será incompetencia mía, pero paréceme que no se pue-
de escribir nada mejor.

Y en verdad que, al pronunciar mis labios la *Virgen
del Cristal*, me asalta uno de esos recuerdos vivísimos,
uno de esos recuerdos tenaces y enérgicos que resisten
la mano cruel de los años, y que, más que grabados en
la memoria, parecen grabados en el fondo del alma,
como destinados a vivir con nosotros aun después de la
muerte.

Era el año de 1854 (permitame la Sala esta pequeña
digresión); era el año de 1854; el cólera, que a la sazón
causaba estragos en muchas provincias de España, y
singularmente en la de Orense, iba invadiendo uno por
uno los pueblos, iba invadiendo una por una las aldeas
de esta hermosísima provincia; pero no se contentaba
con diezmar, sino que arrebatava familias enteras y
caseríos enteros, y nunca como entonces pudo creerse
que en aquellas bellísimas comarcas quedasen insepul-
tos los cadáveres, no por falta de piedad en los vivos,
sino por exceso de crueldad en la implacable peste.

El natural temor que tenía sobrecogidos los ánimos de
las regiones más afortunadas, pronto hubo de trocarse
en formidable espanto: «¡Ya está el cólera entre nos-
otros!», se dijo, y la fatal noticia circuló con la rapidez
del rayo, imprimiendo, es cierto, en todos los semblan-
tes las primeras huellas de la muerte, pero arrancando
a la vez de todos los pechos un grito de consoladora
esperanza: «¡A la Virgen del Cristal!» Fué la enseña
de salvación para todos; y los creyentes y los incrédulos,
y los jóvenes y los ancianos, y las mujeres y los
niños, dejando absolutamente desiertos los hogares,
corrieron presurosos a rodear la ermita y a sacar en
procesión la venerada imagen de la Virgen.

Todas las madres llevaron a sus pequeños hijos para que presenciassen aquel ternísimo espectáculo.

La mía, que era una santa, también me llevó a mí.

Todavía resuena en mis oídos el universal clamoreo con que fué recibida la Virgen a su salida de la ermita.

¡Cuánta fe se despierta en esos supremos momentos!

Arrodillados los unos, descalzos los otros, todos con las lágrimas en los ojos y con plegarias no interrumpidas en los labios, invocando la intercesión poderosa de la Madre de Dios, seguimosla por aquellas comarcas, y acompañámosla de regreso hasta dejarla nuevamente posesionada de su altar.

No se me oculta que el hecho tiene un explicación satisfactoria dentro de las leyes de la Naturaleza; pero es lo cierto que al día siguiente el cólera había desaparecido.

Yo también me cuento en el número de aquellas gentes sencillas que tienen una fe inquebrantable en la protección de la Virgen; yo también me cuento en el número de aquellas gentes sencillas que esperan de la piedad de la Virgen el alivio que en la piedad de los hombres no suelen encontrar los dolores de la vida.

Y lo digo sin temor a las rechiflas de los *espíritus fuertes*. Cuando la fe es tolerante con la incredulidad, bien puede la incredulidad, y no es favor alguno, y no es gracia alguna, bien puede la incredulidad ser tolerante con la fe.

Pues Curros Enriquez, y pido a la Sala mil perdones por esta digresión, que casi no he podido evitar; pues Curros Enriquez recoge las tradiciones que circulan por el país a propósito de la aparición de la Virgen a una aldeana de aquellas hermosas campiñas, y escribe su admirable leyenda, que, como dije antes, es un portento de inspiración y de ternura.

La Virgen apareciérase en sueños a la aldeana, que se llama Rosa, y cumpliendo su promesa, vuelve a presentarse a ella encerrada dentro de un pequeño cristal. Toma Rosa el cristal entre las manos, y en un monólogo de inimitable delicadeza poética, exclama mirando entusiasmada a la Virgen:

¡Qué ollos, qué mirada, qué beizos, que cábelo,
 Qué orellas, qué mantelo, qué frente nacarada!
 ¡Qué díaño de muller!

Que traducido al castellano quiere decir :

¡Qué ojos, qué mirada, qué labios, qué cabello,
 Qué orejas, qué *mantelo*, qué frente nacarada!
 ¡Qué diablo-de mujer!

¿Qué diablo de mujer? No; qué *embeleso*, qué *encanto de mujer*; eso es lo que quiere significar Rosa cuando, al mirar entusiasmada a la Virgen, exclama : ¡Qué diablo de muller!

¿Quiere verse cuál es el sentido de esta composición sin rival? Pues oigamos a Curros Enriquez dirigiéndose a sus lectores y haciendo referencia a la Virgen :

S'escasos de fortuna bicades a sua pranta;
 Si á visitala vades faltiños de salú,
 Secorrerávos logo a milagrosa santa;
 N-o mundo non hai outra que teña máis virtú.

De tristes agarimo, de probes esperanza,
 D'os namorados guía, sostén d'o labrador,
 Canto de Dios quixere, tanto de Dios alcanza;
 Non hai que lle non deba consolos e favor.

He aquí, vertidos al castellano, estos versos, mala versión, por supuesto, porque yo no soy poeta :

Si escasos de fortuna besarais su planta;
 Si a visitarla vais con falta de salud,
 Socorreraos luego la milagrosa Santa;
 En el mundo no hay otra que tenga más virtud.

Amparo de los tristes, de pobres esperanza,
 De enamorados guía, sostén del labrador,
 Cuanto de Dios quisiere, tanto de Dios alcanza;
 No hay quien no le deba consuelos y favor.

¡Y llamar a Curros Enriquez impío! Aun cuando él mismo aseverase esa impiedad, yo no lo creería.

Así divorciada la significación literal de la significación intencional que corresponde a las frases y los mo-

dismos que son peculiares de nuestro dialecto, es de sentido común que cometeríamos una repugnante injusticia juzgando a Curros Enriquez por la letra del famoso estribillo *Que ò demo me lete*.

Y bien : si prescindimos de la letra, ¿qué es lo que se descubre en el fondo, qué es lo que la investigación más imparcial y más desapasionada, qué es lo que la crítica más fría y más severa puede descubrir en el fondo de estos versos?

Dios aparece pasando revista a las cosas de la tierra, y son tales y de tal magnitud las abominaciones de los hombres, tales y de tal indole los vicios que dominan al mundo, y las miserias que le rodean, y las inmoralidades que por todas partes se advierten, que la indignación divina parece rebelarse en una especie de protesta que podría sintetizarse así : «No, no es éste el mundo que yo hice; ni tú eres Pedro, ni ésta es Justicia, ni aquéllas son leyes, ni en los odiosos frutos de las mezquinas pasiones que subyugan el corazón humano reconozco Yo mi obra predilecta : el hombre; no, no es éste el mundo que Yo hice.»

En la defensa escrita de primera instancia, que es sin duda un admirable trabajo, así en el orden jurídico como en el orden literario, bien que lleva la firma de uno de los abogados más ilustres de Galicia, bien que lleva la firma de un abogado que honra nuestro foro, en esa magnífica defensa escrita se dice con gran acierto que Curros Enriquez, al escribir la composición en que nos estamos ocupando, parece haberse inspirado en los versículos 5, 6 y 7, cap. VI, del *Génesis* :

VIDENS AUTEM DEUS QUOD MULTA MALITIA HOMINUM
ESSET IN TERRA, ET CUNCTA COGITATIO CEDIS INTENTA
ESSET AD MALUM OMNI TEMPORE,

PENITUIT CUM QUOD HOMINEM FECISSET IN TERRAT ET
FACTUS DOLORE CORDIS INTRINSECUS,

DELEBO, INQUIT, HOMINEM, QUEM CREAVI, À FACIE TER-
RÆ, AB HOMINE USQUE AD ANIMANTIA À REPTILI USQUE
AD VOLUCRES CÆLI : PENITET ENIM ME FACISSE EOS.

Y viendo Dios que era mucha la malicia de los hombres sobre la tierra, y que todos los pensamientos del corazón eran inclinados al mal en todo tiempo,

Arrepintiöse de haber hecho al hombre en la tierra, y tocado de intimo dolor de corazón,

Borraré—dijo—del haz de la tierra al hombre que he creado, desde el hombre hasta los animales, desde el reptil hasta las aves del cielo; porque me arrepiento de haberlos hecho.

Señor presidente : faltan cuatro minutos para terminar las horas reglamentarias de la sesión de hoy; el estado de mi salud hubiera debido sugerirme la conveniencia, ya que no la necesidad, de pedir por segunda vez la suspensión de esta vista : no he querido, sin embargo, que por mi culpa se prolongue un solo instante la crítica situación de Curros Enríquez; pero estoy fatigado, tengo todavía bastante de que ocuparme, y ruego a S. S. que, suspendiendo la vista de esta causa, se digne reservarme el uso de la palabra para la audiencia próxima.

El Sr. **Presidente del Tribunal** : Se suspende la vista de esta causa para la audiencia próxima.

Eran las tres.

Continuando la vista el día 5, a la una de la tarde, dijo

El Sr. **Presidente del Tribunal** : El defensor del procesado continúa en el uso de la palabra.

El Sr. **Puga y Blanco** : La Sala se dignará recordar todo lo que ayer he tenido la honra de exponer a su ilustrada consideración. No he de hacer un resumen, que demasiada benevolencia se me ha dispensado, y no es digno de quien la recibe abusar de ella : habrá de serme permitido, no obstante, hacer presente, para procurar el mayor enlace posible entre las dos partes en que ha venido a quedar dividido mi informe por consecuencia de la suspensión de esta vista; habrá de serme permitido hacer presente que mis últimos razonamientos se encaminaban a demostrar que sería notoriamente injusto prescindir de la intención con que Curros Enríquez ha escrito los versos que fueron objeto de denuncia, no para sujetarle a un juicio meramente literario, sino para investigar si le alcanzan o no le alcanzan las responsabilidades que la ley exige a los que infringen sus preceptos.

Curros Enríquez, decíamos, parece haberse inspirado

en los versículos 5, 6 y 7, cap. VI, del *Génesis*, en cuyos versículos se manifiesta Dios arrepentido de haber hecho al hombre. Así se expuso con incontestable acierto en la notable defensa escrita de primera instancia, y así es la verdad.

Bien puede decirse de Curros Enríquez lo que decía Julio Scaligero Juvenal, a propósito de la vehemencia con que reprendía los vicios: *Ardet, infiat, jugulat*.

Conócese que las deformidades de la realidad, contrastando con las bellezas de un ideal sublime, a la manera que por el choque eléctrico se forma el rayo en las alturas del espacio, produce una violenta explosión en los nobilísimos y elevados sentimientos del poeta: él quisiera un mundo mejor; él quisiera un mundo exento de las abominaciones y de las impurezas que por todas partes nos asedian y nos degradan a los ojos mismos de la Divinidad; él quisiera un Pontificado sin fausto, una legislación sin pena de muerte, un suelo que no agotara estérilmente el sudor y la sangre, el aliento y la vida de los desheredados de la fortuna, que, más que hijos del trabajo, parecen víctimas de todos los rigores del cielo y esclavos de todas las iniquidades de la tierra; él quisiera una sociedad que no se mostrase indiferente ante el escandaloso espectáculo que nos ofrecen esas miserables grandezas improvisadas de la noche a la mañana, que no pueden tener otro origen que el del vicio consentido, el de la inmoralidad tolerada, gracias al frío escepticismo que se ha erigido en juzgador soberano de las acciones de los hombres; él quisiera ver condenada la repugnante usura, odioso tributo pagado a la codicia, triste y fecundo manantial de lágrimas, de hambre y de miseria; él quisiera ver protegida la inerme y desamparada ancianidad, igualmente protegida la inocencia, y así bien proscrita la ignorancia, entre cuyas sombras crecen y se desarrollan, para desdicha suya y de la sociedad, la mayor parte de las criaturas humanas; él quisiera pueblos que no fuesen el patrimonio heredado de unos Gobiernos por otros, sino Gobiernos consagrados a producir, en beneficio de los pueblos, el mayor grado de bienestar posible; Gobiernos menos atentos a su conservación, menos atentos a sí mismos que a la felicidad común en la gestión de los negocios públicos; él quisiera, en fin, que así como la luz del sol alumbrá

a todos por igual, a todos por igual alcanzase la luz de la tolerancia, de la justicia y de la libertad.

Mandémosle a presidio: éste es su delito.

Pero es que, además, el poeta se ocupa en dirigir sus terribles dardos al corazón de esa parte de nuestro clero que tiene instintos de sangre y de exterminio; pero es que, además, el poeta se ocupa en dirigir sus certeros dardos a esa parte de nuestro clero, la menor y la menos ilustrada sin duda, que interviene en las contiendas civiles, no para poner paz entre los ciegos y apasionados contendientes, siquiera sean hermanos, sino para excitarles a la lucha, dando ellos mismos, los tales sacerdotes, el triste ejemplo de tomar las armas y de hacer uso de ellas, con manifiesta infracción de los preceptos evangélicos y con evidente menosprecio de las leyes del decoro sacerdotal.

No quisiera yo persuadirme de que sea éste el secreto de la persecución de Curros Enríquez.

Grandemente se equivocaría quien pensase que con la defensa de Curros Enríquez estoy haciendo el proceso de mis propias ideas y de mis propias convicciones. No precisamente hoy, que todos disfrutamos de los inapreciables beneficios de la paz, paz que yo bendigo con toda mi alma, como tienen que bendecirla todos aquellos a quienes no sea indiferente la suerte y aun la existencia misma de la patria; paz que yo quisiera ver consolidada para siempre, siquiera este deseo mío haya de suscitar-me secretas antipatías que, dicho sea en honor de la verdad, están muy lejos de mortificarme; no precisamente hoy, sino aun en las circunstancias mismas en que el calor de la lucha podía tener virtud bastante para atenuar la gravedad de ciertos actos funestos, aun en esas mismas circunstancias, he visto con hondo disgusto y con profunda tristeza que los llamados a intervenir como misioneros de paz, blandiesen furiosos las armas de la guerra, significándose ellos los primeros en esas escenas sangrientas de horrible e implacable crueldad, cuyo recuerdo excita a la vez el dolor y la vergüenza.

No hay, pues, sacrificio alguno por mi parte en el aplauso tributado al poeta. Después de todo, Curros Enríquez no ha censurado a los sacerdotes guerreros con tanta dureza como en su tiempo lo hizo uno de los

Santos Padres más esclarecidos de la Iglesia, San Bernardo :

QUIS SANE NON MIRETUR, IMO ET DETESTETUR UNOS ESSE PERSONÆ ET ARMATUM ARMATA DUCERE MILITIAM ET ALBA STOLAQUE INDUTUM, IN MEDIO ECCLESIE PRONUNCIARE EVANGELIUM. TUBA INDICERE BELLUM MILITIBUS ET JUSSA EPISCOPI POPULIS INTIMARE? NISI FORTE QUOD INTOLERABILIS EST ERUBESCIT RVANGELIUM — DE QUO VOS ELECCIONIS ADMODUM GLORIATUR — ET CONFUNDITUR VIDERE CLERITUS MAGISQUE HONORABILI DUCIT JUSTARI SE MILITEM : CURIAM ECCLESIE PREFERT, REGIS MENSAN ALTARE CHRISTI, ET CALICI DOMINI CALICEM DEMONIORUM.

Y a la verdad, ¿quién no admira y detesta a la vez el contemplar a una misma persona cubierta de armas, guiar los ejércitos y al propio tiempo, revestida con el alba y la estola, predicar en el templo el Evangelio, excitar con los clarines a la lucha y juntamente intimar a los pueblos la ley de Dios? Es que — y esto se hace intolerable — prefieren, deprimiendo los preceptos evangélicos, a pesar de ser los elegidos para glorificarlos, la calidad de soldados a la de sacerdotes, la curia a la Iglesia, la mesa del rey al altar de Cristo, el cáliz de los demonios al cáliz del Señor.

Es verdad que el señor juez de primera instancia de Orense no se ha permitido hacer a este propósito indicación de ningún género en la sentencia consultada. Comprendemos su natural reserva; pero no se explica que, remontándose a otras alturas, haya tenido valor para considerar a Curros Enríquez incurso en las prescripciones del Código penal, por haber hecho uso, según él, de frases y de conceptos que inducen a la mofa y al desprecio del Sumo Pontífice.

¿Qué frases son ésas, si Curros Enriquez no se refiere en sus versos a los tiempos actuales, ni a tiempos inmediatamente anteriores a los actuales?

¿Qué frases son ésas, si Curros Enríquez no se refiere en sus versos al inmortal Pío IX, ni a su sabio, clemente y prudentísimo sucesor, el venerable y virtuoso jefe que, para bien de la Iglesia y de la sociedad, rige en los presentes momentos los destinos del mundo católico?

¿Qué frases son ésas, a qué tiempos se refieren esas frases, si Curros Enríquez nos habla en sus versos de herejes quemados por la voluntad de los Pontífices, y

si Curros Enríquez nos habla en sus versos de la codicia y del sibaritismo que se apoderó de Roma?

Y en último término, ¿qué ganaría la institución del Pontificado, si fuera lícito confundirla y amalgamarla, en los inflexibles juicios de la Historia, con las personas de los Papas? ¿Es que todos los Pontífices han sido santos, porque la institución del Pontificado sea de origen divino, y es que todos los Pontífices han sido buenos, porque la institución del Pontificado haya ejercido una saludable influencia en la marcha progresiva de los pueblos? ¿Es que nadie se ha permitido hablar de Roma, nunca, en ningún tiempo, porque allí no hubo vicios, y si los hubo merecieron, porque eran de Roma, ser elevados a la categoría de virtudes? ¿Es que los Papas son impecables?

Pues mandemos a presidio a los historiadores católicos que nos dicen que Esteban VI dió a la Iglesia el escandaloso espectáculo de hacer desenterrar el cadáver de Formoso, obispo de Porto, elevado a la Sede Romana a la muerte de Martín II, y que le hizo juzgar, ordenando vestirle previamente de Pontífice, y sentarle en el trono, mandando, después de pronunciada la sentencia, cortarle la cabeza y los tres dedos con que había bendecido, y arrojarle al Tiber, y declarando, por último, no consagrados a cuantos habían recibido de él las órdenes.

Pues mandemos a presidio a los historiadores católicos que nos dicen que Juan X fué promovido al Pontificado por las intrigas de su amante la hermosa Teodora, la parienta y aliada de Alberto II, marqués de Toscana.

Pues mandemos a presidio a los historiadores católicos que nos dicen que Juan XI se abandonaba a las proyecciones de una juventud desenfrenada, dejando a su madre, la ambiciosa Madocia, y a su hermano Alberico dirigir a su antojo las cosas sagradas y profanas.

¡No parece sino que el respeto debido a la institución del Pontificado depende del juicio que ante la Historia hayan podido merecer determinados Pontífices!

En el Concilio reunido por Othon el Grande para juzgar al papa Juan XII, ¡qué horribles cargos no se acumulan contra éste! Que el palacio de Letrán se transforma en mansión de desórdenes por mujeres li-

cenciosas; que por orden suya se mutilara, se privara de la vista y se condenara a muerte a obispos dignísimos; que promoviera a un niño de diez años al obispado de Todi; que se le viera beber en honor del demonio y de las divinidades paganas... Basta.

Mandemos a presidio a los historiadores católicos que nos dicen que ese Papa murió a manos de un marido ultrajado.

No es posible que el inferior crea que la Cátedra de San Pedro estuvo siempre ocupada por Pontífices sabios, virtuosos, clementes, prudentísimos y exclusivamente consagrados a la defensa de los intereses del catolicismo; yo no puedo inferir esa ofensa gravísima a la ilustración del señor juez de primera instancia de Orense, siquiera la sentencia de autos nos autorice para decir algo a este propósito.

Quam fœdissima Ecclesi romanæ facies — exclama el religiosísimo cardenal Baronio —, *quum Romæ dominantentur potentissimæ atque ac sordidissimæ meretrices! Quarum arbitrio mutarentur Sedes darentur episcopi, et, quod auditu horrendum et infandum est, intruderentur in Sedem Petri earum omasii pseudo-Pontifices, qui non sunt nisi ad consignada tantum tempora in catalogo romanorum Pontificum scripti.*

No confundamos: los Papas no son el Pontificado, de la misma manera que los católicos no son el catolicismo.

Por malos que sean los Papas, el Pontificado ha de ser siempre una institución altísima, como establecida por Dios para el régimen y gobierno de su Iglesia.

Por malos que sean los católicos, el catolicismo ha de ser siempre la verdad y la luz, la claridad y la justicia.

¿Pero es que el catolicismo exige, ni ha exigido en ningún tiempo, la servil adulación de los fieles relativamente a los vicios, o a las malas costumbres, o a las faltas de los que por ocupar los más elevados lugares de la jerarquía eclesiástica están más obligados a dar ejemplos de mansedumbre, de piedad y de virtud?

Es cierto que la Historia nos enseña cuánto han tenido que sufrir los hombres, cuánto han tenido que padecer los hombres que escudados en una vida sin mancha hicieron uso de la santa libertad de reprender el mal.

El insigne fraile dominico que ha llenado con su nombre inmortal la segunda mitad del siglo xv, Jerónimo Savonarola, tan constante en oponer con su poderosa elocuencia un fuerte dique a las ideas y a las costumbres paganas que invadian la sociedad de su tiempo, corrompiéndola, como intrépido en la defensa de los derechos del pueblo; aquel mártir de sus convicciones y de su amor a la pureza de las costumbres cristianas, que con la sublime entereza que sólo está reservada al verdadero genio contesta a las amenazas de Roma: «Entré en el claustro para aprender a sufrir; los padecimientos han venido a visitarme, los he estudiado y me han enseñado a amar y a perdonar siempre.» Savonarola, que vivía en una época en que se llamaba a Jesucristo hijo de Júpiter, Diosa a la Virgen María y a la Providencia Destino, fijos los ojos en el cielo para implorar sin descanso la misericordia divina en favor de aquella sociedad tan desgraciada como inmoral; predicando siempre, y siempre amonestando con digna severidad a los opresores, y siempre dirigiendo su cariñosa voz a los oprimidos, la voz de la esperanza y del consuelo, juzga cumplir con su deber escribiendo a los principes cristianos que es menester reunir un Concilio, en el cual se propone probar que la Iglesia de Dios está sin jefe, que no es verdadero Pontífice, ni digno de esa categoría, ni siquiera cristiano, el que a la sazón ocupa la Cátedra de San Pedro.

¿Podrá objetarse que Savonarola es autoridad recusable entre católicos, puesto que al fin fué arrojado a las llamas con el consentimiento y con el beneplácito de Roma? No lo discuto; que no es esta ocasión oportuna para discutirlo, como tampoco ocasión oportuna para examinar si el horrible suplicio del virtuoso dominico constituye o no un titulo de gloria para el Pontificado de Alejandro VI.

Dejemos a Savonarola. Tomás Becket, el valeroso arzobispo de Cantorbery, que se levanta en la Historia como una de las figuras más interesantes en el turbulento reinado de Enrique II de Inglaterra; Tomás Becket, el iniciador de la resistencia a las absorbentes constituciones de Clarendon, quejándose de que en Roma Barrabás es preferido a Cristo, al salir para su destierro escribe a los cardenales amonestándoles que no se fien en

frágiles riquezas, y exhortándoles para que acumulen un tesoro en el cielo, socorriendo a los oprimidos, exclama, con referencia sin duda al papa Alejandro III: «¡Buen Dios! ¿Qué vigor hay que esperar en los miembros, faltando la cabeza? Ya se dice que en Roma no hay justicia capaz de resistir a los poderosos.»

¿Y qué contesta el severo defensor de la integridad de los derechos de la Iglesia a los obispos que le censuran? Pues contesta estas sublimes palabras: «San Pedro fué pescador; nosotros somos sus sucesores, y no de Augusto.»

Enrique II mandó asesinar al ilustre arzobispo; el señor juez de primera instancia de Orense le habría condenado a prisión correccional.

No me cabe duda de ningún género: yo no creo faltar en nada a los respetos debidos al señor juez de primera instancia de Orense, y cuenta que le respeto mucho, aseverando aquí que si hubiese administrado justicia allá por el siglo XIV, habría sido capaz de procesar a la misma Santa Brígida. ¿Y cómo no había de procesarla, si ésta, aludiendo, según todas las probabilidades, a Clemente VI, dice: «El Papa es el asesino de las almas; dispersa y destruye la grey de Cristo; es más cruel que los judíos y peor que el mismo Lucifer. Ha convertido los diez mandamientos en uno solo: en *llevar dinero*. Roma es un baratillo del infierno, y el diablo preside allí vendiendo los bienes que Cristo conquistó con su pasión.»

Pues si los santos emplean este lenguaje en sus censuras relativas a la corte de Roma, no debe extrañarse que los que no son santos, y tengo para mí que Curros Enríquez no lo es, aun cuando puede serlo todavía, no debe extrañarse que los que no son santos escriban unos versos en que se eche de menos aquel desprendimiento de los bienes terrenales que tanto recomienda el Evangelio, y aquella pureza de costumbres que tanto hay que admirar en los primeros siglos de la Iglesia.

Dice menos, dice muchísimo menos Curros Enríquez, a propósito del fausto de las altas dignidades de la Iglesia, de lo que en su tiempo dijo el inmortal Pedro Damiano: «Tienen hambre de oro... Me siento poseído de fastidio al enumerar estas necias vanidades que ciertamente mueven a risa, si bien es una risa que concluye

por arrancar lágrimas, al ver tales portentos de altanería y de maravillosa locura, y las vendas pastorales resplandecientes de pedrería y recamadas de oro.»

Y si quiere recurrirse a la autoridad del gran San Bernardo, que está universalmente reputado como una de las primeras lumbreras de la Iglesia, ¿qué es lo que resulta haber dicho Curros Enríquez en esos versos que tanto han herido la religiosa susceptibilidad del inferior?

DIGNUM EST UT QUI ALTARIO DESERVIT DE ALTARIO VIVAT... NON AUTEM, UT DE ALTARIO LUXURIERIS, UT DE ALTARIO SUPERBIAS, UT INDE COMPARES TIBI FRENA AUREA SELAS DEPICTAS CALCAREA DE ARGENTATA, VARIA GRIFEAQUE PELLICEA ACOLLO ET MANIBUS ORNATU PURPUREO DIVERSIFICATA. DENIQUE QUIDQUID PRÆTER NECESSARIUM VICTUM, AC SIMPLICEM VESTITUM DE ALTARIO RETINES, TUUM NON EST, RAPINA EST, SACRILEGIUM EST... SIC ERGO ET NOS CONTENTI SIMUS VESTIMENTIS QUIBUS OPERIAMUR... NON QUIBUS MULIERCULIS ASSIMILARI, VEL PLACERE STUDEAMOS.

Justo es que el que sirve al altar viva del altar; mas no que del altar se tomen riquezas que sirvan de regalo o fomenten la soberbia, y mucho menos que por su cuenta se ostenten adornos lujosos de oro, piedras preciosas, púrpura y variadas y ricas pieles; pues que todo lo que procedente del altar se retenga, fuera de un frugal alimento y de un modesto vestido, es rapiña; RAPINA EST, es sacrilegio, SACRILEGIUM EST. Contentémonos — concluye — con un humilde vestir, y no imitemos a varias mujerzuelas, pretendiendo agradar.

Ya lo ve la Sala; y no quiero yo cotejar tiempos con tiempos, costumbres con costumbres y necesidades con necesidades: encierro mi intención dentro de los legítimos propósitos de la defensa.

Mas sí, saliéndonos de este terreno, considerásemos oportuno citar poetas católicos que hubiesen empleado una parte no escasa de su ingenio en satirizar la codicia y la desenfrenada ambición que en ciertas épocas se apoderaron de Roma, es bien seguro que podríamos ocupar la atención del Tribunal durante una semana entera; pero voy haciéndome demasiado prolijo, y he de concretarme, por tanto, a dar lectura de unos versos muy cortos de Juan Ruiz, el famoso arcipreste de Hita,

que, por lo substanciosos y por lo intencionados, dejan muy atrás los de Curros Enríquez:

Si tovieres dineros...

El Sr. **Presidente**: Llamo la atención del letrado acerca de que la Sala conoce esos versos, y le ruego que prescinda de ellos y pase a otro orden de consideraciones jurídicas.

El Sr. **Puga**: Sr. Presidente: no tiene V. S. necesidad de rogarme, cuando le asiste el derecho, que yo no discuto, de hacerme obedecer sus prescripciones. Es evidente que la presidencia puede y debe velar por que se guarden aquí todo género de conveniencias; presumo que no he faltado a ellas, pero entiendo a la vez, y lo digo salvando todos los acatamientos que son debidos a la respetable autoridad de V. S., entiendo que la presidencia no puede imponerme su criterio en cuanto a la elección de los medios de defensa. Si V. S., señor presidente, me impide que lea los anunciados versos del arcipreste de Hita, yo dejo de leerlos, no sin protestar, siquiera no sea más que por conservar la integridad de los fueros de esta toga; no sin protestar respetuosamente la indefensión de mi cliente.

El Sr. **Presidente**: La Sala ha dejado al letrado toda la latitud necesaria para defender a su cliente; y como quiera que la Sala, para formar juicio del proceso, no necesite oír los versos que el letrado se proponía leer, no puede permitir la lectura de los mismos.

El Sr. **Puga**: Pues toda vez que la Sala no me permite leer los versos de Juan Ruiz, arcipreste de Hita, que ha florecido en el siglo xiv y de cuyo poeta se celebran todavía hoy algunos himnos, notables por lo piadosos y así bien notables en el orden literario, dedicados a la Virgen, continúo mi informe, señor presidente, en otro terreno.

El Sr. **Presidente**: Dejando ya esas citas, la defensa puede continuar.

El Sr. **Puga**: Todo lo que en este terreno hubiera yo podido decir, y era mucho, en defensa de Curros Enríquez, y que ya no digo, toda vez que la presidencia me lo impide, habría de tener por objeto hacer notar el contraste que se advierte entre las composiciones denun-

ciadas y las que se deben a poetas de cuyo catolicismo no puede dudarse en modo alguno, y demostrar palmaria-mente que aquéllas son más inofensivas que éstas.

De cualquiera suerte, pretender sujetar los vuelos de la imaginación ardiente del poeta a las acompasadas reglas que sirven para trazar el camino de las especulaciones del raciocinio frío y severo, es pretender un imposible.

El mismo Dante, de quien un notable historiador y crítico nos dice que no poetiza por instinto, sino que todo en él es cálculo y raciocinio; Dante, que profesaba respeto a la autoridad del Papa, y que creía que el imperio de Roma había sido ordenado por Dios para la futura grandeza de la ciudad en donde reside el sucesor de San Pedro, ridiculizando los excesos de los prelados, dice «que cubrían sus palafrenes con sus mantos; de suerte que dos animales iban bajo una misma piel». Llama a los obispos de la época de Bonifacio VIII, en cuya corte dice que todos los días se traficaba con Cristo, «rapaces lobos con disfraz de pastores, que, habiendo convertido el oro y la plata en Dios, entristecen el mundo, despreciando a los buenos y ensalzando a los perversos»; y de aquel Pontífice dice que era «insaciable de los bienes de la tierra, no temiendo, para proporcionárselos, apoderarse de la Santa Iglesia con engaño, para ultrajarla luego: que cambió el cementerio de Pedro en cloaca donde se regocija el demonio entre sangre e impureza».

Y no echemos en olvido que el Dante apostrofa a los que hablan contra la fe con las siguientes palabras: «Malditos seáis vosotros, vuestra presunción y los que os creen»; y no echemos en olvido que el retrato del Dante fué colocado en el Vaticano entre los de los Padres de la Iglesia; y no echemos en olvido que en su tiempo le llamaban *Theologos Dantes, nullius dogmatis experts*.

Es cierto que en 1865 se quiso celebrar en Italia el sexto centenario de su nacimiento, teniendo en cuenta su animadversión con los Papas; pero los pensadores más desapasionados y los escritores más sensatos reivindicaron la verdad, según César Cantú, conviniendo en que si se había encarnizado contra los abusos de la corte de Roma, y señaladamente contra Bonifacio VIII, siempre fuera reverente a la Santa Sede, y siempre se

manifestara respetuoso hacia la institución del Pontificado.

Basta sobre la primera de las dos composiciones acerca de las que el señor obispo de Orense tuvo por conveniente llamar la atención del gobernador civil de la provincia.

En cuanto a la segunda, como quiera que en ella no se funda el señor juez de primera instancia de Orense para condenar a Curros Enríquez, y sólo se permite aludirla de una manera vaga e indeterminada en la sentencia de autos, he de ser muy breve.

Titúlase esta composición *A Igreja fria*. Literalmente traducida dice así:

«Por encima de los campos, en medio del monte, levántase aún, hidrópica y negra, cual gigante hipopótamo muerto, cubierto de gusanos, rodeada de tinieblas y de grama, la deforme espalda del viejo monasterio.

»Las recias agujas de hierro de las torres parecen quejarse de la marcha de los tiempos, y, siempre paradas e inmóviles, semejan los dedos de una mano de Titán, que anda en busca del rayo, que tarda, de las iras del cielo.

»Desde la alta campana cae aún en anillos la fuerte cadena con triste bamboleo. Cuando al ponerse el sol la azotan los vientos de las montañas, se asemeja a una sierpe encantada que guarda las ruinas refunfuñando y tejiendo.

»Con los pelos erizados, en la mano un cuchillo manchado con la sangre de los pobres viajeros, tiempo hubo en que aquí venía a buscar asilo y amparo el ladrón de los caminos, a quien pusieron en salvo los frailes que quemaban a Praga.

»Vestido de monje como ellos el reo, de réprobo a santo pasó en un mismo día, y de la garganta, que debería ser tajada en un cepo, salió el anatema que excomulgó al insigne Colón y al gran Galileo.

»Las virgenes forzadas, los pobres despojados, pedían entretanto socorro y remedio, y la Justicia, escudero mal pagado del crimen sangriento, se quedaba a la puerta del sagrado, batiendo los dientes de rabia y de cólera.

»En mis solitarios nocturnos paseos me sucedé a veces

llegar al monasterio, y haciéndome entonces visajes el reflejo de la luna, una negra visión de entre las ruinas, «¡Qué tiempos!», me dice; y yo digo: «¡Qué tiempos!»

Puede ser que aquí resulte atacado algún dogma de la religión católica; respetabilísima es para mí la opinión del señor obispo de Orense; pero confieso ingenuamente que no alcanzo cuál sea el dogma a que S. S. I. pueda referirse.

Es más: Curros Enríquez no lanza contra el derecho de asilo un juicio condenatorio en absoluto; ni ¿de qué suerte había de lanzar Curros Enríquez un juicio condenatorio en absoluto sobre el derecho de asilo, rindiendo, como rinde, culto a las ideas democráticas?

¿Pues qué significa el derecho de asilo?...

Cuando el castigo no proviene de la ley; cuando los derechos del más débil no tienen la necesaria garantía en el estricto cumplimiento de los deberes del más fuerte; cuando la violencia se sobrepone a la justicia; cuando las relaciones del Poder público con el interés privado no están revestidas de la autoridad que proviene de una organización política robusta y respetable; cuando los privilegios de la superioridad y el empleo de la fuerza no tienen límites marcados y bastantemente definidos en el derecho común; cuando el acreedor puede apoderarse del deudo y poco menos que sacrificarle a su capricho; cuando los parientes de la víctima están facultados para erigirse en juzgadores supremos del matador, que tal vez se ha defendido de una agresión ilegítima e injustificada; cuando el señor persigue al esclavo por una leve falta y pretende arrancarle bárbaramente la vida o mutilarle sin piedad; en suma: cuando el espíritu inhumanitario de las leyes, su insuficiencia además y la relajación de las costumbres acusan una gran decadencia en el estado social de un país, el derecho de asilo levántase como una institución perfectamente cristiana, digna de los respetos del historiador, de las simpatías del jurisconsulto, de las alabanzas del filósofo y de los cantos del poeta.

Si hay Concilios, y los hay numerosísimos que pudieran citarse para honra de la Iglesia, en los que se dispone que no sean entregados los que se refugien sin que proceda un juramento sobre los Évangélicos que les garantice de no sufrir la pena de muerte, mutilación y

otras semejantes, justo es que ante ellos inclinemos la cabeza en demostración, no ya de simple asentimiento, sino en demostración de la simpatía que debe inspirarnos todo lo que es humanitario, todo lo que tiende a evitar la efusión de sangre, todo lo que se dirige a proteger al débil contra el opresor, todo lo que se encamina al santo fin de poner coto o de mitigar de alguna suerte la crueldad implacable de los hombres.

¿Pero es que el espíritu civilizador de los tiempos ha penetrado en la sociedad civil; pero es que los Poderes públicos del Estado funcionan con la debida regularidad y con la debida independencia del poder de la Iglesia, siquiera le consideren y respeten; pero es que hay leyes que garantizan la libertad y la vida, la honra y bienestar de todos y de cada uno de los ciudadanos que constituyen la agrupación social; pero es que la ciega venganza en que consistía el castigo de otras épocas ha sido reemplazada por el sereno y concienzudo precepto del legislador; pero es que los privilegios que engendraban y hacían prosperar la repugnante soberbia de los afortunados de la tierra han sido borrados de los Códigos y de las costumbres por la mano bienhechora de la Revolución; pero es que los pobres y los desvalidos están a cubierto de las violencias de los ricos y de los poderosos; pero es que hay formas seguras y eficaces en el procedimiento criminal, tanto para que se castiguen los delitos como para que se respete la inocencia de los procesados; pero es que el Estado se basta a si mismo y que no necesita para nada de la tutela inmediata de la Iglesia; pero es que el Estado se basta a si mismo y que no necesita para nada de la intervención directa del poder eclesiástico en todo lo que es concerniente a la conservación del orden social?... ¿Quién defiende el derecho de asilo? ¿Qué significa el derecho de asilo considerado en absoluto y a los ojos de la razón? En el orden jurídico, la impunidad; en el orden político, el privilegio; en el orden filosófico, lo absurdo, y en el orden moral, ¡qué diremos!..., en el orden moral, la consagración del crimen, que es la última y la más funesta de todas las aberraciones del espíritu humano.

¡Pues no faltaba más sino que el inspirado poeta no pudiera dirigir sus certeros ataques contra los abusos de esa institución, cuando esos abusos merecieron ser

reprobados por Pontífices como Gregorio XIV, Benedicto XIII, Clemente XII, Benedicto y Clemente XIV, que expidieron bulas, encíclicas y breves encaminados a contener el escandaloso patrocinio que merecían por parte de algunas iglesias los incendiarios, los envenenadores y los salteadores de caminos! Y téngase en cuenta que estamos ocupándonos de una composición que en el orden literario se eleva a tales alturas, que ella por sí sola sería capaz de colocar a Curros Enríquez a la cabeza de los primeros poetas de Galicia. No se advierte en esa composición más que un pequeño lunar, que consiste en un error histórico :

De monxe vestido
Como eles ó reo,
De réprobo á santo
Pasóu n-un día mesmo.

E d'a gorxa, que ser debería
Tallada n-un cepo,
A pauliña que saíu, qu'excomulga
O insine Colombo y-o gran Galileo.

No es exacto: Cristóbal Colón, alentado por el famoso vaticinio de Séneca, en que se predecía que el mar ofrecería nuevas tierras y que un segundo Tifis descubriría orbes desconocidos, no sin haber recurrido antes a los autorizados consejos del más célebre geómetra de aquella época, el florentino Pablo Toscanelli, sin sentirse despechado porque se le calificase por los sabios portugueses de loco presuntuoso, proyecta la gigantesca empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo; y si consigue llevarla a cabo, bien puede atribuirse una parte de esa gloria a fray Diego de Deza en primer término, y en segundo a fray Juan Pérez de Marchena, que a la sazón regia el monasterio de Santa María de la Rábida.

No; no es de imputar a la Iglesia el agravio de que hubiese opuesto obstáculos al grandioso pensamiento de Colón; porque si bien no puede desconocerse que las aserciones de éste sobre la existencia de otros mundos y de otros hombres no indicados en el *Génesis* causaron recelos a los teólogos ignorantes, en cambio hay que

inclinarse la cabeza ante la memoria respetable de monseñor Giraldo, nuncio apostólico, que salió valerosamente al encuentro de aquellos recelos, demostrando que en nada se contradecía al *Génesis* con las afirmaciones del ilustre marino.

Quiere decir que el único punto vulnerable de la valiente e inspirada poesía en que nos estamos ocupando consiste en un error histórico; y los errores históricos, y los errores filosóficos, y los errores jurídicos, y aun los mismos errores religiosos, no caen ni pueden caer bajo las prescripciones de ningún Código penal de Europa en el presente siglo, a no ser que pretendamos retroceder a aquellos tiempos que dieron triste celebridad a la torre de Londres y al castillo de Spielberg; a la cárcel de corte y a los presidios de Lambesa; a la renombrada Inquisición de Sevilla y al famoso calabozo de las tiranías secretas, mansiones todas en donde la iniquidad pudo triunfar de la justicia, y tiempos más propios que los actuales para el señor juez de primera instancia, puesto que en ellos podía dictar sentencias que seguramente habrían de dar a su nombre mayor respetabilidad que la que ha de alcanzarle la dictada contra Curros Enríquez en la presente causa.

Ni una palabra más sobre las dos composiciones que fueron objeto de denuncia.

Traía yo el propósito de hacer conocer a la Sala el juicio que de Curros Enríquez han formado los periódicos más importantes de España; pero me he extendido tanto, que abrigo el natural temor, más natural desde que la presidencia se ha dignado interrumpirme, de abusar demasiado de la benevolencia marcadísima y nunca bastantemente agradecida que la Sala tuvo la bondad de dispensarme. Me limitaré, por consiguiente, a leer un solo párrafo de un artículo crítico que está autorizado por la firma de una escritora muy conocida entre nosotros, eminentemente católica y eminentemente distinguida, Emilia Pardo Bazán, cuyo nombre ha sido ya llevado en alas de la fama a todos los centros nacionales de la ilustración y del saber.

Prescindiendo de la clasificación que en ese bien escrito artículo se hace de las diferentes poesías de Curros Enríquez, y sintetizando su juicio, dice así la ilustre publicista:

«Y es que en el Sr. Curros hay dos entidades intelectuales, o mejor dijéramos (robando a Heriberto Spencer uno de sus vocablos favoritos), *emocionales*. Es la una la de un poeta de raza, de corazón y de sentido, de expresión y de forma; un poeta que se inspira libremente en los sentimientos puros y legítimos, en los afectos del alma, en el espectáculo de la realidad, en las tradiciones, en las costumbres; a quien no llamo poeta porque sepa rimar gratamente y dirigir cuatro requiebros a la luna y al arroyuelo, sino porque sabe oír y repetir el himno misterioso que entonan las cosas todas de la tierra, pero que, según antiguo privilegio, sólo los poetas verdaderos aciertan a traducir al humano lenguaje. Es la segunda personalidad del Sr. Curros la de un demócrata *impresionado* y entusiasta, como ya van quedando pocos, *tout d'une pièce*, y que dice en verso lo que en prosa temería proclamar por miedo a la sonrisilla escéptica que el desengañado último tercio del siglo XIX va adoptando como medio, tal vez el más eficaz, de combatir utopías que al tomar cuerpo realizándose, a nadie acaso espantarán tanto como a sus padres y patrocinadores.»

Ya lo ve la Sala: como demócrata *impresionado* podrá Curros Enríquez merecer, por las ideas que sustenta, el disentimiento de los que no son demócratas; pero como gran poeta, tengo para mí que no merecía el sufrimiento de estar ocupando la atención de un Tribunal de Justicia.

Venía yo dispuesto también a demostrar que aun en la hipótesis de que existiese el delito que en estos actos se persigue, la Sala, jurídicamente hablando, estaría imposibilitada de dictar una sentencia condenatoria; porque aquí no se ejercita por quien pudiera ejercitarse la acción pública que corresponde a la sociedad, y en su nombre, y por delegación del Poder ejecutivo, al ministerio fiscal, para pedir el castigo de los delitos de esta índole; porque perfectamente deslindadas las atribuciones y las responsabilidades del Poder judicial y del ministerio público, no pueden los Tribunales de Justicia, que representan el primero, invadir las atribuciones del segundo, constituyéndose, a la vez que en juzgadores, en acusadores de los procesados; y porque es de tal notoriedad esta doctrina, que el núm. 3.^o del art. 868 de

la Compilación de las disposiciones vigentes sobre el Enjuiciamiento criminal autoriza la interposición del recurso de casación contra las sentencias en que se pene un delito más grave que el que haya sido objeto de la acusación; de donde se sigue que no habiendo acusación, no puede haber condena.

Por último, venia yo dispuesto también a demostrar que en ningún caso podría la Sala dictar en esta causa sentencia condenatoria sin mandar procesar a la Diputación provincial de Orense, que aparece subvencionando con la cantidad de 1.000 pesetas la publicación del volumen en que se contienen las poesías denunciadas; como que de autos resulta que en esa cantidad se ha puesto embargo para subvenir a las responsabilidades que pudieran nacer de la formación de este proceso.

Pero la fatiga me rinde, y, por otra parte, considero salvado a Curros Enríquez, más que por mis propios esfuerzos, por su propia inocencia y por la nunca desmentida justificación del Tribunal.

Termino, pues, en la confianza de que la Sala ha de servirse absolver a mi cliente en los términos que tuve la honra de solicitar al principio de mi informe.

El Sr. **Presidente**: Visto.

Eran las dos y cuarto.

SENTENCIA DEL SUPERIOR

En la ciudad de La Coruña a 11 de marzo de 1881, en la causa seguida en el Juzgado de primera instancia de Orense sobre ofensa al libre ejercicio de los cultos, que ante Nos pende, entre partes: de la una el ministerio fiscal, y de la otra D. Manuel Curros Enriquez, natural de Celanova, casado, empleado en la Intervención de la Administración económica de Orense, de veintiocho años de edad, su procurador D. Gabriel Sánchez; cuya causa se remitió al Tribunal en consulta de la sentencia dictada por el juez de primera instancia del citado partido en 4 de agosto de 1880; habiendo sido ponente el magistrado D. Mariano Valcayo.

1.º Resultando que con fecha 23 de junio último el promotor fiscal de Orense presentó escrito ante el Juzgado de primera instancia del mismo, en el cual copia una comunicación del gobernador de la provincia, que transcribe la que con fecha del 22 le pasara el Excmo. e Illmo. Sr. Obispo de la diócesis, en la que este señor exponía que con el mayor sentimiento había sabido que en aquella ciudad, e imprenta de Otero, D. Manuel Curros Enriquez había publicado y puesto a la venta un opúsculo o colección de poesías en el que se atacaban y ridiculizaban varios dogmas de la religión católica, señaladamente en las que llevan por título *Mirand'ó chau* y *A Igrexa fria*, y concluía rogando al repetido gobernador

que en uso de sus atribuciones impidiera la circulación y venta de la indicada colección de poesías, y por consecuencia de la excitación del repetido gobernador, el promotor fiscal, estimando que en aquéllas, y muy especialmente en la que lleva el título de *Mirand'ó chau*, se hace mofa del sagrado nombre de Dios y se ponen en su boca palabras vulgares, lo cual podía constituir el delito previsto en el núm. 3.º del art. 240 del Código penal, y no estando el folleto comprendido en la vigente ley de Imprenta, lo denunciaba criminalmente y solicitaba se instruyera el oportuno sumario y se recogiesen los ejemplares existentes en la imprenta de Otero.

2.º Resultando que el Juzgado, admitiendo la denuncia, mandó instruir el correspondiente sumario, procedió al secuestro de los ejemplares existentes en el referido establecimiento y decretó el procesamiento de Curros Enríquez, quien en su indagatoria se confesó autor de todas las composiciones poéticas que comprendía el volumen que lleva por título AIRES D'A MIÑA TERRA, que publicó con autorización del gobernador civil de la provincia, cuyo sello aparece en el ejemplar que corre unido a la causa.

3.º Resultando que el promotor fiscal calificó el hecho objeto de procesamiento de delito relativo al libre ejercicio de los cultos, pero elevada la causa a plenario pidió la libre absolución del procesado, porque las composiciones denunciadas no entrañan la mofa y escarnio a que se contrae el núm. 3.º del art. 240 del Código penal, fundamento de la denuncia, cuyas conclusiones formuló asimismo la defensa.

4.º Resultando que el Juzgado, por sentencia de 4 de agosto último, apreciando que la composición que lleva por título *Mirand'ó chau* contiene conceptos y frases que inducen al menosprecio y mofa del Supremo Ser y del Sumo Pontífice, impone a D. Manuel Curros dos años, cuatro meses y un día de prisión correccional, con las accesorias, 250 pesetas de multa y pago de las costas; y en esta Superioridad, lo mismo el fiscal que la defensa, solicitan la revocación de dicha sentencia y la libre absolución del procesado.

1.º Considerando que en la composición *Mirand'ó chau*, única que es objeto de la apreciación y calificación de la sentencia consultada, personificando el poeta

a Dios bajo la forma de un anciano, y prestándole el lenguaje de los hombres, pone en su boca palabras de amarga censura contra la perversión a que ha llegado la obra de sus manos, así como varias instituciones en sus formas externas, no se escarnecen los dogmas de la religión católica.

2.º Considerando que en el romance *A Igrexa fria*, que se dice en la denuncia escarnece el dogma, colocándose el poeta en el terreno de los adelantos de la legislación y de las costumbres actuales, si censura los abusos del derecho de asilo que en su época existiera, no ataca con ello dogma ni ceremonia de la religión cristiana.

3.º Considerando que no infringiéndose por D. Manuel Curros Enríquez, en sus composiciones poéticas indicadas, el núm. 3.º del art. 240 del Código penal vigente, único en que se fundó la denuncia y se cita en la sentencia, no procede su aplicación al caso de autos:

Vistas las disposiciones citadas,

FALLAMOS: Que revocando, como revocamos, la sentencia consultada que dictó el juez de primera instancia de Orense en 4 de agosto último, debemos absolver y absolvemos a D. Manuel Curros Enriquez del delito que se le imputa, declarando que la formación de esta causa no perjudica a su buen nombre y reputación, y de oficio las costas de ambas instancias; y mandamos que se devuelvan al editor D. Antonio Otero los ejemplares secuestrados que llevan el título AIRES D'A MIÑA TERRA, y que se cancele la fianza prestada por el procesado.

Así por esta nuestra sentencia, definitivamente juzgando, lo pronunciamos, mandamos y firmamos. — *Francisco Delgado*. — *Manuel Aragonese Gil*. — *Mariano Valcayo de Toro*. — Por el relator *Castro Varela*, *Pelayo Catoira*.

O DIVINO SAINETE

POEMA EN OITO CANTOS

A mocidade gallega.

O Autor.

INTRODUCCIÓN

Sinto n-o peito us afogos
Que parece que me morden
Sete ducias de cans dogos.

Dis que son remordementos
D'os meus pecados á miles,
D'as miñas culpas á centos.

Culpas d'home mal cristiano,
Pecados de herexe, tales,
Que non lles val zuruxano.

Pra me curar bebín ágoas,
Pisei herbas, recei tríos,
Biquei santos, vertín bágoas.

Non hai festa ou romaría
Onde empanado non fose.
¡Nunca topei milloría!

Pra me librar d'este estrago
Fun ver ò Cristo d'Ourense,
Tomei a manta en Santiago.

Quedei de noite ô recío,
Coséronme os Evanxelos,
Solagáronme n-o río...

¡Pr'os males de qu'eu me doyo,
Dicen os que ben o saben
Que hai un curandeiro soyo!

O curandeiro está en Roma.
Vou ver se me da a saúde...
Vou ver se ò pulso me toma.

*
* *

Xa miña nai m'o dicía:
«¿Onde has d'ir, boi que non aras,
Senón â cortaduría?»

»Tanto saber traite cego;
Mais, ou morres condanado,
Ou tês que volver ô rego.

»Olla que ò tempinho foxe,
Y-é ben pra mañán non gardes
O que poidas facer hoxe.

»Que a morte non nos avisa,
»E se ha de levarnos cubertos,
»Que non nos colla en camisa.»

¡Tiña de ser! ¡Diol-o ò quixo!
¡El, que crióu d'un arroto
Total-as cousas, sin lixo!

Nunca outra tal s'ha de vere:
¡Curros camiño de Roma
Entoando ò *Miserere!*

¿Pero hei ser sempre un brasfemo,
Un xudío, un relaxado,
De Dios azoute? ¡Ora ò demo!...

¿Quén necesitado d'elas,
Non merca saúde e groria
Por unhas cantas cadelas?

*
* *

Todo vai caro n-a vida;
A groria é que anda barata
Como a sardiña manida.

Certa literata fea
Mercóuna, dando á Aristarco
Un bico tras d'unha cea.

A un usureiro con sorte
Custóulle... perdoar inxurias...
N-as boqueadas d'a morte;

¡Y-é que n-este tempo infame
A Crítica anda saída
Y-os santos morren de fame!

O inferno á min non m'atrapa:
Cómpreme unha pouca groria
E voulla comprar ô Papa.

E un viaxe de recreo.
¿Quén folga de vir conmigo
De León trece ô xubileo?

Con nosco irán moitas xentes:
Abades, monxas, beatas...
¡Xuro á Dios qu'hemos d'ir quentes!

¡Qué rosario, compañeiros,
De contas d'amancebadas
Con deces de putañeiros!

*
* *

Mais todos van compunxidos,
Todos como eu apenados,
Chorosos y-arrepentidos.

¡Milagre santo e profundo,
Fillo d'o nobre deseo
De ver á Dios... e ver mundo!

Como xa a gracia non baixa,
Non hai modo d'ir pr'o ceo
Se ò tren non nos fai rebaixa.

Esa rebaixa está feita.
¡Tolo de quen pra salvarse
Tal ocasión n'a aproveita!

Mentres ò camiño dura
Hei de vos cantar cantares
D'unha non vista hermosura.

—

Triadas, miñas triadas,
Que levades os tres fíos
D'as frechas envenenadas;

Miñas triadas valentes,
¡Rachade os aires fungando
Como fungan as serpentes!

Ladrade, mordede, ride :
Onde haxa virtú, bicade;
Onde haxa vicio, feride.

CANTO I

I

Era ò Nadal : noite fría
Iba pechando entre nubes
Que un vento forte tanguía.

Desertas prazas e rúas,
Madrí estremélase todo
D'o Norte as ráfagas crúas.

N-o meu capote embrullado
Eu iba, cal sempre, triste,
Por longa estrada enfiado,

Pensando co'a testa ô peito
N-aqueles que n-esta noite
Non teñen lume nin leito,

Cando, n-a inmensa negrura
D'a sombra que me envolvía
Como n-unha sepultura,

Escoitei mainiño e quedo
Grave romor de parola
Que m'harripióu de medo.

«¡Ay d'o que busca a verdade
D'a fe c'o candil mortizo,
Que nunca deu craridade!

»¡Ay d'o que en sombras camiña!
¡Ay d'o que quer facer caldo
E non ten unto e fariña!

»¡Ay d'o que as festas condena,
E quer millorar as xentes
Fuxindo d'elas con pena!»

Así unha voz me dicía,
Que un longo, invisible coro
Lentamente repetía.

Era un coro resoante,
Como un piñar que removen
As temporas d'o levante;

Coro en que hai sordos queixidos,
Estralos de gallas secas
E de corazós partidos;

Afagos de suaves brisas,
Berros de gorxas abertas,
Notas d'afogadas risas.

De forte facendo gala,
Erguín a testa soberbo
E perguntei : «¿Quén me fala?»

Y-a voz tornóu : «— Non ch'o digo
S'antes sobr'a crus non xuras
Ir, ond'eu vaya, conmigo.

—Xurado está, s'é por eso,
Que hoxe por xurar en falso
A ninguén che levan preso.»

Así falei; voz extraña
Berróu n-este medio tempo :
«¡Adiante a Santa Compañía!»

E us brincando, outros ausortos,
Mirei pasar en ringleira
Unha procesión de mortos.

E sentín n-as pedras duras
Ruxir de zocos, sandalias
E talaes vesteduras.

D'a procesión marcha diante
O que falara primeiro
E detrás un redobranete.

De tempo en tempo parando,
¡Racataprán! — xordamente
¡Racataprán! — vai dobrando.

D'insana curiosidade
Levado, seguín ôs mortos
Pol-a densa escuridade,

E fomos con paso incerto
D'ancha gándara areosa
Atravesando ò deserto.

Alá lonxe, fulgurantes,
Asemellando dous soles
Fixos e parpadexantes,

Relocían n-o hourizante
Dous discos roxos, que finxen
Os ollos d'un mastodonte.

«¿Ónde esta xente me leva?»,
Pensaba eu, indo âs palpadas
Pol-o camiño de treva.

¿Volvereime tolo agora
 Ou pillaríanme as bruxas?...
 ¡San Silvestre!, ¡meigas fora!

Y-o tambor que ô par levaba :
 ¡*Racataprán!* — solasmentes
 ¡*Racataprán!* — contestaba.

—

De pronto paróuse ò coro,
 Volvéuse pra min ò guía
 Y-acenóume con decoro.

Detiven entón a pranta
 E topeime á campo aberto
 N-unha pranura que espanta.

Diante de min, encurvado
 Sobre unha caxata, un vello
 D'a pelresía tocado,

Ollábame fito á fito
 C'o seus grandes ollos d'águia,
 D'un cristicismo infinito.

Coroza viste e monteira;
 De sol é feita a sua cara,
 De lúa sua cabeleira,

E ten nos beizos gallegos
 As *sexipedalia verba*
 D'os grandes tráxicos griegos.

«Mortal que hastr-aquí chegache
 Con ánemo forte e rixo,
 Comprindo o que me xurache,

»S'o teu arroxó non mente,
 E como eres d'arriscado
 Eres d'agudo e prudente;

»Ti, que buscas sin paría,
Consolos pr'os disgraciados
E pr'as almas alegría;

»Ti, meu coitado San Bode
D'escepticismo repreto,
Que quere creer... e non pode;

»Ti, que ves n-un mesmo día
Nacer Dios e caer morto
De inania canto Dios cría...

»Y-a explicarte non acertas
D'eses contrastel-as causas,
Pra ti entre sombras cobertas,

»Disponte, que vou levarte
Onde todol-os misterios
Han deixar d'atormentarte,

»Y-onde, d'a razón co'a axuda,
Non máis ch'estrocen a alma
Os negros dentes d'a duda.»

—

Y-esto dito, ò bon d'o vello
Calóuse, e extendendo ò brazo
Mentres me fita d'esguello,

Mostróume foncha, sonora,
Detrás d'él borbolletando,
Xigante locomotora.

Rubindo entonces con modos
D'os sete vagós que leva
O derradeiro de todos,

Tendéume a mau decontado,
Fíxome entrar e mandóume
Que me asentase ô seu lado.

Cal can que obedece ô dño
 Senteime e vinme entre xentes
 Que topenexan c'o sono.

Alá fora, n-o entretanto,
 Erguídal-as maus pr'o ceo,
 Os mortos, en doce canto :

«¡De cote honorado sea
 O vello vate — cramaban —,
 Que os patrios eidos recrea!

»Téñao Dios n-o seu agrado;
 E pois vai por lan á Roma,
 ¡Que non torne trasquiado!...

»¡Gloria á Añón! — en altas preces,
 ¡Gloria á Añón! — berraron todos;
 ¡Gloria á Añón!» — por catro veces;

E todos de novo oíndo
 O ¡*racataprán!* d'a caixa,
 ¡*Racataprán!* — fóronse indo.

—
 Pegóu de súpeto un pulo
 O tren, e con movementos
 Primeiramente d'arrulo,

E logo con desatados
 Epilépticos esforzos
 De tigres encadeados,

Comenzamol-a xornada,
 Mentres n-o ceo rompe a lúa
 A rîr n-unha carcaxada.

CANTO II

II

— ¡Mestre Farruco!... ¿El é certo?
¿Ti aquí? ¡Nunca Dios me dera!
¿Estóu soñando ou desperto?

— Inórasme, ¿n-é verdade?
Trátannos tan porcamente
Por esa inmortalidade...

Y-eso que, dendes que rouco
De cantar, morrín de fame,
Funme repoñendo un pouco.

— ¿De fame? — Sí, meu querido.
— ¿Ti, autor d'os *himnos* â Patria
Com'outros non teño lído?

— Foi trance un pouquiño forte;
Pero queiras que non queiras,
Ti non has têt millor morte... —

Tal foi ò noso saúdo.
Añón sorriú tristemente
Y-eu quedei pasmado e mudo.

Volto ô fin d'o meu espanto :
 — Mestre — dixer —, ¿por qué causa
 D'a sorte te layas tanto?

Se tan mal che foi n-a vida
 Qu'un ben topache morrendo,
 ¿Querías paz máis comprida?

— ¡Ogallá se me deixara
 N-esa paz dormir de cote,
 Qu'estonces no me queixara!

Mais, s'ô que dormindo engorda
 Lle vas furgar n-as orellas,
 ¡Verás de qué xenio acorda!

A min tamén me furgaron...
 ¡Quitarme a vida era pouco
 Y-hastra ò sono me quitaron!

— Tenme intrigado a tua coita
 E se contarma quixeras,
 Folgárame. — Pois escoita.

O vate tomóu alento,
 Mesóuse a barba, e moulando
 Pol'o baixo un xuramento,

Continóu : — Morto en Castilla,
 Fun d'o hospital para a coba
 Levado n-unha angarilla.

Un amigo verdadeiro,
 Amparo meu moitas veces,
 O bon Euxenio Monteiro,

D'o meu tránsito avisado
Iba tras d'o meu cadavre
Máis qu'eu morto e desolado.

De certo qu'él non soubera
D'a miña final batalla
A loita sinistra e fera;

Se d'ela conta eu lle dira,
Cal me redimíu d'os foros
D'a fame me redimira.

N-a fosa común collido,
Cayéu sobre ò morto a terra,
Cayéu sobre a terra ò olvido,

Y-eu n-aquel silencio manso,
Gocei pol-a vez primeira
Unha miga de descanso.

D'él n-a incosciente delicia
Estaba, cando entre sonos
Sentín mentarme en Galicia,

E por permisión d'o alto
Fun dend'a Corte hastr'Ourense,
Com'unha lebre, d'un salto.

N'unha rúa solitaria
Pareime: reunida en xunta
A moxedá literaria,

D'a miña morte doída
Propúñame honras, proposta
Por todos adimitida.

¿Por todos dixen? Pois minto,
D'a casa en que esto pasaba
Persentóuse n-o recinto

Un home, e en berrando: «Nego
O meu sufraxo á ese herexe»,
Calóuse... Ese home era un crego.

—¡Celo quizáis!...—Non, cubisa.
¡Negóume as preces, coí dando
Non lle pagaran a misa!

Xusto castigo d'o Ceo,
Que fai d'un réprebo un santo
E troca un xuez en un reo,

Ise home, que â morte ampara,
Pídeme hoxe a oración mesma
Que él en vida me negara.—

Y-Añón, dobrando a cabeza,
Gardóu a autitú piadosa
D'unha alma que sofre e reza,

E vinlle a mirada franca
Desfeita en bágoas qu'escorren
Mollándolle a barba branca.

¿Choraba de certo, ou ría?
Quen a Añón non conecese,
Dudaría..., dudaría...

—Vel'ahí tês—ende acabando
Tornóu—por que eu me queixaba
D'a falta de paz en que ando;

Pois dendesd'esa aventura
Non podo topar sosego
N-a calma d'a sepoltura.

—Di, y agora, ¿en qué s'emprea
Tua autividade?—Elixéume
Por capitán a *Estadea*,

E vou d'ela acompañado,
Ensinándolle os camiños
D'a vida ô que anda extraviado.

—¿Non está en pena tua xente?
—Non: esa miña *Compañía*
E a d'os santos d'Ocidente.

Viriato, ise patriotismo,
Prisciliano, ise bon senso,
María Pita, ise heroísmo,

Macías, ô amor mal pago,
Feixóo, a cencia perseguida,
Vesteiro, d'a fe ô estrago;

Ises compatriotas nosos,
Que en procesión me seguiron,
Despedíndome chorosos,

Todos ises y-outros tantos
Que non canoniza a Igrexa,
Sonche os verdadeiros santos.

—¿Santos e non van contigo
A Roma?— Non lles fai falla,
Porque non temen castigo.

—¿Logo estamos rodeados...?
—D'unha gavilla de crêntes,
N-o tren d'os *Sete Pecados*.—

A tal escoitar, a orella
Zumbóume e colléume ô espanto
Que entr'os lobos sinte a ovella.

E páledo como a morte
Véndome Añón:—¿Qué che pasa
Pra te poñer d'esa sorte?—

Díxome; y-eu:— Non é nada
— Repriquéille —; pero coido
Que hemos têr mala xornada.

— ¿Levas a muller? — De parto
Deixeina n-a casa. — ¿Levas
Diñeiro? — Non teño un carto.

— ¿Fas conta d'herdar? — Apuros.
— ¿Tês boa sona? — D'o peorciño.
— ¡Boh! Entón estamos seguros.

— ¡Soségate, home! ¿Entr'un groso
Exército de romeiros
Temes ladrós? ¡Vanidoso!

¿Qué pode haber que t'escoza
Se nin tan siquiera levas
Bulsa chea ou muller moza?

— ¿Pero esta xente é tan mala?
— Excelente. ¡Vaiche boa!
Xusga pol-a d'esta sala.

— ¿Qué son? — Sonche os preguiceiros,
Que vindo tarde ô traballo
Queren cobrar os primeiros;

Sonche os que gustan d'as troitas,
E como lles gustan, tentan
Pescar co'as bragas enxoitas.

— Ahí tês Mella, un mal letrado.
— De xuez botóume â cadea.
— Pois por eso é maxistrado.

— Ahí tês Cesáreo Rodrigo.
— Sendo obispo excomulgóume.
— Será Papa, meu amigo. —

E por seus nomes chamando
A cada un, foime ò Mestre
Moitas xentes persentando,

D'esas que n-a humana liza
A facer ò ben chamadas,
Fan sempre ò mal... por priguiza.

Añón quedóuse calado;
Erguéuse, choscóume ò ollo
E d'o meu brazo agarrado,

Por un pasadizo interno
Levóume ô vagón segundo,
Círcolo d'un novo *Inferno*.

CANTO III

III

Mentres á nosa visita
Dábamos comenzo, a máquena
Roda furiosa e erepita,

Y-a través d'unha vidreira
Ollando, vin que xa tínhamos
Atravesado a fronteira.

D'os carrís por ambos lados
A vella terra d'as Galias
Ergue os petoutos nevados,

Y-en aldraxantes paliques
Dinnos ô pasar as xentes:
Bon jour, messieurs fanatiques.

Alritado á tal exceso,
Queixeime á Añón d'o saúdo.
Dixo:—Pois eche un progreso;

Que en non moi lexanos prazos
O tren francés recibíase
En España á trabucazos.

N'esto n-o vagón segundo
Entramos; sai d'alá dentro
Un cheiro tan nauseabundo

Que, non querendo asfixiado
Morrer, busquei ò moqueiro,
Pero... ¡tíñanm-o roubado!

— Non pases d'a porta, tente
— Acrecentóume ò poeta —;
D'a Envidia estás frente á frente

E convén que non te colla
Por diante: este monstruo vive
Somentes d'o que desolla. —

Agradecido ô consello
Pareime e púsenme â escoita
Por non desgustar ô vello,

Chegando hastra min, sombría,
Entr'aquel tafo que afoga
Unha extraña algarabía.

Anque a disputa era brava,
Caín n-a conta ben logo
Que d'as letras se trataba,

E como d'as letras vivo,
Dinme á axexar de tal sorte
Que esto collín que aquí escribo :

—

— Dígame, miña señora:
¿E certo que n'a sua terra
Renace a poesía agora?

—Boubas que ceiban ô vento
Catro soñadores tolos...
¡Non ll'hai tal renacemento!

—Non haberá; mais non quita
Pra que Castelar o afirme.
—Xa ll'eu tirei d'a lavita

En certa ocasión... ¡Ten gracia
Eso de chamar poetas
A esas rans d'a democracia!

—Non me maltrate ô grande home...
¡El, ô fin, n-as apuradas
E ò que nos da un pouco nome!

D'alguén sei que, tras de rirse
D'il e d'os seus ideales,
Cando quixo redimirse

D'o olvido, sentóuno â mesa,
Fixo-o falar... y-á eso debe
Valer o que val e pesa.

—S'eso que di vai conmigo,
Mente. Eu brillo con luz propia.
—Morra ò conto... ¡Mente, digo!

Y-en demostra de que mente,
Faga ò favor de leer ise
Tomo, e despois escarmente. —

E de súpeto escoitando
Un tumbo, baixei os ollos
E vin á meus pes, rolando,

Un libro d'a nova escola
Que cheira á Carulla âs légoas
E fede qu'apesta á Zola..

—¿Convencéuse?— Estóu ferido
Pol-o argumento, que é forte,
Mais non estóu convencido.

Eu sosteño, e trayo probas,
Que Galicia esperta; díga-o
A autora d'as *Follas novas*.

—¡Valente choromiqueira!
Poetas d'ese feitío
Cómpranse á centos n-a feira.

Fai anos que un mala peza
Quiso coröala en vida
Y-eu tireillo d'a cabeza.

—Agora comprendo ò gusto
Con que lle rezóu pol-a alma...
—Honrar òs mortós é xusto.

—Ese deber todos têmos;
Pero inda máis xusto hacho
Que òs vivos non deshonremos.

Mais a ilustre padronesa
Deixando, pois hastra coido
Que de mental-a lle pesa,

Diga e perdoe: ¿ises vates
Que mostran tantos alentos
Pra os modernos combates;

Ises Novos e Labartas,
Ises Lagos, esas pelras
Que surxen â luz en sartas;

Esa xeneración nova
De parleiros rousinoles...?
—Cantan... como Xan d'a Coba.—

Non quixen oír máis nada.
—Vámonos — rogueille ô Mestre—,
¡Ou fago una xudiada!—

Y-atravesando aquel triste
Lugar, cobil d'unha fera
Que á nadia á seu par resiste,

Mentres c'o a rabia maúla,
Metímonos n-o terceiro
Departamento—ò d'a Gula.

— Antes d'entrar— con amargo
Acento indicóume ò vello—,
Que teñas calma che encargo,

Porque vas ver cousas tales
Que nin n-as noites de febre
Tês soñado outras iguales.

A fame negra aquí mora;
Vai con tento, que ò seu dente
Vivos e mortos devora.

—

Entrei n-o vagón, e diante
De min presentóuse a escena
Máis otroz e repunante.

Montón de frades noxentes,
Ouscenos, crasos, cebados,
De longas uñas e dentes,

Con rudo ranxer de moas
Botan a parva, engulindo
Cal torpés serpentes boas.

Chocóume d'a xente aquela
A feroz voracidade,
Qu'ergue ò estómago de vel-a.

Y-explicarm-a non sabía,
Cando oín que un d'os viaxeiros,
Convidándome, dicía :

—¿Quêrme acompañar? Sin gana
Cómesell'esto. —¿E qué é eso?
—Un pouco de carne humana,

Mesmo de xunt'a rileira;
Nunca sayo sin un tóro
De Murguía n'a fiambreira.

—Mercé, non levo apetito.
—Matámolo á paus nantronte
¡Y-elle bocado exquisito! —

Non ben houbo iste acabado
Saltóu outro:—O señor halle
De gustar máis ò pescado.

Se así fôr, por sorte, apreixe
Un bocadiño siquera
De Manuel Angel...— ¡Bon peixe!

—D'a Cruña cayéu n'a praya:
Usanse alí unhas traíñas
D'onde non s'ergue ò que caya...—

Y-así, pra min extendendo
Anacos d'o seu almorzo,
Todos fóronme ofrecendo,

Con crianza e fidalguía,
Talladas de Oxea, Vicetto,
Lamas, Pondal, Rosalía...

Mirando aqueles horrores,
Vendo qué trato merecen
Os artistas y-escritores,

Suspirei con triste xesto:
«¡Pardiola! ¡Non val a pena
D'amar a patria pra esto!»

Atento Añón ô meu dito
—Ten conta — ouservóu —, ten conta
Con non alzarel-o grito;

Que se esta xente soubera
Quén eres ti, que a censuras...
¡Non ch'arrendo a que ch'espera!

¿Coidabas outra caricia
Outer d'a que outemos todos,
D'os críticos de Galicia?...

Pois, meu amante, vai vendo... —
Y-Añón amostróume un frade
Que iba os meus ôsos roendo.



CANTO IV

IV

A tal mirar, sentin noxo
De têr nascido gallego,
E d'odio e cólara roxo,

Xurei desquites croeles
D'aqueles monstros, e quixen
Irme a puntapés contr'eles.

D'esta arrautada cativa
Libreime logo, rompendo
A chorar á bágoa viva.

Non sintía os propios axes:
Pr'os que ten limpa a concencia,
Vítoreos son os ultraxes.

O qu'eu de veras sintía
Era ver d'aquela sorte
Homes de tanta valía,

Qu'inda nascendo n-o mouro,
N-o mouro foran alzados
Sobre pedestrales d'ouro.

¡Qué extrañeza! ¡Qué castigo,
Segar ò toxo n-o sulco
Onde semeámol-o trigo,

Y-alí donde a xuventude
Agotóu seu nobre esforzo,
Ver erguerse a ingratidade!

— ¡Benia ôs que, despois de feita
A sembra, pechan os ollos
Sin guardal-a colleita,

Que, ô fin, eles son felices
Como vos n-a vosa tomba,
Doce Mármol, tenro Elices!...

— ¿Logo choras? ¡Ti toleas,
Ladrón! — díxome meu guía —.
Métete en vidas alleas,

Mete; verás qué bon pelo
Sacas, meu bravo Quixote,
En pago d'ese teu celo.

Deixa arar ò gando, prenda;
Por ninguén poñal-a cara:
Quen teña tenda que a atenda.

Pois de redentor ò oficio
Sobre d'estar en desuso,
Leva sempre ô sacrificio.

Vaya, reponte, non chores;
Eso de chorar é propio
D'as especies inferiores.

A cada tempo o qu'estila;
Y-hoxe ò corazón humano
Fel, que non bágoas, destila.

Ergue esa cara, resfrega
Eses ollos: a morriña
E enfermédá que se pega,

Y-a morriña y-os tus versos
Sonche a mesma cousa; dígan-o
Certos poetiñas perversos.

—
Y-Añón, turra que te turra
De min, levóume á rempuxos,
Cal can que á loitar s'azurra,

A un vagón, onde cón pía
Gravedá, mulleres y-homes
Cantaban a letanía.

Un fervor tan verdadeiro
Vendo: — ¿Entre qué xente estamos? —
Pregunteille ô compañeiro. .

Y-él, que xamáis s'adimira:
— Entre fauciosos vencidos
— Dixo — que estoupan e'ó a ira.

— ¿Fauciosos? Semellan crêntes,
Según a atrición que mostran.
— ¡Madía! Vense impotentes.

Dalles en vez de rosarios
Fusís, e témelles menos
Os lobos máis sanguinarios.

Seus rezos sonche disfraces;
 Repara ben n-o que dicen,
 Verás d'o que son capaces.—

Fixándome entón n-o canto,
 Notei n-on poñen n-o rezo
 Ningunha virxe nin santo,

Y-os ollos baixos e inmovis,
 Meten un xefe carlista
 Entre dous *ora pro nobis*.

«Arre demo co'a xentiña...
 ¡Calquera se arrima á ela!»,
 Pensei pol-a conta miña.

Mais s'é tan ruin e dañada
 Esa tropa: — ¿Cómo é — dixen —,
 Cómo é que vai tan calmada?

-- A Ira verdadeira, enxebre,
 Nunca muda a côr d'o rostro,
 Non da berros, nin pon febre.

Vive n-o peito encollida
 Com'un tigre, e cando salta,
 D'o salto estroza unha vida.

Se queres ver onde chega
 A qu'istes gardan n-a alma
 E de qué maneira os cega,

Escoita... — Eu aquel momento,
 Parando ò tren, abouxóume
 Un cramor grande e violento:

¡Morra Umberte! ¡Viv'o Papa!
 Tal era a voz estrondosa
 Que de cen gorxas s'escapa.

Achegueime â ventanilla
Y-en terra italiana vinme,
N-a estación de Vintimiglia.

— ¡Salve — d'antusiasmo cheo
Excramei —, patria sagrada
D'o Dante e de Galileo!

Feitos polvo y-en anacos
Os teus membros, posta a túneca
En cen xiróns e buracos;

Os teus fillos perseguidos,
Queimados teus patriarcas,
Todos teus bens recollidos;

Ceibados ôs catro ventos
Os ôsos d'os teus maores,
Afogados teus lamentos;

D'os Papas triste cautiva,
Baixo seus pes sempre morta,
Pero tamén sempre viva;

Ti, n-un traballo grorioso
De quince sigros, traballo
Cal ningún outro espantoso,

Recolliche gota a gota
Todo o teu sangue vertido,
E volto en guerreiro ó ilota,

Dende a ergástola retache
Teus verdugos y-arrumbados
Liberta te levantache.

Ti, d'os cabalos d'Atila
Debaixo d'a ferradura,
Que canto toca aniquila,

Recolliche a tua coroa
E maldixeche a salvaxe
Civilización teutoa.

Ti, cando por tod'a terra
O corno feudal soaba
Chamando âs naciós á guerra,

Convirtindo en estandarte
O vello sudario griego,
Proclamache a Cencia e ò Arte;

Y-en tanto que n-un divino
Resprandor inunda os ecos
O sol de Tomás d'Aquino,

O verbo audaz de Xordano
Penetra ò misterio, oculto
Sempre ô pensamento humano,

A forma en Rafael estrala
¡Y-hastra a pedra, ô golpe rudo
De Miguel Anxele, fala!

Dende entón, ti tês d'os povos
O sacreto, ti ò candado
Y-a chave d'os tempos novos.

¡Ou patria, d'as patrias tempro,
Quen d'o teu mal adoleza
Cúrese c'o teu exemplo!

—

— Hasme d'ir moi caladiño
— Interrompéume aquí ò Mestre —,
Ou déixote n-o camiño.

Ser serio é cousa precisa:
¿Non ves que cantos t'oíron
Esterníllanse de risa?

Olla, n'esta nosa idade
Gustan os cantos d'os cegos,
Mais non os d'a libertade.

Y-o conto é que xa debías
Saber o que trân consigo
Esa clas de sinfunías...

Eu por min que, ¡mal pocado!,
Fun grande amigo d'os servos,
Téñoche xa escarmentado.

Trinta anos de pita choca,
Sempre c'o *cloc-coto-cloc*,
D'a libertade n-a boca,

Non che me valeron nada;
Y-en vez de pitos, quiteiche
De graxos unha bandada.

Libertade, patria, adianto...
¡Boh! ¡Déixate de toleiras,
Hom! Vai rezar á outro santo.

Non contes estrelas mortas;
Que pódia ser que contándoas
Che bata a miseria âs portas.

—

Dixo, e d'o vate ò sarcasmo
Escalafrióume todo,
E d'o meu nobre entusiasmo

Vin apagarse a enerxía,
Cal se apaga un ferro aceso
Chapuzado en ágoa fría.

CANTO V

V

Murchol-os dous y-abismados,
Púxose de novo en marcha
O tren d'os *Sete Pecados*.

A noite á bo andar caía
E d'esparexer tratando
A miña malenconía,

Asomeime á unha vidreira
Y-o cheiro aspirei que mandan
A touza e máil-a silveira.

Ráfagas d'os altos cumes,
¡Cánto entón me gorentaron
Os vosos puros perfumes!

Gratos perfumes d'a serra,
¡Cánto entón me recordastes
Os cheiros d'a miña terra!

N-aquil celaxe promizo
Que ò azul profundo tapaba,
N-aquil paisaxe invernizo,

Vin algo d'o aterimento
D'o meu nativo currencho
Y-él se foi meu pensamento.

Mais n-a probe patria miña
Son máis tristes os crepúsculos,
Eterna dôr alí aniña;

Que anque unha grande hermandade
Hai entre todol-os povos
Que buscan a libertade,

Pol-a vereda que avanza
Cara os seus nobres destinos,
Perdoando a comparanza,

Italia marcha dereita
E Galicia trenqueleando
Como unha vella tolleita.

—
Velliña que andas á gatas,
Sin que teñas quen t'axude,
¿Cándo has tirar c'o as caxatas,

Y-airada, valente, forte,
Porás ò peñ-o pescozo
D'os que te firen de morte?...

—
Para atallar a corrente
D'as miñas negras ideas
Paseime a mau pol-a frente,

Y-hachando os de dedos lixados
D'un polvo branco e miúdo,
Volvinme pra todos lados

E vin á Añón n-a faena
De peneirar entretíde
C'unha peneira pequena

Por sobre min un farelo
Que me tiña enfarelado
Dende os pes hastr'o cabelo.

— Olla o que fas, que me lixas,
Y-entrar limpo quero en Roma...
— S'é por eso, non t'afrixas;

Outros van máis emporcados
Que ti e saen que da vicio
De limpos e de lavados.

Leva forrado ò caledro
A Cibdá Eterna; escurricha
N-o diñeiro de San Pedro

Toda tua honrada probeza,
E volveráste pra casa
Nobre e santo n-unha peza.

D'algún petrucio gallego
Sei eu que sin têr un carto
Pra mandar tocar á un cego,

Pillóu, non sei con qué trapa,
Unhas cantas onzas d'ouro,
Foise á Roma á ver ô Papa

Y-alí, sua orixen caótica
Perdendo, fíxose ô punto
Fidalgo de raza gótica.

— No, pedricar ben pedricas;
Pero inda non me dixeches
Por qué istes polvos m'apricas.

— Esto que contigo fago
Hate librar, si Dios quere
Y-a Virxe, d'un estrago.

— ¿Pero é fariña ou é sénica?
— Non t'apures : simplemente
Unha precaución hixiénica.

—

E sin me dar máis resposta
Añón, sempre d'o meu brazo,
Téndose en pe á moita costa,

Entróu conmigo de novo
N-outro vagón âs escuras,
Negro cal boca de lobo.

Nada alí drento se vía.
Tapada a luz por un número
D'a *Fe*, morta parecía.

Mais pol-o que eu escoitaba,
Entr'aquela escuridade
Gran rebulicio reinaba.

Sentín solouzos, acentos
De piedá, ferventes rogos
Entre afogados lamentos;

Ais de pena e de tenrura,
Suspiros d'amor y-azoutes
De maus sobre carne dura.

«¡Cómo é sabia a Providencia
— Pensei —, que me trai ô cabo
A un lugar de penitencia!

»Non, non é ò mal tan profundo.
 ¡Inda hai arrepentimento,
 Inda hai virtude n-o mundo!»

Y-aconchegando a cabeza
 Pra dormir, pois tiña sono,
 Y-o sono é media manteza,

Enterrei todo ò cogote
 N-un respaldar suave e quente
 Como de lan ou nescote.

Mais non ben tiña pechado
 Os ollos, topeime preso,
 D'ambol-os remos trabado,

Y-en menos tempo que o exprico
 Sentín n-a meixela esquerda
 Un roce extraño... Era un bico.

«¡Congrio!—berrei—, ¿quén s'astreve?...»
 E sin poder facer forzas,
 Frio como a mesma neve,

Esconxurei ò enemigo,
 Palpei e apresei..., ¡qué diaño!,
 O que apresei... non-o digo.

D'a lámpara n-este istante
 Cayéuse ô chau ò períodeco,
 Y-ô seu resprandor brillante

Vinme — ¡já contal-o resisto! —
 Entr'os brazos d'unha dona,
 Que me tomaba por Cristo.

Volvendo os ollos en torno,
 N-a miña propia autitude
 Descubrín n-o espacio morno

Cen beatas e beatos
Rufando místicamente
Como n-a xaneira os gatos;

Os cuales, volta âs alturas
A mirada compunxida
D'as murillesas figuras

En grupos de xeito vario,
Mais todos en cruz, facían
D'aquel lugar un Calvario.

Eu, que outra tal nunca vira,
Adimireime âs primeiras;
Pero, mira que te mira,

Notando en forza d'olladas
Que iles fan de crucifixos
Y-elas de crucificadas,

E vendo que, ô fin y-ô cabo,
Pol-as fendas que s'abrían
Non traspasa ningún cravo,

Peguei un brinco terrible,
Y-abrindo por aquel bosque
De Belfegor paso libre,

Dixen : — ¡Atentade ô demo!
Y-eles : — ¡Fora ò alcanforado!
— Berraron — , ¡fora ò brasfemo!

—
Añón, que agardaba â porta,
Perguntóume : — ¿Qué hai, meu rolo?
— ¿A ti qué rayo ch'importa?

— Repriqueei —. ¿Vesme enfadado?
— ¡Bon modo de agradecerme
O de terte peneirado!

— ¿Pra qué me metiche ahí drento?
— ¿Pra qué? ¿Pois logo infrinxiche
Cecais algún mandamento?

— Eu non. — Pois á min m'o debes;
Porque s'a pecar chegaras,
Inda con pecados leves,

Non che valeran recetas
Humanas pra te curares
D'enfermedades... sacretas.

CANTO VI

VI

Diante de nos, entramentes,
D'o Mediterráneo as olas
Crechas e forforescentes,

D'a praya dende as areas
Veñen sobr'o tren que pasa
Cuspir, de coraxe cheas.

Detrás quedábase Niza
C'os seus alcázares de mármore,
Envolta en névoa sombriza,

E de Génova ò sagrado
Cimenteiro, onde Mazzini
Dorme satisfeito e honrado.

Os reis negáronlle acobo
En vida, os Papas trouxéron-o
Errante de povo en povo;

Mais iras e teimas tantas
Non privaron que hoxe ò mundo
Adore suas cintas santas.

*¡Laudemus viros gloriosos
Homines magna virtute!...*
Escramei saudando os ôsos

D'o apóstole d'a unidade.
Y-Añón, dobrando os xoellos
Dixo asintindo: — ¡E verdade! —

E posto en pe decontado
Cal si d'aquel homenaxe
Estivese apesarado,

Tornóu: — A virtú y-a groria
Son soyo dinas de laude,
Sancionadas pol-a Historia.

Catón para ò mundo enteiro
Pasóu por un gran romano,
E foi un grande usureiro.

Shakespeare, ò poeta ogro,
Ise soñador, n-a granxa
D'Avon daba gando ô logro.

Cervantes, qu'inda hoxe pasa
Por probe, en Madrí era dño
Non menos que d'unha casa.

San Rosendo, bispo e asceta,
Tído por célibe, agora
Resúltanos... c'unha neta...

Pois s'inda os d'antigüedade
Enganan, ¿qué te prometes
D'os homes d'a actualidade?

D'a sombra envoltos n-o enredo
O sol da crítica agardan,
E pra que luza inda é cedo.

— Unha vida toda enteira
O patria ben consagrada
E de por sí unha fogueira.

A Historia fará á Mazzini
Xusticia — argüín —. ¿Acaso
E il menos que Mazzantini? —

Y-Añón rosmóu: — Desconfía
D'os xuicios contemporáneos,
Que têm a pasión por guía. —

Y-entrando n-o vagón sexto,
Fíxome boa a sua tesis
Dicindo con mordaz xesto:

— ¿Coneces iste? — E un avaro:
Prestóume us cartos ô trinta.
— Se pagaches... non foi caro.

— ¿E iste?... Tamén. E un libreiro:
Pedíume un tomo, escribinllo...
Quedóuseme c'o diñeiro.

— ¿Y-estoutro?... — Por unha leira
Vendéu sua filla á un *indiano*,
Como unha vaca n-a feira.

— Pois ben: ises foraxidos
Que â raza humana deshonran,
D'o mesmo inferno saídos,

Mañán, pol-o xubileo
D'o Papa induluxenciados,
Írán dereitos ô ceo:

— ¿Será verdá? — ¡Vaya! E tanto,
Que máis d'un que hoxe arrenegas
Terás que o adorar por santo.

O forno d'a idolatría
Católica non s'apaga,
Y-hache de chegar un día

En que rece ò repertorio:
«San Bras, pederasta: — tírase
Anema d'o Purgatorio.»

—

N-estas y-outras, ò poeta
Contándome casos varios,
Con verba aguda e discreta,

De mulleres malcasadas
Que d'o leito d'o adulterio
Foron para ò altar levadas,

E de ladrós y-asesinos
Que con leigados piadosos
Mercaron trunfos divinos,

Metéume n-o derradeiro
Furgón, todo él atestado
De xoias e de diñeiro.

E sinalando as talegas
Qu'están alí amontonadas
Con onzas d'ouro á fanegas,

Arrodillándose dixo:
— ¡Fíncate y adora ô santo
Que máis maravillas fixo!

Diante él abátese a serra,
Incrínanse reverentes
As potestades d'a terra,

Y-en celestes armunias
Fanlle dende ò Empíreo salvas
Os coros y-as xerarquias. —

Eu, obedente ô mandato,
Quiteime homilde ò chapeo;
Mais querendo, sin porcato,

Bicar un saco d'aquiles,
Vin que m'apuntan c'c as armas
Duas parexas de *civiles*.

— ¡Se das un paso, rabeas! —
Berróume un d'eles, deixándome
Mesmo sin sangue n'as veas.

Recuei entón espantado,
E tras d'o inmortal poñéndome
Pra non morrer fusilado,

Oín qu'Añón me dicía:
— Pra qu'esto non ch'aconteza,
Non biques, furta outro día.

O ladrón sempre ch'escapa
Con ben: todo ese tesouro
Que vai de regalo ô Papa,

Eche ò furto d'a protervia,
Que d'a bolsa d'a Homildade
Pasa ô ventre d'a *Soberbia*.—

Farto de ver cousas tales
Iba xa, cando enxergamos
De Roma as cen catredales.

O tren, d'os frenos contído,
Paróu pouco á pouco; oíuse
Un abouxador pitido,

Y-entre nubes pardacentas
De vapor, baixamos todos
D'o coche á pisadas lentas.

Xa en terra, os romeiros fieles,
Rompendo en sagradas cántigas,
En Roma entraron; tras d'eles

Marchábamnos nos falando,
De cando en cando sorrindo,
E graves de cando en cando.

Xa drento d'a Cibdá Santa,
Vendo n-unha longa rúa
Perderse a xente que canta,

Dixo Añón: — ¡Danme trembores
De pensar que han d'ir ô ceo
Tal fato de pecadores! —

Y-eu: — Pois se son perdoados,
¡Teña Dios misericordia
D'os probes homes honrados!

CANTO VII

VII

Cansos d'o longo camiño,
Pra dar âs forzas repara
C'un par de pingas de viño,

Xa a expedición terminada,
O primeiro que fixemos
Foi precurarnos pousada.

Traballo custóu, por certo,
Topar sitio aquela noite
Onde nos pôr á cuberto;

Pois a lexióu penitente,
Querendo ganar a groria
Todo o máis cómodamente,

Colléranos a dianteira
E non deixóu pr'on remedio,
Pousada... nin pousadeira.

— *Deo gratias* — Añón dicía
Batendo as portas, y-en todas
Repóñenlle: — ¡*Andate vía!*

— ¿Seique non hai hospedaxe
Pra nos, Mestre? — interrogueille,
Disumulando ò coraxe.

— ¡Seique non! — ¡Outra com'ela!...
— Roma non quer pelegrinos
Sin alforxa e caravela.

S'en vez d'o brazo valdeiro
Trouxéramos d'él colgado
Un *cabas* cheo de diñeiro,

Outro galo nos cantara...
¿Qué muro un cañón non deita
Se bala d'ouro dispara?

Hache servir de goberno:
Pra irmos ô ceo hoxe en día
Compre permiso d'o inferno.

— Se sei que non collo casa,
Non veño. — A Igrexa e a langostrá,
Alí onde cai, todo o arrasa.

—

Así falando ò grorioso,
Íbamos por unha rúa
Que ô Tibre sai cenagoso,

Cando un mesón vendo á xeito
Entramos, e ò dño púxonos
Forte mesa e limpo leito.

Non poden dormir: sufrira
Tanto por todo ò viaxe,
Tan cativas cousas vira,

Que mil impresiós extrañas
Tivéronme toda a noite
Pensando n-as musarañas.

Pol-a mañá ò pousadeiro
Deunol-a conta — diez *liras*;
Pero non têndo diñeiro,

Añón, con papel e pruma
Púxose á esquirbir estrofas,
Hastra compretar a suma.

— Ahí tês — non ben íl termina
Dille—, e pois que nos tratache
Cal reis, colle esa prepina—.

Y-a lira dourada espindo
Que trai pendurada ô lombo,
Garda-fronteiro d'o Pindo,

Déulla e foise d'a hostería,
Deixando ô patrón atóneto,
Parvo de tanta ousadía.

Con qué lle tiña pagado
Añón, non-o soupén nunca.
Cecais c'un himno... ô papado.

O sacrosanto nagocio
Con que León trece festexa
Sua antrada n-o sazardocio

Chegara xa, y-era un día
De xaneiro condanado
Pol-o cerzo que corría.

A rouca voz d'as campanas
Enchía os aires de estrondos
Chamando ás xentes cristianas,

E víanse en ringuileiras
Xurdir por total-as rúas
Os romeiros... y-as rameiras.

Todos van pr'o Vaticano;
Alí tèn que misar hoxe
O Pontífice romano,

Y-o santo ritual ordea
Que quen queira ser ausolto
E menester que alí estea.

Seguindo á pos d'a romaxe
Añón y-eu repostos, xuntos
Y-en boa camaradaxe

D'a mutua fe pra desmedro
Entramos baixo d'as bóvedas
D'a catredal de San Pedro.

Aquelo era un grande río
D'ouro, de pelras, de rasos...
¡Cánta luz! ¡Cánto xentío!

N-os vidrios d'os lumiãres
Os santos, en mirra envoltos,
C'os seus nimbos estrelares,

Pasmados de tal grandeza
Chóscanse ò ollo, dicindo:
«¡Cómo ha de ser!...» c'o a cabeza.

De pronto, por toda a nave
Oise un marmullo d'asombro
E sigue un silencio grave.

O Papa trepa n-o estrado,
Bota a bendición ô povo
Que o contempra entusiasmado,

E cando os ollos se enxerguen (1)
 Todal-as testas se baixan,
 Todal-as nádegas s'erguen.

Humillación tan compreta
 Vendo, quedei sonroxado;
 Mais pra calmarme, ò poeta:

— En n-esa autitú cristiana
 —Dixo—en que os biólogos fundan
 Nosa orixen cuadrumana,

Perdida a garra y-o rabo
 Desde a selva primitiva
 Deixóu, pra ser home ô cabo,

Soyo cando á pôr se presta
 De bruces, mostra ò católico
 Que antes de sel-o foi besta.

Non botes en saco roto
 Esta adevertencia, fillo,
 Pois sei de máis d'un devoto

Pra quen toda cencia é vana,
 Que sempre que ora confirma
 A teoría darwiniana.

(1) En el original este verso dice así: *E mentres os peitos ferven*; pero el Sr. Curros Enríquez, la antevíspera de su primer viaxe a Cuba, la noche del 21 de febrero del año 1894, en el café Méndez Núñez, de La Coruña, hizo esta enmienda en el ejemplar que para recoger su autógrafo llevara el escritor y poeta D. Eladio Rodríguez y González, recomendando a éste y a su entrañable amigo, el también poeta y escritor D. Galo Salinas Rodríguez, que si algún día se reimprimía O DIVINO SAINETE, se tuviera presente la corrección. —(N. del Recopilador.)

O Papa, n-esto, vestido
D'albos tisúes e brocados,
D'ouro e de pedras cinguido,

Alzou con pulso seguro
A hostia, que á min de lonxe
Somellóume un peso-duro.

Voces entón arxentinas
Encheron a inmensa cúpula
D'unhas notas tan divinas,

D'unha música tan grata,
Que parez que a tocan ánxeles
Soprando en trompas de prata.

E logo outras voces inda
Máis doces e máis soaves
D'una cadencia máis linda

Sentín, d'armonía tanta,
Que de preguntar ô vate
Non pude menos: —¿Quén canta?

— ¡Quén ha de ser!, ¡malpocados!
Quitóulles a Igrexa ò xénero;
Non tèn nome; son... castrados.

N-a loita d'a santidade
Aquí a muller perde... a honra,
Y-o home... a virilidade. —

Tal dixo Añón, e calóuse,
A tempo que d'o *Tu es Petrus*
O himno xigante escoitouse.

— ¡Non! — berrei, fervendo en ira,
Encarándome c'o Papa —
¡O que che din é mentira!

¡Quen d'o vilipendio humano
Vive, non é Pedro, é Xudas;
Non é Cristo, é Diocleciano!

—
Por sorte, canto eu dicía
Nadi'o entendéu entr'aquela
Formidabre sinfonía.

Acabada a misa, ò Papa
Subíu n-unhas andas d'ouro
Que levan cardeás con capa,

Y-o pasar pol-o meu lado
Dixome : — Agárdote ás doce;
Hemos comer un bocado. —

Cáxeque morto d'asombro
Quedei; consultei ô vello,
Y-o vello, encollendo ò hombro,

Repricóume : — Acode â cita.
— Non vou soyo. — Eu te acompaño.—
E prepareime â visita.

CANTO VIII

VIII

Os dous agardando a hora
D'ir xantar c'ó Santo Padre,
Botamos d'o tempro fora,

E pra poder aprecial-os,
Fomos ver as galarías
D'exposición d'os regalos.

Canto en sigros dazanove
O temporal poderío
Ten arrapiñado ô probe;

Canto se tén aprobeado
A garra cardealicia
Y-o ventre d'o episcopado,

Alí está, en montós xigantes
D'o oriental manificencia
— Dende as pelras y-os diamantes

Hastra a prata e ouro fino —
Enormes bostas guindadas
D'o católico intestino.

Diante d'aquela cruxía
D'esprenedores, onde mesmo
Loce xunta y-a porfía

Tod'a pompa y-a riqueza
Qu'encerra ò mundo d'o Arte
Ou garda a Naturaleza,

Acordeime d'os que fozan
N-a terra, d'os que non comen,
D'os que non ríen e non gozan;

D'o labrego que traballa
Pra manter muller e fillos
E dorme en mollos de palla;

D'o probe vello baldado
Sin agarimo n-o inverno,
De porta en porta arrastrado;

D'o neno qu'emporranchiño,
Orfo, perdido n-a fraga,
Garda ò gando d'o veciño;

D'o frío lar, que da medo;
D'os hórreos sin gráu; d'as vacas
Sin leite; d'o arado quedo...

E c'un amargor sin nome :
— ¡Cántos sudan n-este mundo
— Pensei — pra que folgue un home! —

Y-Añón, cal se m'escoitara :
— ¿Logo seique tês envexa?
— Díxome —; pois ben, repara :

Iste calis esmaltado
Desaparecéu d'a igrexa
D'Ousende ò ano pasado.

Esta custodia esculpida
Foi d'a ermida de Seixalvo,
Noites atrás substraída.

Canto tês diante os teus ollos
Débese d'a fe â gazúa,
Que non respeta ferrollos.

¿E queres con tal grandeza
Facer a sorte d'os probes?
¡Pois pídeslles boa limpeza!

— Contra todo expolio feito
Os povos cabe interdiuto...
— ¿Qué entendes ti de Dereito?

Os bens non inventariados
Son d'o primeiro que os pilla,
Diquiridos ou roubados.

E s'o que os furta acontece
Ser xente de sacristía,
O ladrón nunca aparece.

Iniquidá, desacato,
O que queiras...; mais é forza
Respetar ò Concordato. —

Así ò meu vello falaba,
Cando tivemos aviso
De que León trece agardaba.

— Vamos alá — dixo ò vate;
E correndo unha cortina
De veludo còr granate,

N-un camarín penetramos,
Onde xa sentado â mesa
O Padre Santo miramos.

— Sentaivos tamén — nos dixo;
Requeneóu catro preces,
O pan y as ostras bendixo,

Y-en tanto unha copa enteira
De viño vello apuraba,
Falóume d'esta maneira :

— Sei quén és : se non o soubera,
O que berrache en San Pedro
Craramente m'ó dixera.

Ti vês, cantor galiciano,
D'unha raza que odeóu sempre
O predominio romano.

Alá d'o monte Medulio
N-as ladeiras, inda os ôsos
Relocen, ô sol de xulio,

De teus abós, que, brandindo
Contra ò Imperio a fouce céltica,
Un á un foron caíndo.

Pero d'os conqueridores
Pasados, d'os mortos déspotas,
Césares y-emperadores

O Papa non é ò herdeiro :
Son-o os reis que hoxe gobernan,
Castigo d'o mundo enteiro.

¡Ay! Olla : por toda a terra
Érguese un bafo de morte
Que os espíritus aterra.

Naeiós de total-as trazas,
Homes de todol-os crimas,
Xentes de total-as razas

Míranse con ollo airado,
Búscanse us ôs outros y-alzan
N-o aire ò puño pechado.

O fillo d'o Norte, frío,
Desputa ô d'o Oriente, inquieto,
D'a fronteira ò señorío;

Recrama ò galo ô xermano
As terras que lle detenta;
D'o inglés recea ò italiano;

Rifa Améreca co'a Europa;
Os arsenás funden ferro;
Os cuartés dispoñen tropa;

Roda pol-o espacio un vento
D'asolación e exterminio
Qu'escurece ò firmamento...

Treme ò chau, vacila a roca;
¡Rompe en cada peito un ódeo
E un ultraxe en cada boca!

—

Y-aquí ò Papa outro traguíño
Botando, exclamóu: — ¡Qué tempos!
Y-Añón respondéu: — ¡Qué viño!

— N-o medio de loita tanta
Soyo hai paz — tornóu León trece —
N-o seo d'a Igrexa santa.

¡E chamádesme tirano *
A min, triste, prisioneiro
N-a cárcel d'o Vaticano!

— Perdóneme sua mercede
— Dixen entón —; pero coído
Que mentres a Santa Sede

Os bens temporales ame
E insulte c'o a sua riqueza
Os que se morren de fame;

Mentres ò Papa, que ò trono
D'as almas herdóu somentes,
Queira ser d'o mundo dño

Y-a pel d'o pascoal Carneiro
Trocando en coraza, trate
De convertirse en guerreiro,

A obra papal será impía;
Non de paz, de turbulencia;
Non de orde, de tiranía.

De Cristo a mística esposa
Fixo nefando adulterio,
Y-a sua falta vergonzosa

Non terá perdón divino
Senón cuando á Cristo torne
D'os brazos de Constantino.

—

Añón pegóume c'o codo
Como quen di : «¡Non t'escurras!»,
E León falóu d'este modo :

— ¡Ah! ¡Cómo ô teu beizo asoma
O afán d'o mundo! Ti pides
Que ò Papa abandone Roma...

¡E ben! Agradarche quero;
Deixarei Roma ôs romanos,
Quedareime en coiros...; pero

Cando d'os bens me despoxe
Que a tradición me legara,
E que gardei hastra d'hoxe,

¿Terá a Igrexa quen ll'acuda?
— ¡Vinte sigros pedricando
Caridade pra esa duda!

¡Señor! O mundo moderno
Non é, como ò mundo antigo,
A imaxen viva d'o inferno.

Os povos están chamados
A rexil-o; cando trunfen,
Cando do chau levantados

O himno canten d'a vitoria,
Volveránse á Dios, y-os ceos
Resprandecerán de gloria.

Y-entón, Señor, non temades
Pol-a Igrexa, que ela é barca
Que flota n-as tempestades.

Estas democracias novas
Son feitas d'amor e gastan
A piedade por arrobas.

¡Amádeas! ¡Que ollen e vexan
Que Cristo está d'a sua parte
Mentres loitan e pelexan!

Quédese a rabia pr'os lobos :
¡Cristo era bon, era homilde!
Y-a humildá cautiva os povos.

Tal falei. Añón estaba
Páledo; volvín a testa
E vin que ò Papa... choraba.

—¿Qué ten, Señor? —¡Esto é feito!—
Repricóume; e n-aquel punto,
Erguendo ò busto escorreito,

Marmuróu : — Ide e anunciade
Que ò Papa renuncia á Roma
Pra vivir d'a caridade.

Dend'hoxe a miña facenda,
Todo o que eu teño é d'os probes;
Que as naciós poñan en venda

Canto fôr meu; d'esto en pago
Non quero máis, se m'a dades,
Que unha cobiña en Santiago. —

Sentinme entón conmovido
Tamén; ò Papa marchóuse,
Y-eu de Añón sempre collido,

Botei fora d'o palacio
E respirei fortemente
O vento libre d'o espacio.

—
Aquela noite saímos
De Roma eu y-o vate. Apenas
Os dous n-o vagón nos vimos

De volta pr'o chau paterno,
Dixenlle : — Mestre, ¿qué pensas?
— Que é un gran viño ò de Falerno...

— ¿Dudas d'os votos formales
D'o Papa? — ¡Nunca se compren
Os programas liberales! —

Logo de chegar á España,
Añón tornóuse ô comando
D'a sua *Santa Compañía*,

Y-eu, d'o que vin parvo e mudo,
Dende entón creo... ou non creo...
Pero dudar, ¡xa non dudo!

FIN

ÍNDICE

| | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| AL QUE LEYERE..... | 5 |
| DEDICATORIA..... | 11 |
| PRÓLOGO DE LAS PRIMERAS EDICIONES..... | 15 |
| INTRODUCCIÓN..... | 23 |
| A Virxe d'o Cristal..... | 27 |
| Unha boda en Einibó..... | 65 |
| O gueiteiro..... | 73 |
| A Primaveira..... | 78 |
| O mayo..... | 81 |
| Ben chegado..... | 83 |
| ¡Ay!..... | 87 |
| N-a morte de miña nai..... | 88 |
| Os mozos..... | 91 |
| Cántiga..... | 93 |
| A Igrexa fría..... | 95 |
| Saúdo..... | 98 |
| Nouturnio..... | 101 |
| Mirand'ô chau..... | 104 |

| | |
|--|-----|
| As cartas..... | 110 |
| Pelegrinos, á Roma..... | 113 |
| Sola..... | 114 |
| Tempo deserto..... | 115 |
| Alborada..... | 116 |
| Cartas perdidas..... | 118 |
| Melodía gallega..... | 124 |
| ¡Crebar as liras!..... | 126 |
| Diante unha imaxe de Íñigo de Loyola..... | 128 |
| A emigración..... | 129 |
| N-a chegada á Ourense d'a primeira locomotora..... | 132 |
| O vento..... | 134 |
| Encomenda..... | 136 |
| Tangaraños..... | 138 |
| As dúas pragas..... | 142 |
| N-o convento..... | 144 |
| Sobre unha foxa..... | 150 |
| O «Ciprianillo»..... | 152 |
| Á Luciano Puga..... | 157 |
| O último fidalgo..... | 158 |
| A palabra..... | 161 |
| Notas..... | 165 |
| Apéndice..... | 167 |
| Advertencia preliminar de la segunda edición.. | 173 |
| Censura eclesiástica..... | 177 |
| Defensa en primeira instancia..... | 179 |
| Sentencia del inferior..... | 191 |

| | <u>Páginas.</u> |
|-----------------------------------|-----------------|
| Defensa en segunda instancia..... | 194 |
| Sentencia del superior..... | 241 |
| O DIVINO SAINETE..... | 245 |
| Dedicatoria | 247 |
| Introducción..... | 249 |
| Canto I..... | 253 |
| Canto II..... | 261 |
| Canto III..... | 271 |
| Canto IV..... | 281 |
| Canto V..... | 291 |
| Canto VI..... | 301 |
| Canto VII..... | 309 |
| Canto VIII..... | 319 |







LPor
C976a

193551

Author Curros Enriquez, Manuel

Title Aires d'a miña terra.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

